

REVISTA DE EDUCACION

NOVIEMBRE 1958 - AÑO III N° 11 (N. S.)



LA PLATA

MINISTERIO DE EDUCACION DE LA PROV. DE BUENOS AIRES
REVISTA MENSUAL

GOBERNADOR DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Don OSCAR E. ALENDE

VICEGOBERNADOR DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Don ARTURO A. CROSETTI

MINISTRO DE EDUCACIÓN DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Don ATAÚLFO PÉREZ AZNAR

DIRECTOR DE LA REVISTA DE EDUCACIÓN

Don ARTURO MARASSO

SECRETARIA DE LA REVISTA DE EDUCACIÓN

HAYDEE C. BLOTTO

La REVISTA DE EDUCACIÓN se publica mensualmente y forma volumen con numeración corrida cada tres números. La correspondencia y las colaboraciones deben enviarse a la calle 57-777, La Plata, República Argentina.

Revista fundada por SARMIENTO en 1858

Esta Revista se envía gratuitamente a las escuelas, instituciones y bibliotecas. Se vende en librerías a doce pesos.

CENDIE

Noviembre de 1958

Año III, Nº 11 (Nueva Serie)

REVISTA DE EDUCACIÓN

Anales de la educación común

EL EDITOR

El objeto especial de esta publicación es tener al público al corriente de los esfuerzos que se hacen para introducir, organizar y generalizar un vasto sistema de educación.

Reforma tan radical y de consecuencias tan benéficas, no se inicia en las escuelas, sino en la opinión pública. No es el maestro sino el legislador el que ha de producirlas; y la ley escrita será letra muerta si el padre de familia no presta para su ejecución, el calor de sus simpatías.

Los gobiernos han sido impotentes para difundir la educación autoritativamente, testigo el de Prusia que con un sistema que está en obra hace más de un siglo, y leyes que constituyen delito en los padres privar a sus hijos de educación, no ha conseguido tener más de un habitante educándose en cada ocho, mientras el Canadá, Massachusetts y el Estado de Maine cuentan uno en cuatro, alguno de ellos en menos de veinte años de fundado un sistema análogo al que vamos a ensayar nosotros.

Sólo la opinión puede impulsar la educación con la eficacia y celeridad que exige nuestro atraso mismo. Esa opinión existe ya por fortuna entre nosotros, pero al estado de instinto simpático solamente. Es preciso que al deseo se una el saber, para que los medios conduzcan al fin, y esta ciencia de difundir la educación, no está todavía al alcance de todos. No la tuvieron nuestros padres, no la ha poseído, puede decirse que no la posee aún, la Europa misma, salvo una parte de Alemania. En el resto se hacen ensayos, se desca también como entre nosotros, sin poder crear el hecho. Las masas de emigrantes que desbarrean

en nuestras playas, son pedazos de algunos puntos de Europa trasladados a América, y por el vestido, las maneras, el aspecto mismo de los arribantes, puede el observador imaginarse el desarrollo intelectual, en las campañas y poblaciones de donde parten.

Necesitase crear un partido, perdonémosen la palabra, *de amigos de la educación*. Este partido empieza a aparecer en Chile, bajo el nombre, mal dado, de *Sociedad de Instrucción primaria*, a que pertenecen hoy los hombres más altamente colocados, y cuanto joven desuellia en las letras, en el foro, o en la sociedad. Existe poderoso, universal, en los Estados Unidos y en el alto Canadá, y puede decirse que es el que inspira los actos del legislador, dirige el sentimiento de la caridad, y absorbe la mayor parte de las rentas de los Estados.

Para la creación de un sistema popular de educación ha de concurrir el propietario con sus caudales, el hombre instruido con su saber, el pobre con su deseo de mejorar la suerte de sus hijos, el legislador con las disposiciones necesarias, el padre de familia con sus erogaciones, la parroquia con sus funcionarios, predominando sobre todo este conjunto un sentimiento común de interés apasionado, sin el cual no puede darse un paso.

La reciente organización de las parroquias de la Catedral, al Sur y al Norte, ha requerido en cada una de ellas el concurso de cuarenta y ocho vecinos, lo que hace ciento en sólo dos parroquias, como comisarios, audicos, inspectores; y para convencerse de la necesidad de uniformar las ideas, baste saber que por la falta de interés de ciertos vecinos nombrados inspectores, dieciocho manzanas de la Catedral al Sur, no contribuyen a nada aun, en despecho de la buena voluntad de los vecinos por no estar organizadas.

Seiscientos funcionarios requiere la organización del sistema de escuelas comunes en la sola ciudad de Buenos Aires; funcionarios gratuitos, animados del igual celo y conspirando con todas sus fuerzas al mismo fin; y esto no se conseguirá sin que todos comprendan, por una poderosa iniciación, el bien que pueden hacer a sus hijos y al país en que viven.

Pero seiscientos vecinos iniciados en el arte, diremos así, de crear la civilización general, forman ya un núcleo irresistible de opinión, que concluirá por vencer todos los obstáculos y crear el espíritu público que es la atmósfera vivificante de todo progreso.

Esta publicación tiene por objeto difundir entre los que se sienten ya amigos de la educación, un cuerpo de doctrinas, de hechos, de datos que han de convertirse en leyes, en instituciones, en monumentos, en hábitos y prácticas de la sociedad, y es a ellos a quienes se dirigirán las observaciones que estas páginas contengan.

La circulación oficial de esta revista mensual será limitada a ciertos funcionarios públicos como jueces de paz, municipales encargados de las escuelas, representantes y senadores; pero sería trabajo perdido si no encontrase apoyo entre los particulares, quedando sepultada en los archivos de las oficinas públicas. Es por esto que solicitamos el patrocinio de toda persona que se interese en el éxito del sistema, cuyos frutos empiezan a saborearse ya en los primeros ensayos hechos, y que ha de extenderse luego a todo el país, acaso a toda esta parte de América, desde que se hayan en un punto palpado sus ventajas.

Buenos Aires, es por ahora el punto más adecuado para dar principio a obra tan vasta y es seguro que las provincias seguirán la impulsión, desde que los resultados tangibles persuaden de sus ventajas.

Fácil nos será concertar nuestros esfuerzos con los que hacen los amigos de la educación en Chile, y prestarnos el mutuo apoyo y concurso que requiere un mismo trabajo, reclamado por iguales necesidades en todas partes. Pero para todo esto, es preciso que el brillo del éxito haga visibles de la distancia nuestros progresos.

Cábenos desempeñar una agradable tarea, dirigiendo por encargo del gobierno la publicación de datos, documentos y hechos que llegarán a ser los anales de la educación pública en el Estado Buenos Aires, planta en germen hoy, que pide los rayos vivificadores de la opinión para convertirse en el árbol frondoso a cuya sombra habrán de desenvolverse todas las fuerzas activas del país. Nuestra misión en obra tan vasta será sólo señalar al celo del padre de familia, del ciudadano y del legislador, el camino que han seguido los pueblos más experimen-

tados en hacer estas súbitas transformaciones de la sociedad, acelerando la marcha del tiempo, transportando a nuestro suelo en algunos años el saber acumulado de siglos en cada uno de los países de la tierra.

La educación pública, común, universal, ilimitada, es la empresa del presente, y la garantía del porvenir. A la carta o a la larga nuestras instituciones libres nos llevarían fatalmente al suicidio, como la agilidad del fogoso corcel sería un don funesto para el hombre que no ha aprendido el arte de dirigirlo. Los momentos de reposo que marcan nuestra historia política de medio siglo a esta parte, serían sin ella la quietud de la atmósfera que permite a los vapores condensarse y acumularse en nubes de que se escapará el rayo, precursor de nuevas tempestades.

Esta parte de América, y Buenos Aires felizmente más que otro punto, entra en una nueva faz de su existencia, que pide nuevas aptitudes, y transformación completa del modo de ser de sus habitantes. Hasta 1852 la tierra ha gemido bajo el estrépito de guerras atroces, de tiranías salvajes, mundo informe en que, como en las épocas caóticas de nuestro globo, los monstruos ocupaban el primer rango de la creación; pero de entonces a acá una feliz revolución se ha operado que promete otras más acabadas, si nuestra indolencia no reproduce y continúa las causas del malestar pasado. ¡Cosa singular! En despocho del triunfo aparente de la fuerza, no ha podido ésta, por más esfuerzos que haya hecho, ser de nuevo árbitro de la suerte de los pueblos. Los pueblos mismos, obedeciendo a sus viejos hábitos, han querido guerrear y dañarse, sin poderlo conseguir en seis años de sitios impotentes, de bloques burlados, de conjuraciones descubiertas, de invasiones escarmentadas. La paz se mantiene por su propia fuerza, en despocho de los celos que la anublan, de los odios oficiales que tratan de perturbarla, de la impericia que la abandona a su propia suerte, de la maldad que quisiera descarriar la opinión.

En la condición íntima de los pueblos la transformación es más tangible y reclama otra sociedad, otro pueblo que el que han educado la colonia española, las guerras y la despoblación de un suelo primitivo. Turban diariamente la secular quietud de la superficie de nuestros rios, vapo-

res, emisarios de comercio, actividad y movimiento; y el pueblo que transportan en horas de puntos distantes, como el paisano que mira desde las costas la columna de humo que traza su derrotero, están muy atrás del arte y de la ciencia que han creado esas máquinas, de cuyo poder nos servimos como de prestado. Nuestra educación nos deja extraños a los progresos de la física y de la mecánica que el vapor revela.

Piérase ya en el horizonte del Oeste el solitario y fugaz tren que lleva al rancho del paisano los goces de la vida civilizada, y le pide en vano los productos de su industria que no tiene preparados; resistiendo al movimiento a que lo invita, y de que lo alejan hábitos serriles, usos semi salvajes, destitución que semeja a la mendicidad en medio de la riqueza; y el tren volverá, cuando se avance en la desierta Pampa, vacío de productos, a revelarnos que el vehículo de las sociedades cultas está por demás, donde pasa aun el caballo, que Dios dió al hombre primitivo en relación a sus necesidades. Nuestra educación detendrá los ferrocarriles largo tiempo en los alrededores de la ciudad, y paralizará la actividad de sus locomotivas.

Llegan por centenares al año los tipos refinados de las razas de animales, con cuya propagación la industria nuestra espera rivalizar con los productores de lanas de Sajonia, Francia, Australia y Buena Esperanza. Diez años bastarán para que el "rambouillet" suplante al merino, que había ya sustituido a la oveja descendiente degenerada de los antiguos tipos españoles. La raza de vacas Durham en veinte, restituirá a nuestros ganados mayores las cualidades de forma y peso que han perdido en la vida salvaje; y el caballo frisón, el *pur sang* inglés, volverán al nuestro su pujanza y belleza. Pero como estos tipos perfeccionados son inventados, digámoslo así, por la inteligencia humana, sólo la inteligencia del pastor podrá conservarlos sin degeneración, y nuestra falta de educación en los campesinos, hará malograr tan nobles esfuerzos, esterilizando la riqueza cierta que prometían, o amenguándola por lo menos en millones de millones. La perfección general de hombre queda muy atrás de la perfección del "rambouillet" en su especie; y el hombre se barbarizará y lo traerá a su nivel. Uno de los elementos acaso el principal de la perfección de las razas de ani-

males, han sido libros con que se ha generalizado el secreto hallado por pacientes observadores, y si el libro sobrara para enseñar, faltarían los ojos ejercitados para adquirir la ciencia práctica por este medio.

La falta de educación de nuestro pueblo ha esterilizado la más pingüe riqueza de nuestros campos. Los productos de la leche son en todos los países superiores en valor al que tienen nuestras vacas; pero para obtenerlos se requiere otro sistema de cría más adelantado, residencias de campo mejor acondicionadas, pueblo más sedentario e industrial; en una palabra, hábitos y educación que nos faltan. Una poderosa corriente de emigración se dirige a nuestras costas y su feliz afluencia llenan los vacíos que sobre la superficie de tierra tan vasta deja la escasez de habitantes. Pero el emigrante del mediodía de Europa nos trae por lo general brazos robustos, mayor actividad para adquirir, y no pocas veces igual destitución de educación que aquella de que adolecemos, con algunos visos análogos a los nuestros. Estas masas de hombres que vienen buscando una patria y una familia, aumentan lejos de disminuir los inconvenientes de nuestro propio atraso. Más estivos, más económicos que los habitantes oriundos, ellos acumulan partícula por partícula la riqueza, invaden todas las profesiones, acometen todas las industrias, obtienen la preferencia en los trabajos, con decadencia visible de la idoneidad del antiguo colono, disipado, inerte, y mal adiestrado; y cuando la familia viene a consolidar su existencia, si no ha llegado a la fortuna, perpetúan el nuevo arribo y el descendiente de los pobladores primitivos, la emigrada y la nacional ignorancia y barbarie. Bajo el sistema actual, en veinte años tendremos un millón de habitantes, más enérgicos, más emprendedores y más inquietos que los que dejó la colonización y se han exterminado entre sí, por falta de haber dado por la educación una dirección útil a la actividad de las pasiones humanas.

Tal es entre otros el objeto de crear un poderoso y universal sistema de educación, para adoptar nuestro modo de ser a los progresos de la civilización que nos toman de improviso, y se desvirtúan y resalten de nuestra incapacidad para manejar sus delicados resortes. Necesitase para ello una impulsión general de la sociedad inteligente y acomodada en favor de la otra menos favorecida. Ne-

cesitase *queter*, como hemos querido ser independientes y lo fuimos en quince años perseverantes de esfuerzos comunes, como hemos sido libres en veinte de luchas sangrientas y llegamos ya a serlo; necesitase *querer ser* pueblo en masa inteligente, e industrial. En las escuelas se disciplinará la moralidad de la generación que en seis años más va a entrar a la lista de la nueva vida; en las escuelas, se preparará la inteligencia que domina la naturaleza, que maneja el vapor como agente de impulsión, que mejora las razas de animales; los domestica a la palabra de Rarey, o convierte en seda su brusca lana.

Nuestra fácil tarea será mostrar los medios, señalar los obstáculos, guiar las voluntades. Una profunda convicción nos sostendrá en la lucha, y es la de que como pueblo *somos capaces* de acometer la empresa, y como individuos estamos a la altura de la ciencia adquirida por los otros pueblos. Las leyes que por *aclamación* han dictado ambas Cámaras para desarrollar la educación, y el caluroso asentimiento que les ha prestado la opinión nos convence de lo primero. De lo segundo y por lo que personalmente nos atañe, puede perdonárenos una excesiva confianza, si después de haber ex profeso visitado la Francia, la Italia, la España, la Inglaterra, la Alemania y los Estados Unidos, trabajado en Chile quince años; y después de leer cuanto sobre la materia se ha escrito, frecuentado a los hombres especiales del mundo, estudiado todas las legislaciones, y visto su aplicación en todos los países, nos presentamos en el nuestro, sin el entusiasmo de los primeros años, y con la experiencia de los maduros, a decir sin vanidad como sin modestia *anch'lo*.

DOMINGO F. SARMIENTO.

NOTA: Este artículo aparece como prólogo del volumen I, número 17, del 1.º de noviembre de 1838, de los *Anales de la Educación Común* que fundó y dirigía Sarmiento.

Reseña de un siglo de la «Revista de Educación» 1858 - Noviembre - 1958

El 1º de noviembre de 1858 aparecía en Buenos Aires un folleto de 36 páginas titulado "Anales de la Educación Común". Con él se iniciaba la historia de la actual "Revista de Educación", que llega, con este número de noviembre de 1958, a su centenario. En el siglo transcurrido, la Revista sufrió muchas transformaciones y reformas, tanto en lo referente a su contenido como a su compaginación, periodicidad, formato y designación. Se pueden destacar seis épocas distintas, en su larga y a veces azarosa vida:

Primera época: 1858-1874, "Anales de la Educación Común".

Segunda época: 1878-1881, "La Educación Común".

Tercera época: 1881-1893, "Revista de Educación".

Cuarta época: 1895-1901, "Boletín de Enseñanza y de administración escolar".

Quinta época: 1902-1951, "Revista de Educación".

Sexta época: 1956-1958, "Revista de Educación" (Nueva Serie).

En cuanto al carácter de la publicación debe hacerse una distinción fundamental. Los "Anales de la Educación Común" (1858-1874), dirigidos por Sarmiento y luego por Juana Manso, eran una publicación semi oficial, patrocinada por el gobierno nacional y auspiciada por la Provincia, pero independientes de las autoridades escolares, tanto que hubo números de los Anales censurados o prohibidos por éstas. Con la sanción de la Ley de Educación Común, en 1875, se transforma en el órgano oficial de la Dirección General de Escuelas y cuando, en esta última década, la Dirección General se convierte en Ministerio, en el vocero del Ministerio de Educación de la provincia de Buenos Aires.

Dentro de estos marcos se desarrolló, pues, la Revista durante el siglo de existencia ya vivido, pero esto es sólo el comienzo de su historia, ya que dentro de las grandes épocas señaladas hay un sin fin de cambios, reformas e innovaciones. Casi nos atreveríamos a decir que cada Director General trajo un nuevo plan para la publicación, y que no había terminado de implantarse el mismo cuando ya se lo desechaba, para tentar otro.

Primera época.— En los "Anales", hay dos períodos: el de Sarmiento, el fundador, y el de Juana Manso, la discípula apasionada. El cambio de guardia se produce el 30 de agosto de 1865. Por entonces, los "Anales" son arma de combate en la gran batalla por la Educación que libró el sanjuanino y su falange durante más de medio siglo. Enseñar es la consigna de los tiempos y "Anales" la cumple con fervor, con pasión, con rabia, a veces. Sus páginas se abren, para incorporar las lecciones de los pedagogos extranjeros: trescientas en 1868, para transmitir las disertaciones del educador norteamericano Horacio Mann; las "Lecciones sobre objetos", de Kalkins, en el 69, planes didácticos de las escuelas de Chicago, informes y noticias del movimiento pedagógico en el exterior, dan fe de la permanente actualidad de sus ediciones.

Pero, además, "Anales" lucha. Véanse si no las cartas intercambiadas entre Sarmiento y Juana Manso, cuando aquél se hallaba en los EE. UU., su guerra con las escuelas municipales, y los números de 1871, los "Anales de la epidemia", como los llama Juana Manso, refiriéndose al terror de la fiebre amarilla que azota Buenos Aires. Terror que agobia a la ciudad, pero que no paraliza la lucha política desatada entre Sarmiento y el gobernador Castro, en la que "Anales" se mezcla con ímpetu. Y así, en plena vorágine, se llega a 1873, año en que los "Anales" son censurados por el Consejo de Instrucción Pública de la provincia de Buenos Aires, luego de un agrio choque de Juana Manso con el Presidente del Consejo, doctor Antonio Malaver, Juan María Gutiérrez, vocal, y Antonio Zinny, Jefe de Inspectores. En 1875 muere Juana Manso y la publicación se interrumpe.

Segunda época.— En ese año se dicta la ley de Educación Común en la provincia de Buenos Aires, y se crea

la Dirección General de Escuelas, cuyo primer Director es Sarmiento, recién descendido del sillón presidencial. Entramos en la segunda época de la Revista, que se inicia bajo el nombre de "La Educación Común en la provincia de Buenos Aires" con el tomo I, N° 1, del 15 de agosto de 1879. En la presentación se aclara que "con este título damos principio a la publicación del periódico, cuya redacción principal pone la ley de Educación Común, entre los deberes del Director General de Escuelas". El fin práctico de la publicación es presentar en un solo registro todas las leyes, decretos, reglamentos, informes y demás actos administrativos que se relacionen con la Educación primaria; como asimismo los datos, instrucciones y conocimientos, tendientes a impulsar su progreso.

En 1879 hay cambios en los subtítulos. En enero se llama: "La Educación Común. Revista quincenal ilustrada de educación y enseñanza". En julio se le añade "en la escuela y en la familia". En este número se agrega una publicación infantil anexa: "La ilustración de los niños", que ofrece entre sus lecturas una de Julio Verne, inédita por ese entonces: "Los 500 millones de la sultana". En enero de 1881 la publicación se hace mensual, y en julio de dicho año pasamos a la

Tercera época.—Nuevo Director General de Escuelas, Mariano Demaría, reforma la Revista y le da por vez primera el nombre actual. En la sesión del 19 de junio de 1881 el Consejo aprueba la reglamentación del periódico, "que deberá publicarse por mes bajo el título de Revista de Educación. Cada número constará de 90 páginas cuando menos y contendrá las actas de las sesiones, resoluciones, notas, circulares... artículos originales o traducidos sobre educación... datos estadísticos... noticias del extranjero, reproducción de artículos, conferencias, etc. Cada número contendrá un artículo de fondo". Asimismo se establece que la tirada será de dos mil ejemplares.

Durante los mandatos de los Directores Generales Nicolás Achával, Juan Ortiz de Rozas, Emilio Carranza, Juan N. Acuña y Bernabé Lainey se respetó esta estructura, modificada totalmente en 1895, luego de una interrupción de un año.

Cuarta época.—Es la que podríamos llamar época Berra, por Francisco A. Berra, el gran educacionista que fué Director General de Escuelas de 1894 a 1902.

La "Revista de Educación" se convierte en el "Boletín de enseñanza y de administración escolar" dividido en seis secciones: del Director, de colaboradores, de consultas, de transcripciones, de documentos oficiales y de miscelánea.

En su primer número, el editor manifiesta: "El Boletín expondrá ideas y dará a conocer hechos; será órgano de difusión, pero no empleará para conseguir su fin el medio de la polémica, porque la experiencia ha demostrado que tal modo de proceder apasiona más que convence".

¿La experiencia?... ¿Será la de su enervorizada antecesora Juana Manso? Y sin embargo, a pesar de su invocación, la historia se repetirá. Berra es el más combativo y combatido Director General, después de Sarmiento, y las páginas del Boletín de 1901, nos darán cuenta del escándalo ocasionado por su negativa a dar cumplimiento a la ley de sobrantes escolares, dictada por Sarmiento.

Figuran entre los colaboradores del Boletín, además del director, autor de numerosos artículos y trabajos, Brunet, Calvo, Etcheverry, Guerrina, Massa, Salinas, Senet, Terraza, Valenzuela, entre otros. Así entramos a la

Quinta época.—Berra cae el 1º de febrero de 1902, defenestrado por el Consejo que lo desconoce como Director General; su caída trae consecuencias para la publicación, que vuelve a llamarse en 1902 "Revista de Educación". Segunda época, acota el N° 1-2 del Tomo I de dicho año.

Es Director General Manuel Bahía, cuando la Revista anuncia, en 1904, una transformación, con la inclusión en sus números de colaboraciones de reputados escritores. Y entre los primeros colaboradores literarios figuran: Luis Ricardo Fors, Ricardo Monner Sans, Fidel Rossi, M. Gomara, John Whips.

En 1905, en un artículo titulado "Nuevos rumbos", se informa que el material se redistribuirá en las siguientes secciones: Didáctica, Práctica, Miscelánea, Crónica, Revista de Revistas y Oficial. Del mismo año, una curiosidad. Ataques al fútbol, el juego de moda, en sendos artículos de Aníbal Cardoso. ¡Oh! tiempos de Watson Hutton y el glorioso Alumni!

En 1907 es jefe de redacción de la Revista, Alberto Cortina, primer historiador de la misma a juzgar por su artículo "Nuestro aniversario - Después de 48 años - Cua-

tro palabras". Alberto Cortina reivindica la antigüedad de la Revista, estableciendo su punto de partida en los viejos "Anales" de Sarmiento, pero se equivoca en la fecha de fundación, al dar como tal, el 1º de enero de 1859.

En 1914 es jefe de redacción Francisco Calmon Gálvez y cotizados escritores colaboran en la página literaria: Guido y Spano, Vicente G. Quesada, Monseñor Napal, Almafuerite, Arturo Marasso, Carlos Muzio, Sáenz Peña.

En 1923 es redactor en jefe Manuel Trigo Viera. Y la colección del año nos deja una intriga. En el número 1 encontramos el aviso de que en el próximo número se publicará "Una reseña histórica completa de la Revista de Educación, 1876-1922", que no aparece en ninguno de los números posteriores, dejándonos con la esperanza frustrada de conocer al segundo historiador de la Revista.

En 1923, gran cambio. El Director General Ramón Razquin encarga el manejo de la Revista a una Comisión Redactora, presidida por Víctor Mercante, que decide dividir el material en tres fascículos independientes: Sección Doctrinaria, Sección Realización y Práctica y Sección Oficial. Así, en dicho año, el número 1, corresponde a la Sección Doctrinaria; el 2, a Realización y Práctica; el 3, a Doctrinaria; el 4, a Oficial. En 1930, siempre bajo la dirección de Víctor Mercante, el número de enero y febrero se titula "Vidas Educadoras" y nos trae las biografías de Pestalozzi, Gail, E. Echeverría, Raúl Legout, Juana Manso, José María Torres, José B. Zubiaur, Pablo Beruti y Amado Nervo.

De julio a diciembre de 1930 la publicación se interrumpe. La Revista vive, con el país, la crisis revolucionaria de setiembre. Víctor Mercante renuncia el 20 de octubre y el nuevo Director General, Francisco A. Pereyra, designa encargado de la misma a Trigo Viera, bajo cuya dirección se reanuda en 1931, y se publica el número homenaje al cincuentenario de La Plata en noviembre de 1932, que contiene una hermosa galería iconográfica de Directores Generales desde 1875.

En 1933 la Revista no apareció y el 17 de abril de 1934 el Consejo aprueba una modificación a la reglamentación que establece que saldrá bimestralmente, con una tirada de 3.000 ejemplares en papel de tipo económico y con el material de lectura dividido en cinco secciones: Orientación, Pedagogía, Ciencias y Artes, Higiene Escolar e Información Oficial.

En 1937 es designado jefe de redacción Arturo Cambours Ocampo, que prolonga su gestión hasta 1946.

En 1947 el primer número apareció en noviembre, con nuevo director: Rodolfo Oyhanarte, que la dirige hasta la última entrega de 1951.

Y después viene el silencio. La Revista interrumpe su salida durante cuatro largos años: 1952, 53, 54 y 55, en el mayor cese registrado desde su fundación, hasta que producido el movimiento revolucionario de setiembre de 1955 y renovado el elenco gubernamental, se inicia la

Sexta época.—Con la "Revista de Educación" (Nueva Serie), que se publica mensualmente desde enero de 1956, dirigida por Arturo Marasso, bajo cuya conducción la Revista celebra hoy su centenario.

FRANCISCO JUAN MUÑOZ DUARTE.

Ramanujan, el matemático

Cuando Ramachandra Rao relata su primera entrevista con el matemático Ramanujan, manifiesta asombro por esa tosca figura, pequeña y robusta, desaliñada y no muy limpia, que se le acercó al brazo, llevando un raído cuaderno de notas bajo el brazo; pero el rasgo que considera más característico de este personaje que así entraba al tablado de la historia, no era la escasa y pobre vestimenta, ni la cara sin afeitar, ni el paso tal vez indeciso, sino la serena claridad de su mirada, el brillo de los ojos encendidos por una luz interior.

En efecto, Srinivasa Ramanujan Aiyangar fué ante todo un vidente, un ser extraordinario dotado de ese poder de aprehensión directa que, según dicen, decide la superioridad de los místicos sobre el común de nosotros; un ser acostumbrado a esos estados de comprensión que se alcanzan cuando la mente se encuentra tranquila, como un lago en reposo capaz de reflejar en su quietud todo el hemisferio celeste; un ser desprovisto de urgencias intelectuales, sin ataduras convencionales, sin compromisos de ideas; libre como el aire, suave como el agua, puro como un niño.

Con relación al significado corriente de las palabras, Ramanujan era pobre y lo fué toda su corta vida; también en cierto modo era inculto, aunque poseía singular sensibilidad para los valores estéticos. Acordaba su conducta con los cánones estrictos de la religión de su casta brahmánica, pero nunca acuciado por apremios de finalidad trascendente, sino, antes bien, como entregándose a un proceso ritual. Su capacidad de penetración, ese don de la mirada esclarecedora, expresado por el brillo de sus ojos, no se ejercía en todas sino en algunas cosas; mas en ellas calaba tan hondo que el ámbito parcial y limitado dentro del cual se solazaba su espíritu, por imperativo de su poder de intuición, se transformaba en un portentoso mundo de ideas, relaciones y creaciones matemáticas. En ese mundo Ramanujan vivió; no necesitaba otro.

Desde muy niño trabó estrecha amistad con los números. Se divertía repitiendo de memoria muchas cifras de π y de $\sqrt{2}$. Aparte de alguna incursión transitoria en la geometría, a la cual se aficionó de momento atraído por algunos de los problemas tradicionales, sus preferencias se enderezaron al análisis, asombrando a los primeros maestros de su infancia por su agudeza y seguridad.

Srinivasa Ramanujan Aiyangar no alcanzó a cumplir los treinta y tres años. Había nacido el 22 de diciembre de 1887 en Tanjore, Madrás, y murió el 26 de abril de 1920. Su familia carecía de recursos; desde la adolescencia tuvo que trabajar para subsistir; no realizó estudios superiores universitarios ni académicos, porque no le interesaron suficientemente y porque nunca se decidió a perfeccionar el idioma inglés. Sin embargo, demostró prodigiosa memoria para la lengua sánscrita.

Esta escueta información podría bastar, a primera vista, para explicar el hecho de que Ramanujan haya leído muy pocos libros científicos. Considerando, empero, la capacidad de intuición que lo singulariza, hallaremos de inmediato otra hipótesis más plausible: no necesitaba leer, ni informarse, ni adquirir erudición. El llevaba consigo la clave de algo superior a la palabra escrita y sabía ir hacia el conocimiento de su mundo interior por la vía privilegiada de la aprehensión directa.

Tenia quince años cuando alguien puso en sus manos un libro de George Shoobridge Carr, titulado *A Synopsis of Elementary Results in Pure and Applied Mathematics*, editado en Cambridge, en dos volúmenes, en 1880 y 1887. Tanto el autor como el tratado habrían quedado completamente olvidados a no ser por Ramanujan. El texto era una recopilación de unas seis mil proposiciones de trigonometría, álgebra, cálculo y geometría, que Carr había preparado como memento para sus alumnos particulares. La gran mayoría de las proposiciones se ofrecían sin demostración o sólo con una demostración esquemática, pues se suponía que los lectores del manual recibirían en clase indicaciones complementarias a fin de establecerlas después adecuadamente. Ramanujan, por puro deleite, se entretuvo en probarlas con todo rigor, mas trabajando solo. Tal pascaliana proeza le reveló el goce inefable de la creación matemática y desde ese momento y hasta el

término de sus años, siguió descubriendo, inventando e ideando maravillas en el universo de los números...

A quienes en el futuro se ocupen de Ramanujan no han de faltarles elementos con que adornar y rodear de misterio poético a su figura, digna sin duda, de devenir legendaria.

El matrimonio de sus padres no había alcanzado la bendición de la fecundidad. Entonces, el abuelo materno imploró a la diosa Namagiri y ésta concedió el don del primer vástago, el matemático de ojos brillantes. Es fama asimismo que la diosa Namakal le concedía en sueños la visión de los teoremas, cuya prueba buscaba él por las mañanas.

En realidad, había en Ramanujan una elaboración subconsciente, similar a la que Henri Poincaré describe con estas palabras:

"Lo más asombroso es esta aparición de una súbita iluminación, signo manifiesto de un trabajo previo, largo y subconsciente. El papel de este trabajo subconsciente en la invención matemática me parece incuestionable, y aún habrán de hallarse sus huellas en otros casos donde es menos patente. A menudo al encarar una cuestión ardua, no se halla nada de primer intento. Entonces se toma uno un descanso más o menos breve o largo y tras él, se vuelve al trabajo. Durante la primera media hora, tal como ocurría antes, nada se descubre, mas de pronto la idea decisiva se presenta a la mente. Podríamos decir que la tarea consciente ha sido ahora más fructífera porque estuvo un tiempo interrumpida y el reposo ha devuelto a la mente, en ese tiempo, su fuerza y su frescura".

En Ramanujan, el reposo era el sueño, estado en donde se abrían paso las tradiciones religiosas de su casta.

Fue el distinguido matemático inglés Godfrey Harold Hardy (1877-1947) quien introdujo a Ramanujan en Europa. Hardy era el típico profesor, el académico, amante del rigor y de la forma. Especialista en análisis y aritmética racional, se lo conoce ampliamente por una obra didáctica que ha recorrido los continentes del viejo y nuevo mundo: *A course of pure mathematics*. Para él (así lo ha escrito) el matemático, como el pintor y el poeta, es un constructor de modelos, y los materiales de construcción con que edifica son las ideas.

A instancias de sus amigos, Ramanujan se dirigió a Hardy para darle a conocer sus descubrimientos. Corría el año 1914. La carta iba acompañada por el enunciado y breves notas acerca de ciento veinte teoremas de gran dificultad, que ofrecía a juicio de la crítica. Hardy quedó estupefacto, pues, aunque la mayoría de los teoremas ya eran conocidos en Europa por un puñado de especialistas (tratábase, por tanto, de redescubrimientos en la mayor parte), la preparación que su estudio requería era de primer orden. Y más aún: Ramanujan no tenía ni noticias de los investigadores que habían elaborado o estaban elaborando las materias de su predilección.

Amén de unas pocas proposiciones erróneas, por lo menos una decena de los teoremas eran absolutamente nuevos, verdaderos e importantes. "Una simple ojeada —escribió después el analista inglés— bastó para probarme que sólo podía haberlos hallado un matemático de jerarquía superior". Algunos eran excesivamente complicados, pero Hardy presintió (y en ello estuvo acertado) que "tenían que ser verdaderos, porque, de no serlos, nadie habría tenido imaginación capaz de inventarlos". Por otra parte, el autor de esas proposiciones debía de ser forzosamente honesto, pues quien revelaba tan inusitado ingenio no podía ser sospechoso de fraude. Así, el gran mérito de Hardy consiste en haber comprendido de inmediato que la carta que tenía en sus manos era obra de un creador excepcional.

Acaso corresponda a esta altura precisar qué suele entenderse por creación matemática, y para ello volvamos a Poincaré:

(La creación) "no consiste en hacer nuevas combinaciones con entidades matemáticas ya conocidas. Cualquiera es capaz de ello; mas lo cierto es que esas combinaciones serían infinitas y en su mayor parte de interés nulo. Crear consiste, precisamente, no en hacer combinaciones inútiles sino en descubrir las útiles, que son las menos. Porque la invención es discernimiento, elección".

Con ejemplar y conmovedora generosidad, Hardy ayudó a Ramanujan en todo lo que pudo. Lo alentó a trasladarse a Inglaterra para incorporarlo definitivamente a la ciencia europea, procurándole los medios materiales indispensables. El viaje, no obstante, no se realizó en seguida;

la madre no daba su consentimiento. Entonces interviene de nuevo la diosa Namagiri, la que veinticinco años antes había tornado fecundo aquel pobre matrimonio brahmán; se aparece en sueños a la madre, y le ordena no interponerse en la vida del hijo que ella le había regalado.

Así parte Ramanujan a Inglaterra. Ya había publicado varias notas y contribuciones en el *Journal of the Indian Mathematical Society* (en 1911 y en 1912), la primera de las cuales, sobre números de Bernoulli. También había escrito la asombrosa carta de los ciento veinte teoremas que provocaron la admiración sin límites de Hardy.

Estudiando los números primos, Ramanujan tuvo grandes éxitos y varios fracasos; pero lo notable es que empleara procedimientos y notaciones similares a las usadas por Landau en 1908. Y es notable porque no conocía la obra de Landau; ignoraba el francés y el alemán, y aun el inglés que poseía era tan deficiente que le acarreó la pérdida de una beca en la adolescencia.

Sus conocimientos generales eran bastante limitados, y los matemáticos, extrañamente parciales. Dominaba, así, campos tan abstrusos o arduos como el de las ecuaciones modulares, de las fracciones continuas o la teoría de los números; pero no sabía nada de cosas sencillas, como ser el teorema de Cauchy o las funciones doblemente periódicas. Incluso no podía o no sabía expresar con exactitud qué entendía por demostración. Él veía, intuía, descubría o presentía esas superlativas proposiciones cuyo solo enunciado le deleitaba.

La sistematización, la disciplina del rigor científico, no le interesaban. Fué imposible encauzar su talento a través de cursos organizados y metódicos, pues, una de dos: o le gustaba el tema tratado en las clases y entonces penetraba mucho más allá de lo que se discutía en ellas, o bien no le agradaba y era inútil recomendarle que reflexionara sobre la cuestión.

Por momentos manifestó atracción por la literatura y el arte en general o por problemas concretos de filosofía; mas siempre huyó de la erudición o de la información. Al contrario, amaba lo raro, lo oculto, lo misterioso y lo inesperado. En esto era como los párvulos, que son amigos de lo desconocido, y lo encaran con ingenuidad y sin prejuicios.

En verdad, entre Ramanujan y los niños hay en común, si no la hondura, por lo menos la frescura mental y esa claridad de la mirada.

Era pacifista y de ideas políticas radicales. Observaba escrupulosamente los ritos de su religión, mas rechazaba la idea de someter la observancia ritual al análisis de la razón; estas cosas eran distintas, sin yuxtaposición posible. Siempre fué vegetariano; guisaba sus comidas a la manera de su casta y jamás consintió hacerlo sino vestido a la usanza ancestral.

En Inglaterra enfermó de tuberculosis. Nunca mejoró de la afección y, presintiendo su fin próximo, retornó al país natal. Pocos meses después la diosa Namagiri lo desprendió para siempre de su tallo corpóreo, cuando no había cumplido todavía la hermosa edad de treinta y tres años.

Los escritos de Ramanujan fueron recogidos en un volumen, por cuidadoso empeño de Hardy, Seshu Aiyar y Wilson. Los compiladores lo prologaron y lo dieron a estampa en Cambridge, en 1927, bajo el título *Collected papers of Srinivasa Ramanujan*. El análisis crítico más completo y autorizado sigue siendo hasta hoy el tratado de G. H. Hardy, *Ramanujan, Twelve lectures suggested by his life and work* (Cambridge, 1940).

Meditemos sobre la obra y la vida de Ramanujan. Notaremos en ellas el impulso que mueve a un matemático dotado de los más altos dones de creatividad, iluminado por un extraordinario flujo intuitivo, poseedor de una fuerza de penetración fulminea y de una espontaneidad inigualable. Conocía la idiosincrasia de los números como quien conoce las cualidades de sus amigos más íntimos; estaba familiarizado con las fórmulas algebraicas y con las transformaciones de series de la misma manera que un artesano lo está con las piezas de una obra hija de su ingenio. Tenía gran memoria y seguridad en los cálculos, pero sus rasgos geniales radicaban principalmente en aquella notable capacidad de comprender sin método, sin sistema, sin prejuicio, sin esfuerzo. En él todo era abrir los ojos y ver: ¡maravillosa sencillez!

Podemos imaginarlo como un Pitágoras, enamorado de los números, con su mística y su magia secreta; o como un Pascal, la caña pensante, a quien se asemeja por su precocidad; o como un Euler o un Jacobi, por su dominio

del arte algorítmico; o como un Poincaré, por la riqueza intuitiva; o como un Gauss, por la seguridad y la habilidad en el cálculo.

Quizás no sea Ramanujan tan perfecto o completo como ninguno de esos grandes en particular, abarcadores de dominios más vastos dentro del reino de la matemática; pero de todos ellos trasunta los signos inequívocos del genio.

Junto a las aportaciones novedosas, importantes y útiles que ha hecho a la matemática, nos lega una enseñanza de mayor significación. En efecto, en él se advierten en dosis concentradas las cualidades fundamentales del espíritu creador y las condiciones que facilitan la invención y el descubrimiento. Como si fuese síntesis de muchos ingenios, Ramanujan por sí solo servirá al estudioso que quiera develar los secretos psicológicos del quehacer matemático.

En pleno siglo XX, el siglo de las estructuras lógicas y sistematizaciones formales escalofrantes, aparece la figura poética de este vidente, para reconvencer con el ejemplo de su vida, que es símbolo auténtico de iluminación y de espontaneidad.

EDUARDO H. DEL BUSTO.

Los estudios clásicos en nuestra enseñanza

El mundo actual en el aspecto de la formación ideal educativa del hombre, siente la necesidad de un humanismo integral equilibrado, ante las consecuencias tan lamentadas de la unilateralidad de un sistema de educación positivista, utilitarista, llevado al exceso. La esclavitud de lo mal entendido y llamado práctico redundó, como en el mito de Midas, en lo impráctico y hasta en lo catastrófico. Se ha llegado a considerar al hombre como "monofisista", una criatura de una sola y simple naturaleza que se mueve sólo por el estímulo de la ganancia de riqueza, el *homo oeconomicus*. El "animal político" de Aristóteles, que lleva implícito el hombre social, ético, estético, científico, religioso y económico, parece haber querido despojarse de su conformación holística y reducirse al de la pura economía.

Pero este nuevo humanismo tan deseado parece ser mal entendido por algunos, y retaceado y mediatizado por una facilidad impropia, de cortos vuelos, en los estudios iniciales, y por una superespecialización unilateral en los superiores, incluso dentro de los planes de Humanidades. No ha de ser un pseudohumanismo, sino un liberalismo espiritual (*animi liberi*) con severa disciplina "*paidéutica*" el que ha de avanzar los alcances espirituales para lograr un equilibrio con los adelantos técnicos en un humanismo integral (*humanitas*).

Este ideal formativo, humano en su justo equilibrio, lo tenemos como arquetipo en el comienzo, en la juventud, de nuestra civilización, en Grecia. El griego es el antropoplasta de los pueblos, dice Jaeger. Toda formación del hombre en cualquier época posterior es herencia de la Heliade, que nos transmitió Roma en su *humanitas*. Su obra unida a la filosofía cristiana es intemporal y base sólida, eterna para todos los tiempos y todos los hombres. Esto es axiomático en nuestra cultura. La necesidad del conocimiento de la civilización clásica es de consenso general. El progreso espiritual busca la pureza de su prin-

cipio original para su perfección. El pensar filosófico, crítico literario, social y hasta científico y técnico, afina su criterio fundamentador con su conocimiento.

Actualmente, con acertada aversión al "clasicismo normal", los mitos griegos siguen vivos en nuestra literatura con verdadera interpretación virtual tautegórica y simbólica, después de una extensa aplicación esteticista decadente; la base crítica literaria es filológica; nuestra filosofía se dirige siempre, dentro de cualquier tendencia, a la pureza de sus eternas fuentes; todas las manifestaciones culturales buscan paradigmas en un momento histórico de superación humana ejemplar. No existe fase cultural rigorista sin este sentido cimentador.

Pero el conocimiento de esta cultura, fundamento y base de la nuestra, ha de ser preciso y riguroso, con las dos calidades que echaba de menos Ortega y Gasset en nuestra juventud, fuerza y disciplina, para llegar a poseer un criterio no vago sino firme y de preciso rigor mental, que sólo se obtiene mediante rigurosas disciplinas.

Esa disciplina educativa ha de tener como principio imprescindible el estudio de las lenguas y culturas clásicas. Así lo determinaron siglos de enseñanza y así lo exige nuestro humanismo.

No puede ponerse en duda que las autoridades académicas de las universidades y las civiles rectoras de la cultura en el Ministerio de Educación de la Nación tratan de dar la importancia debida a este problema. Opiniones aisladas, por desgracia demasiado numerosas, incluso dentro de claustros docentes universitarios, no llegan a desvirtuar la sensata convicción general de la necesidad de su estudio con la apropiada amplitud.

Las universidades nacionales vinieron invitando desde hace ya años a profesores extranjeros de filología clásica, con el fin principal de formar un profesorado nacional suficiente en número y calidad para llenar las necesidades docentes, tanto en la enseñanza universitaria como en la secundaria, en donde han de estar estos estudios en forma sistemática incluidos y asimismo para crear instrumentos de trabajo indispensables para el estudio en sí, con vistas a su difusión y profundidad investigadora. Dichos fines se han ido cumpliendo y actualmente es bastante numeroso el profesorado nacional.

Sin embargo esto no es suficiente. Es necesario una mayor amplitud ahora, en campo y profundidad de tales estudios. Concretamente han de estar incluidos seriamente de una vez en la enseñanza media en verdadera formación educativa y han de llegar a una especialización en la enseñanza superior. No ha de pensarse, al respecto, en un bachiller latinista, pero sí que los estudios clásicos estén representados en la enseñanza secundaria con apropiado método y amplitud, para obtener la base disciplinada de sus resultados fundamentales de formación de carácter, exactitud en la observación, precisión en la expresión, mantenimiento de la pureza de nuestro lenguaje, y conocimiento de nuestras civilizaciones madres, que son signos básicos de cultura.

La disciplina mental y exactitud de observación y expresión son principios de todas las ciencias del espíritu y de la naturaleza y una parte esencial en la formación del hombre. Y aunque no se llegue a un dominio de lectura directa de textos, que se disponga de un conocimiento suficiente filológico y cultural clásico para las razonables necesidades de comprensión terminológica y de pensamiento, no sólo en las ciencias literarias sino en las jurídicas, naturales y técnicas.

Es importante también la educación de la inteligencia que aporta su estudio para procurar o saber hallar lo esencial en lo accidental, la síntesis en lo múltiple, la unidad en la diversidad, sacando a luz aptitudes potenciales latentes de acción en la inteligencia juvenil, que luego, con ayuda de la experiencia, se convertirán en realidades satisfactorias. Está comprobado que los estudios de lenguas clásicas no proveen experiencia, pero su educación intelectual y de carácter produce óptimos resultados al sumarse la experiencia en la vida cultural. Uno de sus frutos y goces es el redescubrimiento en edad madura de los estudios juveniles. Bien conocidas son la versatilidad, amplitud y sistematización del humanista con curiosidad instintiva por todos los problemas sociales, filosóficos, literarios, estéticos y técnicos de su época.

Esto se conseguirá no con un "gramaticismo" exagerado, grave defecto de pasadas épocas y causa, a veces, de estéril trabajo, sino con preciso estudio gramatical en textos con explicación de conceptos y significado de términos en conjunción con el alma, con el pensamiento y

vida histórica, que expresan, familiarizando al alumno, dentro de un método interesante, práctico y atractivo, con una literatura sumamente rica y equilibrada, de elevado ideal artístico y humano, y con una civilización que contempla todos los problemas del hombre y que es base de nuestro progreso por las experiencias valiosísimas que nos ofrece.

Otro aspecto de ineludible necesidad en los estudios de lenguas y culturas clásicas es la amplitud de su especialización en la enseñanza universitaria.

Como es sabido, los estudios superiores de Humanidades han de desarrollarse actualmente en nuestro país con un método híbrido de iniciación y enseñanza superior, por el hecho de no estar incluidos seriamente estos estudios en la enseñanza media, salvo en algunos institutos o colegios dependientes de universidades.

Sucede así que los graduados no pueden llegar, en general, incluso en las carreras en cuyos planes hay más extensión de filología clásica como en la de Letras, a una especialización suficiente. Y si bien es verdad que algunos, trabajando junto a un profesor determinado o en forma particular, han conseguido laudablemente alcanzar una formación adecuada, son realmente excepciones, pues les es difícil esta superación.

El problema y sus soluciones, en su amplitud y métodos, son una unidad de obligada interrelación, ya que la necesaria inclusión de las lenguas clásicas en la enseñanza media eliminaría muchas dificultades en la enseñanza superior de Humanidades.

En efecto, con esta base preuniversitaria, podrían concretarse en un número menor de cursos los actualmente fijados en algunas carreras universitarias, tan frecuentemente protestados por los alumnos y más desafortunadamente por parte de algunos profesores, con razones que hay que confesar de mal entendido y utilitarismo de especialidad sin base disciplinadamente rigurosa.

Sin la citada base del bachillerato no es concebible un plan de estudio universitario de Humanidades en que falte el fundamento de toda especialización filológica, histórica y humanística general. Es innegable que una posición de eliminación o reducción de cursos de lenguas clásicas señala una pobreza en el sistema de acción universitaria en busca de una especialización in-

mediata sin elementales cimientos, en suma, un buscar lo práctico y caer en lo impráctico e inane.

Todas las carreras universitarias de Humanidades deben mantener, en su situación actual, esta formación básica de lenguas y culturas clásicas. Si en algunos casos no tienen los resultados fructíferos deseados, su causa más que la deficiencia de métodos docentes es una falta de conciencia determinante de su valoración e importancia en el alumno.

En todo caso, con implantación de los estudios clásicos en la enseñanza secundaria o sin ella, se hace precisa asimismo, la creación de una carrera íntegramente especializada al respecto de filología clásica.

Aunque su necesidad sería razonable en varias Universidades, inicialmente lo sería en forma ineludible en tres o cuatro de ellas, las que dispongan de mayor facilidad para llenar los cuadros de profesores correspondientes y tengan más alumnado.

Esta carrera ha existido, aunque no perfectamente organizada y con muy corta duración, en algunas Universidades, y ha sido suprimida sin razones valederas, pues los graduados, en su ambiente, están mejor formados y alaban sus planes, y los alumnos inclinados a dichos estudios echan en falta y lamentan su supresión.

La creación de la carrera o especialidad de Filología clásica podría contemplarse como desdoblamiento de la actual carrera de Letras, quedando ésta como Filología moderna, según es común en muchas Universidades extranjeras.

Podría alegarse que en algunos planes de la carrera de Letras ya hay hasta el máximo de cursos de lenguas y literaturas clásicas (cuatro años), pero es innegable que, además de faltar entre otros estudios los de lingüística indoeuropea e histórica institucional, el alumno no puede dedicarse en intensidad a ellos por la conjunción y amplitud de las materias de crítica e historia literarias modernas, y por la misma razón al profesor no le es posible exigir la necesaria profundidad y extensión en su especialización.

Por otra parte, el desdoblamiento permitiría una planificación de la carrera de Letras en donde se diera precisa amplitud a la filología románica que no existe o es poco extensiva en la mayoría de los planes de las Uni-

verdades. Sin duda, así resultaría un mejoramiento de la especialidad en ambas filologías.

Pudiera también parecer que ello es un limitar a universalidades extranjeras, pero ¿qué aspecto peyorativo tiene esto, sino más bien laudable, el seguir la experiencia de centros de cultura que se mantienen con ello como guías y modelos en la acción educativa e investigadora?

Es indudable que aun en ellas, como en nuestro país, hay discusiones de métodos de enseñanza, ante confesados pobres resultados que se pregonan falsamente como estériles, pero no se llega jamás a la lamentable situación de su eliminación, sino a su mejoramiento didáctico.

También es cierto que la erudición clásica en nuestros días ha venido cultivando la investigación más que la interpretación y que se ha preocupado más en el acopio que en la diseminación de los conocimientos y quizá desdénado su propia importancia en el mundo contemporáneo, pero éste también es problema de enfoque y se está haciendo ya en el apropiado sistema de investigación y difusión. Sin embargo, esto no sucede en nuestro país, en donde no es suficiente la investigación y faltan instrumentos difusores.

La minoría selecta de esta especialización abriría un campo de investigación más extenso y necesario para crear los instrumentos de trabajo de difusión, especialmente con la publicación de ediciones y colecciones de autores clásicos, a que debe atenderse por faltar en nuestra lengua en forma sistemática.

También, al respecto, está muy extendida la idea de que es suficiente el utilizar los conocimientos clásicos bebidos en buenas traducciones. Es indudable que, a falta de lectura directa, resulta utilísimo y recomendable el valerse de ellas, pero aun así no es posible hacerlo con la debida conveniencia, porque no están al acceso general o no existen. En efecto, no hay ninguna colección completa en español y son muchos los autores no traducidos. Gran parte, además, de las traducciones, especialmente las antiguas, son muy criticadas por su falta de exactitud, y las modernas son muy limitadas en número de autores, tanto en España como en Hispanoamérica y de no fácil difusión, salvo las de algunas casas editoras de nuestro país y de algunas Universidades. Las colecciones en lenguas extranjeras (Teubner, Loeb, Didot, Belles

Lettres, Garnier, etc.), son mucho más amplias e importantes, si bien tampoco completas, pero es difícil su adquisición y, como es natural, de menos extensa comprensión y divulgación.

Por otra parte, toda traducción no puede precisar completamente el pensamiento de la lengua original, y esto menos de las lenguas clásicas, por su diferente flexión, concepto psicológico y lógico, abstracción, riqueza de significados inequívocos y orden rítmico, en especial en la filosofía y en la poesía, principalmente la lírica. Es casi dificultad insuperable hacer corresponder términos filosóficos, por ejemplo, muchas veces esenciales para llegar al fondo del pensamiento, así como imposible trasladar ritmos métricos y orden de períodos. Sólo podría explicarse la diferencia de la lectura directa por la deleitosa comprensión que con ella se obtiene, principalmente en autores filosóficos y literarios, pero, sin duda, en todas las obras clásicas.

No obstante, como forma imprescindible, a falta de lectura directa, han de recomendarse las traducciones. Para ello no sólo deben hacerse con amplia difusión, sino con cuidadosa presentación y aparato filológico y estudio minucioso y ameno, acompañado, de ser posible, de ilustraciones atractivas como explicación.

Este instrumento primordial de trabajo y divulgación, si bien se viene iniciando laudablemente por algunas casas editoras, vería facilitado su logro con el trabajo en equipos en ellas o en institutos de investigación de las Universidades, en activa acción éstas también dentro del Instituto Superior de Investigaciones y participación en congresos internacionales, todo lo cual se conseguiría con mayor amplitud y profundidad investigadora con los especialistas egresados de la indicada carrera de Filología clásica. Con ellos mismos se llegaría a disponer también de un profesorado actualmente insuficiente para una extensión deseada en los estudios clásicos.

Esta amplitud necesaria de los mismos hará que nuestro país vaya de consuno con el mundo occidental en el estudio y difusión de una cultura, fuente y salvación de la nuestra en tantas circunstancias históricas, agitación humana de formación educativa ideal en un equilibrio cultural de que tan necesitados están nuestros tiempos, e ineludible fundamento de educación sistemática, disciplinada, criteriosa y precisa del progreso cultural.

ANTONIO CAMARERO BENITO.

Panorama histórico de la prensa argentina

PRIMERA PARTE, DE 1764 A 1862

Toda nuestra historia política, social, económica e intelectual, con sus vastas ramificaciones, está escrita en los periódicos que se han publicado desde antes de 1810 hasta nuestros días, lo mismo en la ciudad de Buenos Aires que en las provincias y territorios. Esas hojas cumplieron la importante tarea de recoger y registrar, día a día, los hechos producidos, los tonos y matices de opinión a que dieron lugar esos sucesos, las ideas y sentimientos que animaron a los distintos sectores de la República y orientaron los diversos y sucesivos procesos históricos de nuestro desarrollo como pueblo, sociedad, nación y estado.

Casi sin excepciones, los periódicos argentinos han cumplido esa misión de recoger y registrar los materiales primarios para escribir las síntesis históricas que interpretan los sucesos, señalan los procesos e indican el rumbo a seguir. Pero sería olvido u omisión no reconocer que hubo en cada etapa del desarrollo político de nuestro pueblo, uno, dos o más periódicos que sintetizaron el pensamiento de la mayoría o representaron la aparición de nuevas fuerzas históricas en el escenario del país, convirtiéndose, por lo tanto, en las voces símbolos, representativas de una tendencia orgánica o una inquietud colectiva. *Gacetas oficiales* y *pasquines anónimos* definieron las contradicciones de la vida colonial. Las *gacetas manuscritas* que aparecieron en 1764, en la ciudad de Buenos Aires, así como otras impresas que se publicaron en 1781 y en los años anteriores a la Revolución de Mayo, del mismo modo que los pasquines anónimos editados desde 1768 hasta la época de las invasiones inglesas, simbolizaron los distintos aspectos del ambiente político, social, económico e intelectual de la colonia española.

Las *gacetas* representaron el anverso de la vida del Virreinato. Fueron publicaciones oficialistas y adulonas, noticiosas de cuanto halagara al círculo gobernante, ca-

rentes de comentarios sobre hecho alguno, lo que si bien puede indicar que no había plumas galanas y espíritus críticos, revela, asimismo, una clara definición, pues no comentar es aceptar que todo lo que existe y lo que se hace es bueno y merece, sino elogios, aprobación. En lugar de comentarios orientadores, que el lector nunca encontraba, publicaban muchas noticias de subido tono adulón. "Nuestro excelentísimo señor gobernador se encuentra bueno en la quinta de don Carlos Balente, distante media legua de esta ciudad", decía una de las *gacetas*, y otras se referían a la "importante salud de nuestro jefe", al "laborioso genio" del gobernante, a su "feliz Gobierno". Nada, pues, que rozara la irritable mentalidad despótica y religiosa de las autoridades.

Los pasquines anónimos, por su parte, simbolizaron el reverso de la vida colonial. Fueron hojas clandestinas y opositoras, lo que indica que todo no marchaba bien y había muchos descontentos, así como que esos desconformes no podían expresar su opinión con libertad. La voz de las autoridades era la única que podía escucharse, o, en su reemplazo, la de los serviles que escribían para halagarlas o interpretar sus pensamientos, si es que realmente los tenían, pues toda la ideología oficial era indicada por la iglesia y la monarquía y no pasaba de ser una apología del despotismo y sus variadas formas políticas, económicas e intelectuales. Los pasquines fueron, pues, la válvula de escape de la opinión pública, comprimida y descontenta. El historiador Pillado sostiene que fueron los instrumentos "para desahogar el rencor de los oprimidos o de los impotentes con la autoridad dominante, y la ironía mordaz de los pasquines, el verbo caustico, la copia insolente, la prosa mal zurcida, se mezclaban en hojas sueltas que se hacían circular en la ciudad, de casa en casa, o se fijaban en las esquinas, antes y después de la introducción de la imprenta".

Las *gacetas* inofensivas e intrascendentes fueron el producto de una burocracia oficial, despótica por educación y temperamento, e ignorante, o poco menos, que se sentía segura en su edificio estatal, construido sobre fundamentos tan frágiles como la opresión del pueblo por una camarilla de aprovechados, y la falta de libertades públicas. Los pasquines, en cambio, anunciaban la rebelión de los espíritus y de los hombres de trabajo. Silen-

ciosa, íntima, cautelosa, sorda, en sus comienzos; audaz, valiente, temeraria; luego; para hacerse, más tarde, opinión pública consciente y revuelta armada.

Periódicos de tendencia económica preanunciaron la revolución de Mayo. La rebelión de los espíritus fué, en aquellos días — fines y comienzos de siglo — el resultado de la tiranía colonial, expresada en dos formas: monopolio económico y esclavitud espiritual. La minería, la extracción de metales preciosos, era el origen y fin de la colonización española, y la Argentina, pobre de minerales, no servía para el menester lucrativo de los buscadores de oro y plata, razón por la cual la tenían abandonada y olvidada. Pero la tierra llana y fértil, propicia para la ganadería y la agricultura, cuyos óptimos frutos podían abastecer a vastas comarcas muy pobladas, como eran las europeas, había formado en estas tierras una clase de productores y comerciantes activos, que sólo reclamaban libertad económica, tanto para producir más y mejor, como para vender mucho y bien.

Esas ideas fundamentales, que no podían realizarse sino por un cambio total de la política colonial o una revolución que cambiara a las autoridades y pusiese los instrumentos del gobierno en manos de los productores y comerciantes, constituyeron el fondo ideológico de los periódicos que aparecieron entre 1800 y 1810: el *Telégrafo Mercantil*, *Rural*, *Político-Económico e Historiográfico del Río de la Plata*, de Cabello y Mesa; el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, de Veytes; el *Correo de Comercio*, de Belgrano; y, en no despreciable medida, *The Southern Cross* — *La Estrella del Sud* —, editado en Montevideo y dirigido por ingleses.

Los tres primeros, sin más diferencia que la de haber acentuado paulatinamente, a medida que aparecieron, en el orden que dejamos señalado, su prédica en favor de la libertad económica, buscaron un mismo fin: señalar a los nativos las infinitas posibilidades económicas que se derivarían de una racional explotación de la tierra y de los productos naturales, y advertir a las autoridades, muy discretamente, de la necesidad de introducir el principio de la libertad de las actividades mercantiles de la colonia. Los títulos de los periódicos, la naturaleza de los temas principales — ganadería, agricultura, puertos, na-

vegación, métodos de explotación agrícola, ganadera, demografía, etc.—, el carácter y el tono de los comentarios, imbuidos de las doctrinas fisiócratas de los economistas ingleses y franceses y del liberalismo de los españoles de la escuela de Jovellanos, dió la medida de las preocupaciones materiales e intelectuales de la aldea fundada por Garay y de la limitada colonia rioplatense, que ya mostraba, no obstante su pequeñez, conciencia plena de sus posibilidades económicas y políticas, y condiciones excelentes para efectuar un cambio en la marcha de los asuntos públicos, concretado en la concesión de una mayor libertad económica, intelectual y política. Esos periódicos, como dice Rojas "contribuyeron poderosamente a crear la conciencia civil de estas colonias".

La "*Gaceta de Buenos Aires*" fué la palabra impresa de la revolución libertadora. — Producida la Revolución de Mayo, hecho histórico preparado y realizado por aquellas fuerzas económicas, políticas e intelectuales, la voz libertadora del movimiento revolucionario, intérprete del mismo y guía del pueblo, fué la *Gaceta de Buenos Aires*. La naturaleza grandiosa de la Revolución, hecho solamente comparable con otros movimientos libertadores de aquellos días, tanto europeos como americanos, justificó plenamente la aparición de un órgano oficial que predicara la nueva buena, orientando a las autoridades y estimulando al pueblo a participar de los beneficios de la libertad, a considerarla incommovible y defenderla contra el asalto de los despotas. La *Gaceta* representó el periodismo revolucionario, en el más alto concepto de la palabra, en cuanto revolución significa liberación. Libertad fué la palabra para ella sagrada. "Felices tiempos, decía debajo del título repitiendo las palabras de Tacito, aquellos en que es posible decir lo que se piensa", y durante una década, la de formación de la nueva nacionalidad, no hizo sino acogerse a los beneficios de ese pensamiento, diciendo la verdad sin miedo, aunque en distintos tonos, según el temperamento de sus directores. El primero, Mariano Moreno, le dió en sus escritos la orientación, la pasión, el valor, la nobleza, la diáfandad que la caracterizaron y la inspiración permanente para consagrarse al bien público. "Desengañémonos al fin, dijo en uno de sus primeros editoriales, que los pueblos yacerán en el embrutecimiento más vergonzoso si no se da una abso-

inta, franquicia y libertad para hablar en todo asunto". Otro director habló de "libertad civil y religiosa". Un tercero se retiró a una "América española declarada independiente". Otro más señaló que el "quebrantamiento de las leyes al despotismo el camino es corto". Alguno, de entre tantos que tuvo, proclamó el gobierno de los "ciudadanos libres", que saben que "no hay libertad para el que no ama las leyes, las virtudes políticas, las virtudes civiles, el amor de la patria". Montegudo, que también la dirigió, escribió que "sólo el santo dogma de la igualdad puede indemnizar a los hombres de la diferencia que ha puesto entre ellos la naturaleza, la fortuna o una convención antisocial", para agregar, en otra oportunidad, que "todos los hombres son iguales en presencia de la ley; el cetro y el arado, la púrpura y el humilde ropaje del mendigo, no añaden ni quitan una línea a la tabla sagrada de los derechos del hombre".

Así habló la *Gaceta* al pueblo de la República durante más de diez años, preparando solidamente el inmortal espíritu libertador de los argentinos, que nunca más sabrían soportar en silencio la supresión o mutilación de las libertades civiles y políticas, hechas ley por decisión del pueblo en la histórica mañana del 25 de Mayo de 1810, como ya lo habían hecho los pueblos de Inglaterra, Estados Unidos y Francia.

Periódicos cultos, hojas de combate y pasquines soces de la época de Rivadavia definieron la descomposición interna. — El período de Rivadavia fué un bien concebido y elevado intento de avanzada civilización política, social, económica e intelectual, ahogado por los graves problemas internos determinados por la descomposición del mundo colonial y el surgimiento de nuevas fuerzas históricas nacionales que reemplazarían a las caducas y que buscaron su predominio por el camino de la violencia. La precocidad de aquel propósito y el brío del proceso interno destinado a buscar el equilibrio de esas nuevas fuerzas históricas, han quedado reflejados en los periódicos de aquellos días. Son las hojas cultas y pulcramente escritas por los intelectuales que rodearon a Rivadavia: el *Argos*, *La Abeja Argentina*, *El Amigú*. Son los periódicos procaces de fray Castañeda, revolucionario y patriota, pero defensor de privilegios y costumbres co-

loniales. Son los de sus contricantes, liberales y progresistas, pero también fanáticos. Son las innumerables y agrias hojas de los unitarios y federales, que escondían sus odios tras el estilo correcto y el tono doctrinario de sus prédicas. ¿Para qué dar nombres símbolos? En la balumba de los hechos históricos de esa época, ninguno sobresalía sobre lo común y todos se confundieron en un mismo esfuerzo combativo, anunciador de malos días para la Patria.

Periódicos intransigentes y hojas procaces señalaron la proximidad de la tiranía. — La lucha del período rivadaviano no fué suficiente para que se hallara el equilibrio de las nuevas fuerzas históricas que ya actuaban en el país, en reemplazo de otras tradicionales, y junto a algunas de origen colonial y aún no extinguidas. El instinto predominó sobre el razonamiento, y la anarquía, que se había operado dentro de ciertos moldes legales, dió paso a la descomposición por obra de la ilegalidad y el desorden. A una época de intentos civilizadores contenidos por pasiones bravas y una formación intelectual incipiente, siguió el desborde de la barbarie, la ineultura y las pasiones primarias. Fué la época en que los señores feudales de nuestra incipiente economía ganadera y agrícola arrollaron todo intento de hacer del país una comunidad agraria avanzada y un pueblo culto. Para sus intereses de grandes hacendados y pretendidos dominadores de la administración pública, puesta al servicio de esa economía pastoril, era indispensable cultivar la brutalidad y la ignorancia, la superstición y los instintos. De ahí, pues, que la demagogia —que intenta cultivar los apetitos materialistas de las capas más bajas de la sociedad y llena de promesas a las otras— así como la provocada confusión en las ideas y en las mentes para que nadie vea claro en el proceso histórico que se va operando, la corrupción de las costumbres para adormecer a los espíritus ligeramente altivos y rebeldes, la supresión de las libertades para acallar a los indomables, a los rectos y honestos, la prédica y los síntomas de reacción despótica y clerical, fueron las características de esas jornadas predictatoriales, como también lo han sido y son, sin excepciones, de todas aquellas de igual naturaleza que ha registrado y registra la historia. No hay dictadura de origen espontáneo y súbito. La tiranía es la culminación

ción de un proceso de descomposición interna, tal como el que se registró entre los años 1828 y 1835 en nuestro propio suelo.

Los periódicos de esa época fueron los exponentes de esa decadencia general. Forman las series de los pasquines rosistas llamados "toros", "toritos" y "gauchos", dirigidos a exaltar las pasiones de la plebe orillera, escritos con lenguaje grosero y procaz, plagados de insultos e insolencias, siempre adúlones y rastrosos, y cuyo servilismo se solzaba endosando a unos hombres y pidiendo el asesinato de otros. Forman, asimismo, el grupo de los periódicos seudo doctrinarios, intransigentes, recios en el lenguaje, intolerantes con los adversarios, tratados como enemigos, sin debilidades de ningún género. Es la prensa que tuvo a *El Lucero* como el exponente más alto de esa época vergonzosa, dirigido, para parecerse en todo a las hojas dictatoriales, por plumas extranjeras y advenedizas, que apenas habían tomado contacto con nuestra tierra, para humillarla con su obsecuencia al servicio de los tiranos y su mediocre inteligencia, puesta en actividad para predicar y difundir los fundamentos y la necesidad del despotismo.

"*La Gaceta Mercantil*", expresión del periodismo servil, fué el eco impreso de la tiranía. — Tras la predictadura de los años de 1828 a 1835, llegó la tiranía y alcanzó el poder el tirano Rosas. Un régimen dictatorial es siempre el gobierno de un hombre, un partido, una secta, sin más voluntad que la propia, sin fiscalización popular y sin otro fin que el de servir los objetivos o los intereses que persigue ese hombre, partido o secta. La realización de ese plan exige el consentimiento de todos, forzoso o voluntario, al orden impuesto por la arbitrariedad, y para lograrlo se pone al servicio de la tiranía toda la organización intelectual y educativa de un pueblo, de la cual es parte la prensa. Una tiranía necesita un tipo especial de periódicos y de periodistas, que no se parecen en nada a los del período de descomposición que la precede y prepara. La prensa de una dictadura no es sino uniforme, no insulta demasiado, proclama el amor al orden y al trabajo, abortee todo intento de subversión, disconformidad, oposición y crítica, exalta la unión nacional alrededor de la tiranía, busca enemigos externos para jus-

tificar la cohesión espiritual del pueblo, sin disidencias ni altibajos en la opinión, que debe ser una.

La tiranía argentina tuvo esa prensa y esos periodistas. No fueron periódicos plebeyos y groseros, destinados a entusiasmar a la turba rural, pasto de la demagogia, ni las hojas doctrinarias intransigentes, intolerantes y ortodoxas. Fueron los órganos editados por grandes empresas, de gran poderío económico. Fueron las hojas vacilantes y agazapadas durante la predictadura, jamás comprometidas en forma decisiva con ninguna tendencia, listas a cambiar de rumbo a la primera indicación de los poderosos. Fueron las angulas de la pluma, según la expresión de un agudo ironista. Fué, sobre todo, *La Gaceta Mercantil*, fundada en 1823 a la que sirvieron intelectuales de la tiranía, para servirse, al mismo tiempo, ellos también. *La Gaceta Mercantil* fué la voz impresa de la dictadura, que la empleó eficazmente, como antes se había servido de los periódicos de batalla, que ya no volvieron a aparecer. Los mismos periodistas incultos y groseros de antes de 1835, llamaron gringo, carcamán, vil y traidor a su director, extranjero, por más señas, aunque olvidaron calificar al periódico, ejemplo de empresa económica puesta al servicio de cualquier idea.

Diarios argentinos editados en el extranjero retomaron la prédica libertadora de Mayo. — Pero la libertad no muere nunca ni la pudo matar totalmente la tiranía de Rosas. El ideal libertador se refugió en el extranjero. Acaalladas las voces opositoras, clausurados los periódicos no adictos al gobierno, limitado el número de éstos al de las publicaciones serviles puestas a las órdenes del oficialismo, utilizadas las plumas en el trabajo de loar a los tiranos y combatir e injuriar a los hombres libres, los periódicos y los periodistas argentinos siguieron predicando el verbo libertador de Mayo desde las columnas de las hojas editadas en Chile, Bolivia y Montevideo. Sarmiento, Alsina, Alberdi, Mitre, Tejedor, Gutiérrez, López, Frías, Echeverría, Los Varela y otros, indicaron el camino desde las columnas de *El Iniciador*, *El Nacional*, *El Comercio del Plata*, todos de Montevideo, y *El Progreso*, *La Crónica* y otros editados en Chile.

"*El Nacional*" simbolizó el anhelo de la organización constitucional. — Caída la tiranía, desaparecieron los periódicos rosistas, tan aparentemente sólidos y tan frágiles en la realidad, pues nada quedó de ellos al día siguiente de Caseros, a no ser las serviles loas cantadas al tirano,

símbolo de una época de decadencia y postración espiritual. Los reemplazaron periódicos de toda clase: políticos, noticiosos, comerciales, eruditos, satíricos, serios, grotescos. Formaren, en conjunto, la válvula de escape de la opinión pública oprimida, y fueron el resultado de la libertad de prensa sin límites, que se desbordó en toda clase de escritos y papeles. Un pueblo que no había podido escribir durante veinte años, hacia lo imposible para aparecer escribiendo, comentándolo y criticándolo todo.

Pero un periódico *El Nacional*, fundado y dirigido por Vélaz Sarsfield, simbolizó a ese período de diez años, posterior a Caseros, durante el cual la Nación se organizó con dolor y esfuerzo. Fué un órgano de opinión, liberal, republicano, nacionalista —en el buen sentido del término— y federalista, es decir, todo el ideario que entonces se necesitaba para reconstruir al país.

Pero *El Nacional* no pudo ser un órgano de exclusiva alta tribuna y una cátedra tranquila de derecho constitucional, político y administrativo. Se lo impidieron el pasado sangriento, con heridas todavía abiertas y otras sin cicatrizar, y la recia y turbulenta lucha del momento, que rozaba al periódico en forma directa. De ahí que fuese, ante todo, un diario político, en el más alto concepto del término, y una hoja combativa, sin miedo de mezclarse en las luchas de la organización nacional. En su primer número no pudo evitar una alusión al tirano: "Rosas no fué un hombre —dijo el versificador anónimo—, fué un verdugo; el pueblo no fué pueblo, fué rebaño; la patria no fué patria, fué panteón". De igual modo, no pudo dejar de decir su verdad sobre sucesos del momento, y alguna vez expresó, a modo de comentario fundado sobre situaciones reales, que "Jamás la posteridad ha hecho un grande hombre del que ha llegado a sentarse en el poder contra la opinión de los pueblos".

Pero quiso y supo sobreponerse, casi siempre, al pasado ignominioso y al presente turbulento. "Los hechos pasados que han traído y conservado la absoluta desorganización de la República, serán para *El Nacional*, hechos meramente históricos y a nadie culpárá por ellos", expresó en uno de sus primeros números. Y en otros siguientes, que pueden contarse por centenares, trató de ilustrar al pueblo por medio de trabajos eruditos, para que olvidara el pasado y reparara en el presente y en el futuro.

LA PRENSA ARGENTINA

El Nacional fué una institución de la República. Sarmiento, su gran director y animador, le hizo justicia póstuma en 1884, cuando dijo: "Nadie tiene derecho de olvidar que *El Nacional* no se desvió ni a la derecha ni a la izquierda, hasta constituir la nacionalidad de la patria común".

"*La Nación Argentina*" fué el eco periodístico de la política mitrista. —En 1862 la marcha de la política argentina tomó rumbos nuevos, dentro, desde luego, de las normas constitucionales implantadas en 1853 por obra de Urquiza, que Mitre no quiso abandonar después de Pavón, no obstante las incitaciones que en tal sentido, y en forma reiterada, le hicieron sus amigos de Buenos Aires. Esos nuevos rumbos señalaron la desaparición de los restos del viejo federalismo rosista, por lo menos como forma política orgánica, ya que los hombres que lo integraban permanecieron en acción y se incorporaron a las nuevas fuerzas políticas argentinas, a las que llevaron, no pocos de ellos, sus ideas reaccionarias y sus costumbres caequis, mientras que otros, conviene no olvidarlo, se adaptaron a los nuevos tiempos y prestaron al país valiosos servicios.

Ese nuevo estado de la política argentina fué interpretado día a día, por *La Nación Argentina*, fundada en 1862 por José María Gutiérrez, pero inspirada y orientada por Mitre. La unión nacional, la conciliación de los espíritus, la nacionalidad, el liberalismo, fueron los fundamentos de su prédica.

Pero como *La Nación Argentina* fué el órgano de la política oficial, y ésta no era ni podía ser perfecta, su voz fué contrapesada por la de *La República*, de Manuel Bilbao, de orientación republicana y liberal, que tomó a su cargo la tarea de señalar las insuficiencias y los errores de la política mitrista o, para decirlo con más precisión, de sus amigos y partidarios.

JOSÉ SALVADOR CAMPOBASSI

En los años 1940, 1941 y 1942 redactó una "Historia de la Prensa Argentina", donde sus orígenes hasta el año 1816, fecha que marca el comienzo de nuestras últimas etapas históricas. El trabajo, de alrededor de 600 páginas mecanografiadas, fue presentado por el Centro de la Prensa, la Buenos Aires. No obstante, permaneció sin imprimir, para no proponer competir con los rápidos correspondientes al período 1910-1950, y con un trabajo similar sobre la historia de la libertad de prensa y de las imprentas periodísticas en nuestra país.

J. S. C.

Los números figurados en la Aritmética pitagórica (II)

Los números oblongos. — Pasemos ahora al examen de los números oblongos. Evitaremos ex profeso el término anfibológico de número rectángulo que se aplicaría al cuadrado al cual el oblongo se opone y con el cual no debe ser confundido. Los números oblongos son designados en griego por diferentes nombres; adoptaremos el de heterómeco, consagrado por un largo uso y cuya etimología precisa bien el sentido (*heteromeques*, diferente de largo, es decir más largo en un sentido que en otro). El número 6, por ejemplo, es heterómeco: puede ser figurado por un rectángulo del cual un lado es igual a 2 y el otro a 3. Como no existe más que una sola serie de cuadrados, es evidente que existen tantas series de heterómecos como se quiera. Sin embargo sólo retendremos una de ellas, que los pitagóricos consideraban como privilegiada; la prueba es que algunos de ellos (como Nicómaco) le reservaban la calificación de heterómeca, mientras que los otros eran llamados prómeas. Esta precisión de vocabulario pone el acento sobre el hecho de que existen números heterómecos por excelencia, a saber los números de la forma $n \cdot n + 1$, productos de dos factores que difieren entre ellos en una unidad y figurados por rectángulos cuyos lados difieren entre ellos en una unidad.

Los heterómecos tienen de común con los cuadrados y con todos los números planos que se los puede considerar ya como productos, ya como sumas. Pero esta vez también, vamos a considerarlos como sumas.

Los cuadrados formados por sumas lo son por la agregación de gnomons alrededor de la unidad (fig. 4). En las otras formaciones de números polígonos o poliedros por sumas de series, es igualmente la unidad tomada como origen de todas las progresiones aritméticas. Pero suponemos que en lugar de partir de 1 partimos de 2 y que hacemos crecer nuestra figura por la agregación de gno-

mones-cuadrados. ¿Qué va a producirse? En lugar de cuadrados tendremos rectángulos constituidos por unidades-puntos y que corresponden a números. Esos números serán sucesivamente 2, 6, 12, 20... (fig. 6).

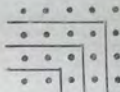


Fig. 6. — Los números heterómecos.

Tal es la serie de heterómecos propiamente dichos, de la forma $n \cdot n + 1$. Era considerada tan importante en la teoría de los números como la serie de los cuadrados con la cual hacía juego en cierto modo, engendrada a partir de la diada y por la agregación de los números pares, como los cuadrados lo eran a partir de la mónada y por la agregación de los impares.

Los números de la serie 2, 6, 12, 20, 30... ofrecen algunas propiedades notables. Además de que son los duplos de los números-triángulos y que corresponden a la serie de los productos de los números enteros por los números inmediatamente subsiguientes (1 vez 2, 2 veces 3, 3 veces 4, etc.), su inserción en la serie de los cuadrados:

$$\begin{array}{ccccccc} 1 & 4 & 9 & 16 & 25 & \dots \\ & 2 & 6 & 12 & 20 & 30 & \dots \end{array}$$

da lugar a las observaciones siguientes:

1º Los heterómecos se intercalan en los cuadrados, siendo cada uno más grande que el cuadrado correspondiente y más pequeño que el cuadrado siguiente, verdad muy simple que la figuración por unidades-puntos volvía evidente para los griegos y que no lo es menos para nosotros si la traducimos en fórmulas algebraicas:

$$n(n+1) > n^2; \quad n(n+1) < (n+1)^2$$

2º La diferencia entre los números heterómecos y los cuadrados que los encuadran varían en cada término de la serie, siendo siempre iguales a la raíz del cuadrado más próximo. Dicho de otro modo, cada término de la serie

de los heterómeos es igual al cuadrado que le precede aumentado en su raíz y al cuadrado que le sigue disminuido en su raíz:

$$n(n+1) = n^2 + n = (n+1)^2 - (n+1)$$

(Ejemplo: $12 \cdot 9 + 3 = 16 - 4$)

3º Los heterómeos son medios geométricos entre los cuadrados que les preceden y les siguen inmediatamente. Este teorema que traducimos por la igualdad evidente

$$(n(n+1))^2 = n^2(n+1)^2$$

(Ejemplo: $6^2 = 2^2 \times 3^2$)

es enunciado por Teón de Esmirna.

4º Los cuadrados son medios aritméticos entre los heterómeos que les preceden y les siguen inmediatamente:

$$2n^2 = n(n+1) + n(n-1) \quad \text{ó} \quad n^2 = \frac{n(n+1) + n(n-1)}{2}$$

(Ejemplo: $9 = \frac{12 + 6}{2}$)

Los números cuadrados y los heterómeos tienen entre ellos (como números figurados) la diferencia esencial de que los cuadrados son números semejantes (se pasa de un cuadrado a otro sin que la figura dibujada por las unidades-puntos sea alterada en su forma), mientras que los heterómeos —y entre otros los que tienen por origen la diada— son todos diferentes, corresponden a rectángulos de proporciones siempre diferentes, de módulos siempre diferentes. Es lo que expresa Aristóteles cuando escribe, en el Libro III de las *Físicas*, capítulo 4, esta frase a menudo mal comprendida: "Si se agregan gnomones alrededor de la unidad y de otro modo (es decir alrededor de un número que no sea la unidad), en el primer caso la figura permanece siempre la misma, en el segundo caso se transforma siempre en otra". Según la misma opinión de Aristóteles, los heterómeos no son pues números rectangulares cualesquiera, sino grupos de números bien determinados, que forman series obtenidas por vía de crecimiento gnomónico y cuya propiedad esencial, cuando se los define por oposición a los cuadrados, es ser "siempre otros". Si llamamos módulo de un rectángulo a la relación entre sus dos dimensiones, diremos que la modulación de una serie de heterómeos es infinita.

A esta modulación sin fin se relaciona el significado simbólico del heterómeo, y es también Aristóteles quien nos hace comprender la razón de ello, cuando, en el Primer Libro de la *Metafísica* (cap. 5), presenta un bosquejo del dualismo pitagórico. Los pitagóricos reconocían dos principios, o mejor, dos grupos, dos series de diez principios que forman diez pares de opuestos. Los ordenaban en dos columnas paralelas. De un lado el Uno, del otro el Múltiplo. Del mismo lado que el Uno: el Limitado, el Impar, el Cuadrado y también otros seis principios (entre ellos el Bueno, el Inmóvil), en frente: el Ilimitado, el Par, el Heterómeo, el Malo y el Móvil. Para justificar este lugar del Heterómeo en la misma columna que el Par, los comentaristas de Aristóteles, antiguos y modernos, han propuesto varias explicaciones ingeniosas, pero ninguna sería enteramente satisfactoria si se atribuye al término "heterómeo" el sentido extenso que le da Euclides. Es necesario por el contrario atenerse a la definición de Nicómaco, más precisa y más conforme a la tradición del pitagorismo, y entender por heterómeo el producto de dos factores que difieren entre ellos en una unidad. Toda dificultad desde entonces se desvanece. La serie de los heterómeos se transforma en una serie de números formados por crecimiento gnomónico *alrededor de la diada*. Se parte de la diada y se progresa por agregaciones de números pares, mientras que para formar los cuadrados se parte de la unidad y se progresa por agregaciones de números impares. El sentido de las otras oposiciones y afinidades se aclara al mismo tiempo. El cuadrado se coloca muy naturalmente del lado del Uno; partiendo del Uno, queda siempre semejante a sí mismo; el heterómeo se coloca del lado del Múltiplo: partiendo de 2 (o de cualquier otro número, a condición de que ese número no sea la unidad) progresa cambiando, siendo sin cesar diferente de sí mismo. Las afinidades del cuadrado y del limitado, del heterómeo y del ilimitado son también fácilmente explicables. Al variar sin cesar, el heterómeo tiende hacia un límite que no puede alcanzarse, y ese límite es precisamente el cuadrado. La serie de los números-heterómeos es en efecto figurada por una serie de rectángulos cada vez más grandes y cuyos lados difieren siempre en una unidad, de modo que a medida que el número crece los lados de la figura se igualan sensi-

biente. Si representamos por unidades puntos y bajo formas de rectángulos $n \cdot n + 1$ los primeros términos de la serie 6, 12, 20, ... la diferencia entre los dos lados de cada uno de esos rectángulos será manifiesta. Pero por poco que prosigamos hasta el número 10.100 obtendremos un rectángulo 100 sobre 101 que, a primera vista, ya no se distinguirá más del cuadrado; y sin embargo nuestra figura aún si la hiciéramos crecer indefinidamente, no se transformaría nunca en un cuadrado. Es pues legítimo asimilar el heterómeco al ilimitado y el cuadrado al limitado. De un lado comprobamos la permanencia de una forma, del otro una modulación sin fin; de un lado la unidad inmutable de la perfección, del otro la diversidad, el devenir, la eterna persecución de esta perfección, sin cesar cada vez más próxima, jamás alcanzada. En el cuadro de las oposiciones pitagóricas, el cuadrado está sobre el plano del Uno, es decir del divino, el heterómeco sobre el plano del Múltiplo, es decir del mundo sensible. Este vocabulario es sin duda el del neo-pitagorismo; pero no es necesario recurrir a él para percibir, a la luz de esta aritmo-geometría gnomónica una primera razón de la elección de la diada como símbolo del indefinido.

Cualesquiera hayan sido las insuficiencias o aún si se quiere, los peligros de una aritmética así comprendida, está fuera de duda que la reflexión de los primeros pitagóricos sobre los números, sobre su representación figurada y sobre las correspondencias entre algunas sumas de series y algunas figuras geométricas ha sido la fuente de progresos notables en las ciencias matemáticas: en geometría, por la búsqueda (aún si esta búsqueda ha sido alguna vez desafortunada) de relaciones constantes entre tales grupos de números y tales formas determinadas; en aritmética, por la puesta en evidencia de algunas propiedades de los números y sobre todo por el hecho de haber atraído la atención sobre un orden de investigaciones muy fecundo: las sumas de series. No tenemos que referir aquí la historia de los descubrimientos que, en el curso de los siglos, han sido realizados en ese terreno, desde Arquímedes, que encuentra la fórmula de la suma de los cuadrados de los n primeros números, hasta Leonardo de Pisa, Luca Pacioli y Pascal. Pero sin apartarnos de la aritmo-geometría pitagórica y de sus prolongaciones directas, encontramos en el teorema de Nicó-

maco relativo a los cubos-sumas un ejemplo sorprendente de las vistas matemáticas a las cuales podían conducir esas meditaciones sobre la generación de los números planos y sólidos por vía de adición.

Nicómaco de Gerasa, en el Libro II de su *Introducción aritmética*, dice que la serie de los cubos puede ser obtenida, como la serie de los cuadrados, por suma de secuencias de números impares. Las dos leyes de formación, aunque diferentes, no dejan de presentar entre ellas una cierta analogía. Para obtener los cuadrados, partimos de la unidad, que es el primer cuadrado y que es también el primer número impar, comprobamos en seguida la igualdad del segundo cuadrado y de la suma de los dos primeros números impares: $1+3=2^2$; luego la del tercer cuadrado y de los tres primeros impares: $1+3+5=3^2$; y así sucesivamente. Para los cubos partimos también de la unidad, ya que 1 es el primer cubo como así también el primer cuadrado, pero para obtener el cubo de 2, adicionamos los dos impares siguientes. En vez de volver a partir de 1, progresamos y comprobamos que $3+5$ es igual al cubo de 2. Para obtener el tercer cubo sumamos los tres números siguientes de la serie de los impares:

$$7 + 9 + 11 = 27 = 3^3$$

y así sucesivamente hasta el infinito.

El teorema de Nicómaco ha sido generalizado en nuestra época por dos matemáticos americanos, Karpinski y Anning. Sus demostraciones han sido publicadas en apéndice de una edición de Nicómaco en lengua inglesa, aparecida en los Estados Unidos en 1926. Karpinski ha mostrado primero que se pueden obtener las potencias quintas por sumas de impares. Es necesario, para ello, proceder del siguiente modo: tomar el primer impar, 1, que es la primera potencia quinta; pasar el término siguiente (3) de la serie de los impares y sumar los cuatro que siguen:

$$5 + 7 + 9 + 11 = 32 = 2^5$$

Para obtener 3^5 , hay que pasar los tres términos siguientes de la serie de los impares (13, 15, 17) y sumar los nueve que siguen:

$$19 + 21 + 23 + 25 + 27 + 29 + 31 + 33 + 35 = 243 = 3^5$$

Para obtener 4^5 pasar 6 términos y sumar 16; para obtener 5^5 pasar 10 términos y sumar 25, etc. Es inútil llevar más lejos nuestros cálculos, pues desde ahora comprendemos la ley de formación de las potencias quintas por

adición de secuencias de impares. Si inscribimos en el orden los números de términos de la serie de los impares a adicionar y a omitir (estos últimos están puestos entre paréntesis), tenemos en efecto:

1 (1) 4 (3) 9 (6) 16 (10) 25...

Estos números hablan a los ojos: la serie de los términos a sumar es la de los cuadrados; la serie de los términos a omitir es la de los números triángulos que hemos considerado al comienzo de esta exposición. Dicho de otro modo, para pasar de la n° a la $(n+1)^{\circ}$ potencia quinta, convendrá pasar $n(\frac{n+1}{2})$ términos, y sumar un número

de términos igual al $(n+1)^{\circ}$ cuadrado. El total de términos adicionados será igual a $(n+1)^3$. Cada grupo de términos sumados es tal que, para todos los valores de n , n^3 es obtenido por la suma de n^3 términos.

La formación de las potencias séptimas requiere cálculos más largos, pero el procedimiento es igualmente simple: para obtener la serie de las potencias séptimas, los números de términos sucesivos de la serie de los impares a totalizar y a omitir son los siguientes:

1 (3) 8 (15) 27 (42) 64 (90) 125...

En los números de los términos a sumar se reconoce la serie de los cubos; en los otros, no es difícil reencontrar la serie de los números-triángulos, pero multiplicados, esta vez, por los impares de orden inmediatamente superior. Dicho de otro modo: si se pasa un número de términos igual al producto del n° número-triángulo por el $(n+1)^{\circ}$ impar, la suma de los $(n+1)^3$ términos siguientes es igual a $(n+1)^3$.

Un cuadro de conjunto donde se resumirán los resultados de los teoremas de Karpinski relativos a las potencias quintas y séptimas y del teorema de Nicómaco relativo a los cubos permitirá entrever la generalización posible de esos diferentes resultados:

$n=1$	$n=2$	$n=3$	$n=4$	$n=5...$
n^3 1 ()	2 ()	3 ()	4 ()	5 ...
n^5 1 (1)	2 ³ (3)	3 ³ (6)	4 ³ (10)	5 ³ ...
n^7 1 (3)	2 ⁵ (15)	3 ⁵ (42)	4 ⁵ (90)	5 ⁵ ...

Karpinski ha dado la fórmula que permite formar cualquier potencia impar por vía de adiciones de secuencias

de impares; Anning ha completado este teorema formulando la misma ley en lo que concierne a las potencias pares.

En la serie de los números impares, si omitimos los p primeros términos y si la suma de los q términos siguientes es igual a n^{2k+1} , los valores posibles de p y de q están indicados por el cuadro siguiente:

p	q
$1/2 (n^2 - 1) n^k$	n^k
$1/2 (n^2 - 1) n^{k-1}$	n^{k-1}
$1/2 (n^2 - 1) n^{k-2}$	n^{k-2}
.....	
$1/2 (n^{2k-2} - 1) n^2$	n^2
$1/2 (n^{2k-2} - 1) n^1$	n^1

Esto para las potencias impares de n .

Para las potencias pares, si omitimos los p primeros términos de la serie de los impares y si la suma de los q términos siguientes es igual a n^{2k} los valores de p y de q están dados por el cuadro siguiente:

p	q
$1/2 n^2 - 1) n^{k-1}$	n^{k-1}
$1/2 n^4 - 1) n^{k-2}$	n^{k-2}
.....	
$1/2 n^{2k-2} - 2 - 1) n^1$	n^1

Del mismo modo que los cuadrados son obtenidos por adiciones de secuencias de números impares, hemos visto que los heterómecos lo son por adiciones de secuencias de números pares, a partir de la diada. Por otra parte ha sido demostrado que todo número n , elevado a la n° potencia, puede ser engendrado por la adición de una secuencia apropiada de números impares. Era pues legítimo preguntarse si paralelamente podrían ser engendrados, por la suma de secuencias de números pares familias de heterómecos de varias dimensiones. Y primeramente números "sólidos" de la forma $n(n+1)(n+2)$. Ahora bien, he comprobado que, para obtener el producto $n(n+1)(n+2)$ cualquiera sea el valor de n , basta pasar los p primeros términos y sumar los q términos siguientes de la serie de los números pares, siendo p igual a $n(n+1) - 1$ y q a $n+1$.

Ejemplo:

si $n=3$, $p=5$ y $q=4$. Y tenemos $12+14+16+18=60$
 $= 3 \times 4 \times 5$.

Estos cálculos, como los de Karpinski y Anning, son una justificación suplementaria de las oposiciones pitagóricas de las que habla Aristóteles, donde el impar linda con el limitado y el inmutable, el par con el ilimitado y el móvil; pues los impares, partiendo de la monada, engendran figuras siempre iguales (números de la forma n^2) y los pares, a partir de la diada, figuras constantemente diversas (números de la forma

$n(n+1)$, $n(n+1)$, $n(n+1)$, $n(n+1)$, $n(n+1)$, etc.).

Por otra parte, los diversos "enrejados" imaginados por los pitagóricos —enrejados cuyo crecimiento está condicionado por la agregación de gnomones— tienen todos en común que tienden a hacer aparecer números de una cierta forma: triángulos, cuadrados, heteromecos, cubos, etc., por medio de adiciones. Para esos puros aritméticos que eran los discípulos de Pitágoras y que han quedado como sus más lejanos sucesores, la adición era la operación fundamental, preferida en la medida de lo posible, a esa operación geométrica que es la multiplicación. Se trataba para ellos de encontrar la secuencia, la serie de números cuyas sumas sucesivas harían aparecer otra serie de números, de otra forma.

No sería difícil dar de ello otros ejemplos, pero es hora de concluir, o mejor dicho terminar, pues esta exposición no comporta conclusión propiamente dicha. A lo sumo, podrá decirse esto: se ha insistido mucho —demasiado pensamos— sobre el carácter esotérico del pitagorismo, y así se lo ha hecho sospechoso a los espíritus positivos. Por eso es bueno reconocer que las investigaciones de esta escuela se han dirigido también sobre hechos simplemente matemáticos y no han sido inútiles al progreso de la ciencia, como lo atestigua Euclides mismo, ya que de los trece libros que componen sus *Elementos*, contamos siete de esos (los 4 primeros y los 3 que se designan bajo el nombre de *Libros Aritméticos*, el 7º, 8º y 9º) cuyas fuentes son, al menos en parte, pitagóricas.

PAUL-HENRI MICHEL.

Traducción de María Alicia Cuenca Salinas de Wall.

Cerámica de la región diaguita

Los indígenas que a la llegada de los españoles poblaban el noroeste argentino desde la ciudad prehistórica de La Paya, en Salta, hasta el Río Jáchal en San Juan, son conocidos con el nombre general de diaguitas. No tenían una cultura uniformemente desarrollada, aunque todos eran sedentarios y agricultores. El índice común fue el idioma, llamado cacán. Su presencia sirvió a los españoles para generalizar la designación de diaguitas a todos los núcleos que lo hablaban en el amplio territorio señalado.

La expansión oriental de estos indígenas ha llegado sin duda alguna hasta el río Dulce, en Santiago del Estero. Allí también se hablaba la lengua cacán, aunque diferente a la del valle Calchaquí. Varias son las referencias históricas que lo aseguran. En la *Historia General de la Compañía de Jesús en la Provincia del Perú*, crónica anónima de 1600, se afirma al hablar del P. Barzana, la "lengua Cacca de S. Tiago y del Valle Calchaquí que hace mucha diferencia". Nosotros hemos tratado de probar que el *gasta* dominante en los topónimos y gentilicios de Santiago del Estero, Rioja y San Juan, equivalente al *ahao* (pueblo) del valle Calchaquí es una de las características diferenciales entre las formas dialectales apuntadas.

Los núcleos de diaguitas, históricamente conocidos, tenían nombres locales o regionales, muchos de ellos consagrados en la toponimia actual.

En el mapa adjunto ubicamos los núcleos tribales más importantes tal como surgen de una rigurosa crítica histórica. No se trata, como hemos dicho en otra oportunidad, de designaciones de aldeas sino de núcleos mayores, generalmente ocupantes de un valle.

Es interesante comprobar en muchos casos que el "valle" encierra para los diaguitas un concepto jurisdiccional y político. El propio Sotelo Narváez (1582) al hablar de

ellos nos dice: "porque aunque tienen caciques y es gente que los respetan, son behetrías que no hay más señores en cada Pueblo o Valle y son muchos Valles y Pueblos pequeños".

No todas las unidades tribales que señalamos en el mapa tienen la misma jerarquía numérica y territorial. Más aún, hay gentilicios que incluyen más de una parcialidad como en el caso de calchaquíes y capayanes.



Los núcleos diaguitas más importantes y su distribución durante el primer siglo de la conquista según el suitor de esta zona.

La independencia de los núcleos tribales ha creado modalidades culturales fácilmente perceptibles a través de los numerosos y variados vestigios arqueológicos encon-

trados en el territorio. De estos vestigios la alfarería constituye sin duda el índice de más alto valor en la determinación de culturas, facies y etapas de desarrollos.

Cuando decimos alfarería de la región diaguita, tal como lo expresa el título de esta nota, no significamos alfarería diaguita en sentido etnológico; lo hacemos con un sentido de procedencia geográfica en relación con el antiguo dominio de aquel pueblo. En muchos casos puede afirmarse que tal o cual cerámica corresponde a núcleos históricamente conocidos. Hay cerámicas como la llamada Condorhuasi que parecen ser muy antiguas y ajenas a los núcleos históricos conocidos. Tengamos presente que la historia de las culturas cerámicas en el noroeste va más allá de los albores de nuestra era.

La descripción y sistematización de la cerámica arqueológica de cualquier sitio o región debe hacerse en base a un conjunto de caracteres que ellas presentan como resultado de su fabricación, cocción y decoración. Su estudio comprende: 1) Método de fabricación (espiralado, en hormas de cestos, en moldes, por pastillaje); 2) Cocción (en atmósfera reductora u oxidante); 3) Pasta (antiplásticos o degresantes, fractura, dureza, etc.); 4) Superficie (alisada, pulida, con engobe, etc.); 5) Formas (tamaño, bordes, grosor de las paredes, asas, etc.); 6) Decoración¹.

Este estudio nos conduce a establecer los "tipos cerámicos", las "cerámicas" y los "complejos cerámicos". El tipo es algo así como la especie en biología y su designación es binaria como en las especies botánicas o zoológicas. Así por ejemplo decimos *Yocavil polícromo*, *Santa María negro sobre blanco*, *Condorhuasi dibujos rojos*.

El tipo es el conjunto del material cerámico que tienen en común todos los caracteres arriba señalados. Los tipos afines de indiscutible filiación se reúnen en un orden de mayor jerarquía que llamamos "cerámica". Así se dice "cerámica Condorhuasi", "cerámica Belén". Las cerámicas emparentadas entre sí se reúnen en los llamados "complejos cerámicos", el caso del complejo santamariano con las cerámicas Santa María, Valle Arriba y Andalhuala.

La cerámica del complejo santamariano, también llamada calchaquí, es la más conocida de las de la región diaguita. Su centro de desarrollo y de expansión está en los valles calchaquíes, de donde toma sus dos nombres.

Las urnas funerarias de niños son las piezas sobresalientes de esta cerámica y sus dibujos la fuente más aprovechada en la búsqueda de motivos para un arte indígena.

Es posible reconocer en esta cerámica varios estilos decorativos y un variado repertorio de formas y objetos que va desde el pucio y los pequeños vasos lenticulares a las estatulillas, pipas e instrumentos musicales.

También dentro de las llamadas urnas santamarianas se reconocen distintos tipos, fundados unas veces en sus variantes de forma y otras en su decoración.

Especialmente el estilo decorativo, pero también las formas, ayudan a separar el complejo en cerámica santamariana, cerámica Valle Arriba y cerámica Andahuala.

En la primera se destacan las urnas clásicas, cuya más pura expresión es la de un personaje con las manos recogidas en actitud de sostener un recipiente. Variante muy significativa de estas urnas clásicas son las llamadas ovoi-



Urnas rojas grabadas. Quilmes.

des de cuello largo donde aparece como elemento nuevo característico de decoración el polluelo, ordenado en series longitudinales, como sucede también con el batracio. Entre las urnas de esta cerámica queremos destacar las rojas grabadas de las que aquí reproducimos dos ejemplares.

La cerámica Andahuala integra con la cerámica Valle Arriba el complejo cerámico santamariano. Esta cerámica se caracteriza por sus grandes urnas de cuerpo tronco cónico o cilíndrico cuya decoración está ordenada en re-

gistros verticales. El nombre de Andahuala fué dado por Ambrosetti en 1899 para referirse a las formas más típicas de estas urnas.

La provincia de Catamarca es el centro de origen y expansión de un conjunto de cerámicas de sobresalientes características, tanto en lo artístico como en su valor étnico documental. En primer lugar debemos destacar las cerámicas correspondientes a la cultura barreal: la negra o gris grabada y la policromada. En realidad se trata de grupos de cerámicas integradas por muchos tipos que parecen corresponder a diversas etapas del desarrollo de la cultura barreal.

Esta Cerámica fué bautizada en 1891 por Lafone Quevedo con el nombre de draconiana porque creyó que el elemento básico de su decoración era un dragón, y no un felino en alto grado de monstruonización como hoy admitimos.

La cerámica Belén, caracteriza a la cultura de este nombre. El material más conocido de esta cerámica son sus urnas llamadas desde mucho tiempo atrás con el nombre de "tipo Belén". El más sobresaliente elemento decorativo de esta cerámica es un raro animal, con apariencia muchas veces de saurio, que decora los pucos y pocas veces las urnas.

De extraordinario interés científico es la llamada cerámica Condorhuasi, que denuncia la existencia de una nueva cultura, cuyo centro estaría en el departamento Belén (provincia de Catamarca). Entre sus piezas más sobresalientes deben indicarse vasos antropomorfos y zoomorfos, cuya superficie ha sido tratada de diferentes maneras, originando con ello los distintos tipos que la integran.

Sin duda las piezas de más alto valor artístico y cerámico, pertenecen al llamado tipo Condorhuasi policromo fondo rojo y al Condorhuasi blanco sobre rojo, algunos de cuyos ejemplares aquí reproducimos.

En el sur del área de los diaguitas se desarrolla una cerámica que ha recibido el nombre de Angualasto y también Sanagasta. Es muy frecuente a lo largo de todo el valle de Abaucan y río Bermejo. Las piezas más características de esta cerámica son las urnas funerarias de párvulos, cuyo motivo decorativo es siempre geométrico.

En las proximidades de Belén, en el lugar denominado La Puntilla, existe un gran yacimiento con un tipo nuevo de cerámica a la que hemos designado con el nombre de este lugar. Tiene vinculaciones con cerámicas barreal y es posible que pertenezca a la misma cultura. El ejem-



Tipos de la cerámica Conderhuasi.

plar que reproducimos corresponde a esta cerámica pero las piezas más características son las urnas tronco cónicas cuya mejor serie se conserva en el Museo Inca Huasi.



Urnas tipo Belén. (Museo Inca Huasi).

La cerámica policroma y la de engobe rojo con dibujos negros, tan abundantes en la arqueología de Santiago, aparece con frecuencia en yacimientos catamarqueños, especialmente la primera, conocida con el nombre de Yocavil policroma.

El tema que tratamos es casi inagotable. Muchos otros tipos y cerámicas de la región podrían ser expuestos aquí, con la misma valoración estética y cultural de los señalados.



Escudillas de la cerámica Yocavil, similar a la policroma de Santiago del Estero.

Sólo queremos agregar las curiosas urnas narigudas del Ambato que se conservan en el Museo Calchaquí, esta noble empresa que Catamarca debe a la preocupación y esfuerzo del benemérito P. Narváez.

ANTONIO SERRANO.

El criterio en las descripciones fisiográficas

En las descripciones del relieve terrestre se procede de diversas maneras, según la finalidad que se persigue y el auditorio al cual se dirigen. En tal sentido hemos creído conveniente explicar, en el presente trabajo, varios conceptos sobre los siguientes temas: I. Descripciones empíricas y explicativas del relieve terrestre. II. Catastrofismo, Uniformitarismo y Evolución. III. Origen de los términos fisiográficos. IV. El método científico: observación, hipótesis y deducción final.

I. Las descripciones empíricas de una zona, paisaje o región, implican el empleo de expresiones sencillas para mencionar o describir las características del relieve, sin entrar a considerar el origen del modelado presente. En las descripciones de esta categoría se mencionan, por ejemplo, cerros, valles, montañas, llanuras y otros aspectos, indicando en general los siguientes conceptos que surgen de la inmediata observación: forma, dimensión, aspecto y colorido del paisaje. El ambiente, así presentado, encierra una cantidad de detalles y de aspectos que son difíciles de considerar por el observador, por cuanto no establecen una relación precisa entre los diversos factores que lo han originado.

Tal descripción será evidentemente entendida, pero el observador se preguntará, por ejemplo, por qué motivo se ha formado este valle o se ha elevado este cerro. Y es justamente por ello, por ser descripciones poco profundas, que se ha seguido y se sigue otro método, que es el de las descripciones explicadas. Estas descripciones emplean términos que son mucho más precisos, en carácter, que los términos empíricos, y conducen a una idea genética del paisaje observado, que tal es el objeto fundamental de la Fisiografía y en particular de la Geomorfología, como se verá más adelante. Los ejemplos siguientes aclaran ambos conceptos.

Descripción empírica

En el lugar existen lomas de escasa elevación.

Existen escombros en gran cantidad y de dimensiones variables.

Descripción explicada

En el lugar existen dunas de escasa elevación.

Existen restos de moranas en gran cantidad, constituidos por rodados estratificados y aplanados.

Se observará que el término *loma*, en el primer caso, es empírico por cuanto da idea solamente de un relieve ondulado. En cambio, al expresarlo con el término *duna* se quiere expresar un relieve formado por acción eólica, es decir, por acción de los vientos. De la misma manera se estiliza en las descripciones fisiográficas términos tales como los siguientes, que expresan, además de un aspecto del relieve, su origen y la relación que tienen con otros fenómenos de orden geomorfológico: *Fiordo Meseta, Dru-lin, Cono de Ceniza, Morena de Fondo*, etc.

Finalmente, la mejor descripción de una región es la que da conclusiones estructurales y en todo sentido, como la siguiente de nuestra Puna: "En el sentido morfológico, la Puna es un desierto de gran altura, con características bien visibles: acumulación de escombros, desmoronamientos por falta de transporte, rocas pulidas y estratadas por la erosión eólica, rodados facetados, etc. La vegetación es pobre y raquítica y los grandes salares imprimen un sello particular al paisaje. En la Puna jujeña, donde son numerosos, se destaca la cuenca de Salinas Grandes-Guayatayoc, como el más importante".

La cita transcripta explica, en pocas palabras, una vastísima y típica región elevada de nuestro país, dando a conocer las características fundamentales de su relieve y de su ambiente climático que es desértico.

Cuando se quiere ligar directamente el paisaje a los fenómenos de diverso carácter que lo han motivado, se deben usar expresiones como la que sigue: "El relieve primitivo fué plegado y luego, por fenómenos erosivos, fué destruido en su parte superior hasta constituir un paisaje horizontal —*peneplain*— que fué elevado en bloque a gran altura".

II. Catastrofismo, Uniformitarismo y Evolución. — a) Desde tiempos inmemoriales el hombre ha tratado de

explicarse los fenómenos naturales que tenía ante sí, y su primera impresión fué que se debían a fenómenos o acontecimientos súbitos, ocurridos en el relieve terrestre. Las erupciones volcánicas, con sus explosiones características en algunos casos, y los terremotos en otros, que siempre originaban motivos evidentes de terror, hicieron creer que tales acontecimientos podían haber cambiado súbitamente el aspecto de la superficie terrestre.

La fantasía popular, acompañada con el inseparable factor ignorancia, los llevó a la conciencia de las catástrofes y cataclismos, como explicación final de los acontecimientos fisiográficos que estaban presenciando.

De allí surgió la teoría denominada *Catastrofismo* y hasta el gran naturalista Cuvier cayó en el error de tales creencias, dando una explicación que hoy resulta extraordinaria en un hombre de tal envergadura científica, creador de la Anatomía comparada y de la Paleontología. No sólo en Geología, sino también en Biología prevalecen tales ideas y, a tal efecto, conviene reproducir las expresiones de Cuvier que siguen: "Dejaron tras de sí, también en regiones del Norte, los esqueletos de grandes cuadrúpedos, que fueron hallados empotrados en el hielo y preservados hasta el día de hoy intactos, con sus pelos, piel y carne. Fué solamente en una vez y en el mismo instante, que dichos animales perecieron y que las condiciones glaciales entraron en existencia".

"Este cambio fué rápido, instantáneo y no gradual, y lo que es tan claro en el caso de esta última catástrofe, no es menos real que la que le precedió. La dislocación y el volcamiento de los viejos estratos muestran, sin duda alguna, que las causas que los llevaron a la posición que ocupan actualmente fueron súbitas y violentas; y en igual modo el testimonio de la violencia de los movimientos que influenciaron las aguas se ve en las grandes masas de escombros y de rodados que en muchos lugares se encuentran intercalados entre capas de roca firme".

"La vida sobre la Tierra en aquellos tiempos fué a menudo alcanzada por estos horribles acontecimientos. Los que habitaban las tierras firmes fueron englobados por diluvios; los que tenían su habitación en las aguas perecieron cuando los fondos marinos súbitamente se transformaron en tierra firme; todas las razas fueron extin-

guidas dejando nuevas trazas de su existencia, que es ahora difícil de reconocer, aún para el naturalista. *Las evidencias de estos acontecimientos, tan grandes y terribles, pueden ser claramente observadas por cualquiera que sepa cómo se lee la Historia de las Rocas*".

Tal es, de acuerdo con lo expresado por Cuvier, lo que se entiende por Catastrofismo.

b) Mucho después de Cuvier hubo quienes opinaron que todos los cambios, hasta los menos observables y que ahora ocurren en la superficie terrestre eran suficientes, si se prolongaban un tiempo lo bastante extenso, como para originar resultados o consecuencias de gran magnitud.

En Alemania, por ejemplo, durante el siglo XVIII había quienes opinaban que los cambios en el pasado no habían sido de tipo anormal y que se asemejaban a los cambios que ocurren ahora posiblemente y, además, que este planeta ha presentado fenómenos similares a los de los tiempos actuales.

El mejor conocimiento de estas ideas fué dado a conocer por Hutton, de origen escocés, y fueron impresas por su colega Playfair, en el año 1802, apareciendo en el libro titulado *Illustrations of the Huttonian Theory of the Earth*, considerado uno de los clásicos de la literatura geológica. En efecto, aparece en esta obra el grandioso concepto histórico del globo terrestre que, a juicio del autor, puede deducirse teniendo en cuenta lo que ocurre hoy sobre el relieve o que ha ocurrido hasta hace poco tiempo.

La idea dominante de su filosofía es que *el presente constituye la clave del pasado* y rechaza abiertamente, en la obra precitada, la noción que hemos dado de la teoría del Catastrofismo. Tal idea de Hutton— del uniformitarismo— fué desarrollada con gran alcance por C. Lyell, quien reunió todos los datos y observaciones para sustentar la doctrina que señala *el presente como la clave del pasado*. No consideró, en modo alguno, la intervención de procesos o fenómenos que no formen parte del sistema actual de la Naturaleza. Tampoco admitió que exista alguna razón para suponer que el grado de actividad de los agentes geológicos haya diferido mucho, en el pasado, de los que actualmente actúan dentro de la humana experiencia.

c) Actualmente predomina la *Teoría de la Evolución*, basada en la observación del paisaje y la influencia de fenómenos de diversa categoría sobre el relieve. Si suponemos sedimentos depositados en un fondo marino, que aumenten su espesor después de larguísimo periodo, serán comprimidos y modificados esencialmente por presiones y temperaturas que son factores predominantes.

Tanto las rocas como el mundo animado están en un ambiente evolutivo que se ajusta a un relieve. Los paisajes pasan también por periodos evolutivos y, en definitiva, se reconoce que los aspectos actuales de la superficie terrestre son sólo transitorios. Lo que acontece es que resulta difícil al pensamiento humano concebir los vastos periodos de tiempo con que debe operar la ciencia geológica.

La finalidad del estudio científico de la Geomorfología es la de explicar los fenómenos que han originado el actual relieve. Tales explicaciones toman la forma de hipótesis o teorías o bien pueden llegar a formularse como leyes, siguiendo el método científico que consideraremos más adelante.

III. *Origen de los términos fisiográficos.* — El origen de los términos fisiográficos es variado. En efecto, algunos de ellos fueron originariamente nombres de lugares donde se hallaba o bien predominaba dicho relieve, que adquiría así la denominación del lugar respectivo. A continuación citamos algunos ejemplos clásicos:

Géiser:	procede de <i>Geysir</i> , lugar de Islandia.
Meandro:	" " <i>Rio Meandro</i> de Asia Menor.
Volcán:	" " <i>Vulcano</i> , volcán de las Islas Lipari.
Hammada:	" " <i>Hammadah</i> , que en árabe significa desierto de piedras.

Los términos precedentes y muchos otros, corresponden a lugares tan típicos para cada relieve, que ha sido indispensable adaptarlos a nuestro idioma, enriquecido así de muchos vocablos nuevos para describir el relieve en diversos aspectos. En los últimos años se ha tratado y cumplido el propósito de dar denominaciones fisio-

gráficas precisas, con significado del relieve así denominado y tales términos deben ser usados por razones obvias.

Términos fisiográficos que ya se aplican, son los siguientes, por ejemplo, para tipos de ríos: *consecuentes*, *subsecuentes*, *rescuentes* e *insecuentes*; ríos *antecedentes* y ríos *superpuestos*. Para valles: *valles colgantes*, y así sucesivamente.

Como nuestro idioma es relativamente pobre en términos que se refieran a formas desérticas, ya que los pueblos de habla española no poblaban regiones de ese tipo, sino fértiles, se utilizan y se aceptan en nuestro léxico numerosas expresiones de idiomas extranjeros adaptadas al caso, como ser: *barján* que significa duna en forma de media luna y *wadi* que significa curso de río seco.

Con respecto a términos que expresen características del ambiente de formas glaciales, se adoptan los términos de pueblos nórdicos escandinavos, citando como ejemplo *Fiordo* y *Osar*. Del esloveno tenemos nombres derivados del relieve alpino, tales como *Dolina* y *Polje*. Del italiano tenemos *Tombolo*, que procede del latín *Tumulus*, que se refería a pequeñas dunas que se forman en las barras costeras de arena, con aspecto de pequeñas lomadas.

Las palabras del léxico castellano: *cuesta*, *sierra*, *arroyo*, *cañón*, *playa*, *cuchilla*, y otras, han sido adoptadas por países donde se habla inglés, y tanto es así, que figuran en el gran léxico de Webster, intitulado *New International Dictionary* y hasta en las propias cartas de California.

IV. *El Método Científico en Geología.* — Al desarrollar una teoría es menester distinguir cuatro etapas, que no pueden ser consideradas separadamente y que son: 1º) Observación de los hechos naturales; 2º) Hipótesis sobre los hechos observados; 3º) Deducción de los hechos observados; 4º) Deducción final.

Dichas etapas se comentan brevemente en el texto que sigue.

1º) El primer paso consiste siempre, antes de trasladarse al terreno, en asegurarse una serie de datos y

antecedentes del relieve a reconocer, los que pueden ser clasificados en un principio para facilitar su posterior interpretación. Si se posee de antemano un relieve representado en un plano, en escala adecuada y con curvas de nivel con equidistancia favorable, se facilitará grandemente la tarea por cuanto los planos, cuando son bien realizados, dan en definitiva una buena representación morfológica del relieve considerado.

Ahora bien, si ya se dispone de una topografía adecuada, en escala de detalle, y se desea realizar un estudio geológico de la zona escogida, se hará sobre el plano la representación de las rocas que constituyen el paisaje, marcando sus afloramientos por sus contornos, en la forma más conveniente, y empleando el simbolismo respectivo.

La preparación del plano geológico es posterior al estudio previo de las rocas, ya sea macro o microscópicamente, realizado sobre muestras típicas que deben indicarse en un anotador, con su lugar de procedencia exactamente fijado.

Corresponde además tomar en el terreno y desde un principio los siguientes datos, entre otros: espesor de los mantos, inclinación, rumbo o azimut; característica litológica del relieve y realizar una descripción fisiográfica breve. Además se extraerán muestras típicas representativas de rocas o minerales aflorantes y por duplicado, con indicación precisa de su punto de extracción, que se indicará gráficamente sobre el plano.

2º) Una vez finalizada la labor descriptiva anteriormente, se tratará de relacionar los datos obtenidos y apreciar la vinculación posible entre ellos. Por ejemplo, si se observase diferentes afloramientos, con su rumbo y su inclinación, podría considerarse, si fuese el caso, que se tratase de una estructura anticlinal. Muchas veces es necesario coordinar una serie de datos para poder afirmar, sin duda alguna, la presencia de un aspecto fisiográfico o geológico, y siendo los datos insuficientes, se pueden cometer errores de concepto que es fundamental evitar.

Considerados los hechos como se explica, se formulan entonces las hipótesis que correspondan. Ese trabajo, cuando ha sido científicamente realizado, permite for-

mular dichas hipótesis que en *Lógica* llevan la denominación de "métodos o procesos inductivos". El método o proceso inductivo consiste, en definitiva, en proceder de lo especial o particular o de detalle, a lo general, al reconocer en el paisaje ciertos aspectos o comportamientos de factores comunes.

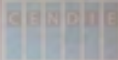
Separar un detalle significativo, de un conjunto de cuestiones inconexas observadas, es propio de mentes sutiles, que a veces han sido poseídas por genios verdaderos.

3º) Cada hipótesis debe ser estudiada como si fuese una idea abstracta, teniendo presente las consecuencias que pueden resultar si fuese cierta su verificación. Dicho procedimiento, que consiste en trabajar de lo general a lo particular, se denomina en *Lógica* "métodos o procesos deductivos".

Para hacer deducciones es necesario realizar un verdadero esfuerzo mental y raramente puede ser consecuencia de un destello súbito de la mente o de un arranque de ingenio. Y es por ello que el geólogo a menudo se detiene y, frente al paisaje, se formula y escribe en detalle sus hipótesis o teorías con sus respectivas consecuencias o resultados, haciendo el bosquejo respectivo.

La práctica y la experiencia aconsejan que las hipótesis se desenvuelvan y se deduzcan al mismo tiempo que se registran los hechos u observaciones, es decir, que deben ser hechas en el terreno y no en gabinete, ya que este último ambiente está lejos del relieve estudiado y no conviene, de ninguna manera, tratar de recordar un relieve estando lejos de él porque en tal forma se pueden formular hechos falsos, que no correspondan a la realidad, como ha ocurrido en numerosos casos.

4º) La etapa definitiva consiste en determinar cuáles de los hechos deducidos son verdaderos. En efecto, si ocurre que una de las hipótesis requiere ciertos hechos a verificarse para ser considerada verdadera y ellos fallan, tal hipótesis debe eliminarse. De esta forma se van descartando las falsas hipótesis, hasta que sólo queda una que resiste la discusión subsecuente, y si la prueba es suficiente, esta hipótesis toma el rango de *teoría*, o sea de un hecho establecido y controlado ya que, por



definición, se considera que, en sentido científico, una hipótesis es una conjetura provisoria, con respecto a las relaciones presentes en ciertos fenómenos.

En cambio, una *teoría* es una hipótesis que ha tenido verificación o comprobación, siendo aplicable a un gran número de fenómenos relacionados entre sí. Tal es, en definitiva, la forma en que deben realizarse los trabajos: con criterio científico.

PASCUAL SGROSSO.

ESTUDIOS Y TRADUCCIONES

VIAJEROS FRANCESES EN EL SIGLO XVIII

Durante el siglo XVIII las posesiones españolas en América ofrecen a Europa las infinitas posibilidades de los mundos nuevos. Es la época en que Inglaterra descubre el valor de los imperios coloniales y se lanza a los mares para procurarse uno de los más vastos; en que las relaciones comerciales, cada vez más complicadas, consideran valiosos todos los mercados, en que se registran las regiones más alejadas, países de leyenda y de misterio, para buscar los productos raros, de los que la industria europea comienza a servirse con avidez.

En el transcurso de ese siglo XVIII, vínculos familiares más estrechos entre los soberanos de Francia y de España, determinan algunos cambios, cuya importancia varía durante el siglo en la orientación de la política española hacia sus colonias de ultramar. Esos cambios permiten a los franceses acercarse a nuestras playas, que la corona de España guardaba celosamente ocultas tras la muralla estricta de sus leyes: navegantes que buscaban un paso hacia el Pacífico, con el fin de aumentar la eficacia del comercio que Francia mantenía con el Asia oriental y con las costas españolas de Chile y del Perú, colonizadores deseosos de extender las posesiones francesas para cubrir con ellas el mundo, hábiles comerciantes, capaces de vender hombres y de recibir cueros.

Otro grupo de nuestros visitantes franceses está formado por hombres de ciencia: por todos aquellos sabios a los que el hallazgo de una nueva especie, de un animal, de una piedra o de una planta, base o coronamiento de una teoría, los hace lanzarse en una carrera frenética hacia cualquier rincón del planeta. Nuestro país representó para ellos una cantera virgen, un yacimiento de maravillas, el verdadero El Dorado de sus sueños.

Y hay también otros viajeros, viajeros de raza, de los que no piensan sino en embarcarse en el primer navío,

apresuradamente, fascinados por el mar, encantados por lo desconocido, ávidos de todo ese mundo extraordinario que no se presenta más que una sola vez, cuando se es muy joven, y cuando los ojos conservan aún el divino don de las lágrimas secretas.

François Coreal, Draisé de Grand-Pierre, Durret, Frézier, Bougainville, otros viajeros anónimos. Fuente inapreciable para la reconstrucción de nuestro pasado, sus relatos arrancan al tiempo el frescor de una vida desaparecida y nos permiten vivir en ese Buenos Aires que comienza a convertirse en ciudad; asistir al cambio de sus costumbres, al nacimiento del gaucho, el personaje legendario de nuestras campañas, que nos llena de peregrinidad, de tal modo se encarnan en él la armonía del hombre y del paisaje.

Adivinamos a lo lejos la temida costa Desierta o de los Patagones, que Darwin fulminara con su: "Tierra maldita", y nos vamos más allá todavía, donde nadie ha llegado aún, hasta los lejanos países hermanos de los polos, donde la naturaleza desencadenada rechaza al hombre por el triple ataque de su fuerza, de su silencio y de su soledad.

Y he aquí el cuadro tejido con los relatos de los viajeros, de viajeros franceses, se sobreentiende, puesto que hay una psicología del viajero francés: aquella que es capaz de interesarse un poco por todo, de no aceptar nada por completo, de decir elegantemente mucho menos de lo que se piensa y de guardar la otra mitad de sus pensamientos en el fondo del alma, prisionera de sus sentimientos controlados.

Lo que se presenta aquí es un resumen de los relatos dejados por los franceses que a fines del siglo XVII y en el siglo XVIII, pasaron por el Río de la Plata. Este cuadro, sincero como una miniatura, no tendrá más que la pureza de sus colores y la torpeza de la mano incapaz que lo compone. Por ello se asemeja a esas pinturas que los prerrafaelistas italianos ofrecen a nuestros ojos cansados de mirar, donde los ángeles de oro, que todavía son pesados, revolotean en un cielo de azur, aunque hayan aprendido a sonreír con una sonrisa que es siempre encantadora. He aquí el cuadro reconstruido:

El Río de la Plata, ancho como un mar magnífico, tiene el color amarillento de una bestia dormida. Las líneas

de sus canales lo rayan con un laberinto complicado y sus aguas densas están casi inmóviles. Los canales son mequinos y los escasos navíos silenciosos que llegan a Buenos Aires corren peligro de tocar fondo y de abrirse por debajo como lo expresa temeroso Durret. Es necesario detenerse a tres leguas de la costa y quedar allí, rodeados por las aguas calientes y pesadas, con la inmovilidad de los navíos abandonados en los viejos cementerios marinos. Sobre la costa, chata como una línea recta, se ven unas pocas casitas blancas que se borran a lo lejos y se adivina el encanto de una aldea orgullosa de su pobreza.

Un enjambre de goletas sale del puerto, aunque Buenos Aires no tenga de puerto más que el nombre. Es necesario transbordar a las pequeñas embarcaciones, viajeros, equipaje y mercaderías, dejarse conducir hasta el Riachuelo y desembarcar por fin. Bougainville nos describe este desembarco, a la vez pintoresco y molesto.

No se llega realmente a Buenos Aires sino por tierra, pues hay todavía algunos minutos de camino. De pronto se descubre que se está en la pampa, pues Buenos Aires no es más que un detalle, un accidente de ese prado encantador e infinito que se atraviesa.

El río y algunos arroyos, la suavidad del clima y la fertilidad del terreno producen esta maravillosa eclosión de verdes que nos rodea. Caballos, vacas y todo el ejército alado que se oculta silencioso, pero que se manifiesta al menor ruido, transportan a un mundo primitivo de paz y de abundancia.

El camino, que atraviesa la campaña sin preocuparse por dónde, solamente atento a evitar los temibles pantanos, comienza a serpentear indolente entre las quintas, en las que la tropa florecida de los manzanos, perales, cerezos, durazneros y damascos, pinta delicadamente la triste fealdad de las pobres construcciones.

Casi sin sentirlo se comienza a entrar en la ciudad, siempre por calles deshechas pero que ya han dejado de ondular: se llega a una amplia plaza de armas, y al Fuerte, defendido por piezas de cañón. Se está, ahora, de frente al río.

Buenos Aires no es más que una pequeña población, a pesar de ser considerada la más importante de España

en la América del Sur. No más de novecientas casas bajas de paja y barro (pocas son de ladrillo), y es Dralsé de Grand-Pierre quien anota número y material, algunas cubiertas de teja, rodeadas de jardines umbrosos, grandes como plazas, donde no faltan tampoco los árboles frutales, se alinean a lo largo de las calles trazadas a cordón. Cuando las largas lluvias del invierno comienzan a caer sin piedad, las calles se tornan impracticables y la ciudad se repliega bajo un manto de tristeza que borra los contornos de los edificios, que aplasta las casucas miserables, que confunde cielo, tierra y río con un solo color melancólico y sordo.

Varios conventos, el hospital y la Catedral recargan con sus pesadas masas el damero monótono del plano primitivo.

Cuando el sol brilla, cuando el viento barre las nieblas con mano rápida y el cielo ofrece su radiante belleza, ha llegado el momento de conocer a los habitantes de la ciudad, que, con el nombre de "porteños" conocen España y Europa. El pueblo es cortés y afable, así lo vio aquel viajero desconocido llegado en el navío *La Sphère*, del Rey de Francia, entre los años 1707 y 1708. Habla una suave lengua musical, de graciosas frases y conoce la sugestión del lenguaje de los ojos y del silencio.

Bien dispuestas en favor de los extranjeros, las mujeres son muy hermosas y espirituales y según lo que se cuenta, muy bien prevenidas en favor de los franceses. Vestidas de acuerdo con la moda española, un poco severa, pero que ellas saben rodear de gracia y de poesía, ensayan disponer favorablemente a sus maridos, sus hermanos y sus padres con los extranjeros, de tal modo que pareciera que un venticello de París hubiera soplado sobre Buenos Aires para barrer con los celos españoles. Y Dralsé de Grand-Pierre se contó, sin duda, entre los favorecidos. Pero, olvidemos las bellas y sus encantos; el que viaja no llega sino para irse... El recuerdo de la campaña entrevistista es obsesivo e invita a descubrirla. Felizmente está allí cerca, donde Buenos Aires termina. La pereza de sus habitantes priva a la ciudad del cinturón de campos cultivados que anuncia la proximidad de las ciudades activas, rodeándolas de un estampado multicolor y opulento.

Todo el país, expresa Durret, es una hermosa llanura, o mejor un prado, de algunos cientos de leguas de ancho. No se lo recorre más que a caballo, que la pampa hace infatigable, como infatigables son sus jinetes.

Y allí está la pampa, extensa como un castigo divino, más noble que graciosa, serena como el cielo y de una profundidad de horizontes que abisma y que encanta, que invita al pensamiento a lanzarse en vuelos audaces, en meditaciones profundas, siempre igual y siempre diferente, como el cielo o como el mar, y esto por dos o tres o cuatro semanas de marcha.

La habitan rebaños incontables que permiten destruir todos los años trescientas mil bestias sin que se note, según el cálculo de un viajero francés para el año 1707. Los que aguijonean los buyes de las carretas, montan a caballo; los que tienen hambre, matan una res, sacan el bocado que les place y abandonan el resto a los perros salvajes, rebaño siniestro, o a las aves de rapiña, surgidas del infinito y que aproximándose en círculos cada vez más cerrados, las alas inmóviles, terminan por caer sobre las carroñas que los sentidos poderosos les anuncian a la distancia.

El pasaje imprevisto de un rebaño, la aparición súbita del hombre por algún punto del horizonte o cualquiera otra alteración del orden magnífico que reina en los campos, repercute, después de un segundo de espera en que el animal, dominado por el terror, ensaya inmovilizarse, en gritos de pájaros, en nerviosos movimientos de alas; y apretadas columnas surgen de la llanura, siempre calma, para desplegarse en gruesas nubes que sobrevuelan curiosas y se pierden después rápidas en el espacio.

En la pampa se encuentra también el hombre que la habita, si se puede llamar habitante a quien no hace más que pasar, indiferente, perfilándose, él y su caballo contra el cielo rojizo de los atardeceres, no se sabe hacia donde ni por qué, pero siempre. Algunas veces se aproxima a la ciudad, de donde ha salido pero que desprecia, como desprecia a su vida, y en unión de otros hombres participa en los trabajos peligrosos, los únicos que ama.

El caballo a la carrera, arroja con mano segura el lazo sobre el animal que quiere atrapar; el lazo alaba en el aire y, de un solo intento, cae, revoloteando para

sujetar con justera al animal por los cuernos. Ni un solo movimiento ha sacudido al hombre, aunque el golpe haya sido brutal. Otro hombre atrapa al animal por una de sus patas posteriores, siempre con el lazo, aprovechando el instante en que adivina que la pata se separa del suelo; ambos caballos tiran después de haber girado sobre sí mismos y la sacudida detiene al toro. Desmontan, lo matan y lo carnea, calmamente, rodeados por una nube de perros famélicos y ruidosos que vienen en brigadas de setecientos a ochocientos a devorar las carnes. Luis de Bougainville describe esta escena con ojos de curioso y de artista.

Y hay aún otra cosa en la pampa, nos contará Durret: la carreta. Especie de monstruo de madera, de generosas dimensiones, se desplaza lentamente, con la seguridad de los que están seguros de llegar. Arrastrada por los bueyes, posee al mismo tiempo comodidades de habitación y pintoresquismo de vehículo. Verdadera caja de madera, cierra con dos puertas y llave en las partes delantera y posterior, y en ambas partes está completada por galerías: bajo la de adelante se protege el conductor y la otra permite a los viajeros el descanso o la simple contemplación del paisaje. Las ventanas laterales sirven para refrescar el interior, donde cada uno tiene su lecho.

Y estos viajes son, sobre todo, la aventura de las marchas interminables, la anulación de la velocidad, la calma, la llegada a un punto de escala para ver durante unas horas otros hombres y volver a partir, la belleza de los crepúsculos, cuando un viajero canta con una voz que es a la vez queja y suspiro, una melodía que acompañan los chirridos de las enormes ruedas de la carreta que avanza.

Desde el mar, la Patagonia no muestra a los viajeros sino una muralla rígida y fría como las verjas de una prisión. Los recuerdos se evaden, enristrecidos, hacia el riante país que se acaba de abandonar.

Eternos viajeros, caerán agotados bajo el peso de una vida laboriosa, y no harán sino acelerar con los trabajos del mar los dolores de una vejez indigente. Pero vuelven a partir para costear ese horizonte de piedra que el mar golpea violento, que los vientos azotan sin piedad y que no oculta detrás de sí nada más que el desierto.

Solamente los indios en pequeños grupos, sucios y hambrientos, atraviesan estas enormes extensiones de piedra y de sal para aproximarse a los poblados del blanco, robando ganados y, a veces, hombres.

Cuando más se avanza hacia el sur, el mar se vuelve más peligroso. Se está en el reino de los vientos, de los abismos. Los huracanes se divierten quebrando las arboladuras de los navíos o abandonándolos inmóviles semanas enteras. Las mareas fuertes, rápidas, producen en las costas un oleaje temible, las ráfagas sinietras hacen precipitarse a los marineros sobre las vergas para sujetar los rizos con la premura de los que aman la vida.

Algunas aves marinas, golpeadas por la tempestad, vienen a refugiarse contra las velas...

En las pequeñas escotaduras de la costa o sobre las playas guijarrosas, ruidosas colonias de lobos marinos, de focas, miran con sus ojos estúpidos los desgraciados navíos que los vientos hacen bailar a su antojo y que el océano observa rencoroso y ávido.

Después de sobrepasar el cabo de las Virgenes, que como un fanal marca su entrada, según la poética imagen de Durret, se penetra en el Estrecho de Magallanes, el más temible del mundo, que, descubierto hace más de dos siglos, ha rechazado todo ensayo de instalación humana permanente. Las borrascas no se apaciguan en el Estrecho; al contrario, nutridas por las ráfagas que surgen de todas partes, que se entrecrocán violentas en los recodos del litoral, agitan el mar y complican la navegación. Este Estrecho posee en su larga serie de proezas, la de haber descorazonado a algunos marineros ingleses.

Súbitamente, durante la noche, una ráfaga prodigiosa rechaza el navío a lo lejos, hacia el este. Con la velocidad del relámpago le hace recorrer a favor del viento un camino alucinante que las estrellas, únicos festigos de esta lucha desigual, comparan con el de una centella de otro cielo negro y profundo.

Sale el sol. Rodeados por una mar tranquilizada sobre la que flotan bancos de niebla, se ve dibujar a lo lejos, en el aire dorado de la mañana, un horizonte limitado por armoniosas colinas. Esas islas nuevas tienen las costas recortadas como un encaje delicado, por un mar

con el que parecen querer disputarse el dominio, en eterno conflicto.

Algunos prados yermos, otros frescos de verdor, pero sin árboles, para regocijar los ojos del marino, yacen bajo un vasto silencio, que interrumpen, a veces, los gritos de los monstruos marinos.

Islotes y escollos se cierran alrededor de la costa y la protegen, como ese tapiz de algas que las aguas le ofrecen galantes para vestir sus desnudeces de piedra.

Son las Malvinas, tan parecidas a Bretaña; orgullosas, no aceptan más que la amistad de las olas; poseídas, no querrán más que a los hombres venidos del mar. Bougainville las canta con himnos de alegría. Acompañémosle cuando de nuevo el navio intenta el camino hacia el oeste, en búsqueda del Estrecho. Esta vez, él prepara un recibimiento brillante, revistiéndose de la belleza de los mundos primitivos con sus bosques de coníferas, columnas sombrías que se despliegan por los flancos de las cordilleras hasta las cimas, donde se entrelazan con las nieves eternas, de un azul profundo y tan antiguas como el mundo. Los árboles se alinean en anfiteatro, para terminar acercándose, subyugados, hasta el mar. Estos climas extremos limitan la vida encantadora de los bosques a algunas furtivas especies; como sus cantos son tristes, el silencio es profundo.

Desde la costa, ojos humanos siguen el rumbo de los barcos. Cabañas reducidas de forma de hongo, valvas calcinadas encontradas en la playa, muestran que el lugar está habitado. Y si en los crepúsculos las nieblas cierran el camino, grandes fogatas se encienden, para mostrarlo, desde la costa.

El contacto con los indios se establece al primer desembarco: ellos siguen a caballo, desde tierra, los avances y retrocesos que el capricho de los vientos imponen a las embarcaciones.

Altos, robustos, los cabellos sostenidos en la coronilla, los bigotes más largos que espesos, sus rostros no son enteramente desagradables. Tienen los dientes muy blancos, y en París, tales dientes no habrían tenido más defecto que el de ser algo anchos. Cubren sus cuerpos bronceados con cueros de animales, sostenidos por un cinturón y a veces con un manto de pieles de guanaco.

Usan calzado de cuero y utilizan con habilidad admirable las boleadoras para procurarse el alimento. Se muestran encantados de recibir a los blancos y les hacen conocer los placeres de la cocina india: médula de guanaco y carne de vicuña.

Avanzando en el Estrecho, se toca el cabo Forward, extremidad meridional de la América continental y de todos los continentes hasta ese tiempo conocidos. Por el mes de enero la nieve cae sobre los puentes del navio acumulándose más de cuatro pulgadas. El frío es mayor que el de los inviernos parisinos. El viento, que no descansa nunca en estas regiones, levanta torbellinos de agua que impiden, desde el barco ver las montañas de la costa. Todos se sorprenden, aún los veteranos, de su terrible violencia.

Una angustia mortal invade a los viajeros. Se intenta entonces contornear la Tierra del Fuego. La desesperación, la más cruel de las enfermedades engendradas por el mar comienza a matar la ilusión del retorno. Se sienten morir lentamente en ese invierno helado que aleja la vida de las aguas y que no respeta ni los pájaros de los bosques. Frézier piensa que la primavera llegará ese año más bella que nunca para Europa. Y cuenta Durret que el martirio no termina con la noche. Una luz difusa se encarniza iluminando tan desgraciado estado. Las noches polares, que saben confundir el crepúsculo del poniente con las claridades del naciente, obligan al sol a rozar el horizonte y a vigilar atento la escena desde el cielo opaco.

MIREYA ETCHEVERRY.

LA OBRA TÉCNICA DEL HOMBRE Y LA GEOGRAFÍA

Hay un verso de Victor Hugo que ilustra fuertemente el determinismo que se impone tradicionalmente al ser humano, como a todos los seres vivientes: "Y el pájaro más libre tiene por jaula un clima".

Es así que zonas extensas del planeta han quedado largo tiempo inaccesibles para el hombre. A medida que

Hegaba allí, no podía sobrevivir, lo que significaba que las limitaciones imperativas reducían sin apelación la ocupación que él hubiese podido desear y establecer.

Lo que era cierto de la ocupación lo era también de los cultivos y de las fabricaciones humanas. Tales especies animales no prosperarían sino en ciertos climas; tales especies vegetales, igualmente. La hora de ciertas cosechas estaba fijada por la naturaleza, sin que fuera posible adelantarla o atrasarla; era un orden de los elementos que parecía decidido una vez por todas y al cual había que plegarse. "No se gobierna a la naturaleza sino obediendo sus leyes", decía Bacon. Esas condiciones limitativas se imponían, aunque en menor grado, a la industria misma. La domesticación de las energías naturales exigía tradicionalmente la proximidad de los torrentes o la exposición a la fuerza de los vientos; la máquina de vapor misma, instrumento inicial y decisivo de la revolución industrial, no podía disociarse topográficamente de las minas de carbón. Tales fabricaciones quedaban dependientes de tal o cual clima, más favorable a su técnica; así, el algodón textil encontraba en la humedad oceánica del Lancashire un terreno de elección, largo tiempo generador de una clase de monopolios.

Hace mucho tiempo, sin embargo, que la energía humana ha vencido algunas de esas limitaciones. El hombre se ha arriesgado en ciertas zonas del planeta que manifestamente no estaban hechas para su organismo. En el siglo XV se creía todavía que los mares australes estaban en estado de ebullición. Los exploradores se aventuraron allí, a pesar de todo, con Díaz y Vasco de Gama. Después, el extremo frío fue superado, así como el extremo calor, poniendo en pie toda una técnica, todavía valerosa, para las invernadas en las regiones boreales. Pero esas empresas permanecían individuales, excepcionales, heroicas. Solamente en el siglo XX las zonas inhospitalarias del Polo o de los Polos han podido ser dispuestas para establecimientos duraderos; una técnica apropiada se ha desarrollado a ese efecto.

Llevando más lejos su intervención en el imperio propio de la naturaleza, el hombre moderno ha emprendido, por la aclimatación, corregir artificialmente los climas. Se defendía desde largo tiempo, desde siempre, contra el frío,

pero ha aprendido a atenuar el calor extremo. De ese hecho, la permanencia y el trabajo mismo se han vuelto posibles, normalmente, en semejantes climas tropicales ayer todavía inutilizables. Vencedor en todas partes, en esas condiciones, el hombre no ha logrado todavía vivir en la selva tropical, que queda para él, hasta un nuevo orden, como un dominio prácticamente prohibido.

La aclimatación no ha sido menos eficaz en la industria. Permite en adelante fijar la temperatura o el grado de humedad de los talleres, independientemente de las condiciones naturales del ambiente; el antiguo monopolio de Manchester, se encontró desde entonces disputado, puesto que se puede, no importa dónde, suscitar artificialmente tal clima técnico del que se tiene necesidad. El desarrollo de las fabricaciones sintéticas ha contribuido más directamente todavía a liberar la industria de tales o cuales dependencias naturales relativas al abastecimiento en materias primas. Mientras no se ha dispuesto más que del caucho natural o de plantación, los Estados Unidos dependían de los cultivos extremo-orientales, que no estaban en sus manos: el caucho sintético, salido del petróleo, suprime esta dependencia. Se entiende que la industria encuentra en lo sucesivo, en la fijación de sus usinas, una libertad que el pasado no conocía. En la edad de la electricidad, del petróleo, del motor atómico, la esclavitud antigua con respecto de los torrentes o del carbón, no es ya admisible, se pone una industria casi donde se quiere, por consideraciones en que el determinismo técnico no tiene ya la importancia de antaño. En los Estados Unidos, por ejemplo, es sorprendente comprobar que tales usinas monstruosas, cuya localización es fijada por una dirección superior, pueden casi indiferentemente ubicarse en Luisiana o en California.

El hombre, en sus empresas, ha ido más lejos aún. Felipe II al encarar, a principios del siglo XVI, el perforamiento de un canal interoceánico americano, decía: "Dios ha mostrado su voluntad por la creación de un istmo continuo", pero no habían transcurrido cuatro siglos cuando Lesseps y después los americanos, realizaban el canal de Panamá, mientras que, desde 1859, la ruta de Suez estaba abierta. Por la creación de esos estrechos artificiales, pasillos de comunicación entre todos los grandes mares del globo, la fisonomía misma del planeta se

encontraba modificada. Lo estaba también para las posibilidades que la aviación abría para el establecimiento humano en las regiones hasta ayer estimadas inhabitables e inexplorables: el Sahara, el Gran Norte Canadiense, los desiertos del Asia Central, son ya, serán en todo caso mañana, zonas fundamentales de la explotación humana.

Estos progresos inmensos han acarreado una revisión completa de nuestras medidas. Puede ser que el hombre permanezca como un medio entre nada y todo, pero le es necesario acostumbrarse al año-luz, por una parte, al micrón por otra. Le es necesario sobre todo habituarse a la idea de que las comunicaciones en línea recta no son ya para él lo que eran ayer. Sin duda los marinos conocían de larga data el arco del gran círculo, pero les era a menudo prohibido por los obstáculos de la navegación marítima: les era necesario conlornear interminablemente las penínsulas. Hoy, a esas mismas penínsulas, el avión las corta hasta la axila y las ignora orgullosamente. Esos trayectos directos, en líneas curvas, hacen de las zonas boreales el pasaje indicado para los itinerarios intercontinentales más rápidos. Los espacios polares, ayer vacíos y silenciosos, entran ahora no sólo en el dominio de las relaciones económicas, sino en el de las rivalidades imperiales.

La geografía cambia, desde entonces, de carácter. Desde el punto de vista interpretativo y descriptivo no disminuye su importancia, pero un cierto determinismo geográfico tradicional tiende a atenuarse. La corriente parece estar invertida, al imponer el hombre su voluntad allí donde anteriormente sufría los imperativos a los cuales le era necesario someterse. Es eso por lo menos lo que nosotros comprobamos. Queda, sin embargo, por ver, quién tendrá la última palabra: la naturaleza o él.

ANDRÉ SIEGRIED

de *La Nature et ses images*.

Paris: Universitaires de France, 1952.

Traducción de Juanito Barón.

LA REALIDAD Y LA FANTASÍA EN EL ARTE

El hombre admiró siempre la Naturaleza, porque le reconoció fuerzas superiores a las suyas. El temor a lo desconocido lo situó en condiciones de espectador afinando su espíritu de observación. Consignó hechos y fenómenos

físicos repetidos periódicamente hasta llegar a predecirlos, familiarizándose más tarde con ellos. Antes de descubrir las causas que los provocaban los atribuyó a voluntades sobrenaturales, imputándolos a seres sospechados por su fantasía. El miedo despertó su imaginación, siendo la realidad la fuente inspiradora de la fábula. A medida que abundaban sus constancias dejó las primeras leyes y con el andar del tiempo se tornó previsor, comenzando a revelar la infinitud de misterios, rodeado de los cuales le correspondía vivir. El primer proceso consciente debió haber sido el de organizar, clasificar y memorizar los conocimientos con los que a su vez formaba experiencia. Al aumentar la curiosidad desarrollaba la inteligencia y, sin proponérselo, fundaba la disciplina de un estudio que, paulatinamente, lo colmaba de asombro. Así llegó a entender la existencia de poderes superiores a los propios y a establecer que era un ente más en el complicado mecanismo de la creación, confiéndole a su presencia física el valor relativo de un elemento indefenso y pasajero. Al reconocer acontecimientos superiores a su voluntad sintió respeto por ellos y ese sentimiento se transformó en admiración por todo lo que veía. La admiración lo colmaba de asombro e iba alentando su fantasía. Concluyó luego la idea de integrar agrupaciones, de buscar o construir refugios y armarse para estar a la defensiva, puesto que otros seres, más dotados, lo amenazaban constantemente. En familia sintió deseos de comunicar las observaciones y formular advertencias, y, sin saberlo, cimentó la base del hecho científico, y cuando pretendió aplicar las nociones adquiridas, también, sin quererlo, dió con el hacer artístico.

Ciencia y Arte se complementaron constantemente para marchar, casi siempre, de la mano, impulsados por un afán muchas veces común, y si, aparentemente, la primera ocupó los puestos de avanzada, en ocasiones el segundo ha indicado el derrotero, porque ha sido más visionario y porque una ha preferido estudiar los hechos para derivar conclusiones, valiéndose de constancias objetivas, y el otro ha volado en alas de la fantasía.

El ser humano ingenió la forma de documentar sus impresiones y para hacerlo creó un idioma gráfico que le permitió interpretar la Naturaleza. Comenzó utilizando trazos con los que pudo grabar lo que veía, lo que sentía

y lo que suponía. Al servir tales propósitos dentro de la comunidad, el lenguaje tendió a lo universal, de ahí que se extendiera fácilmente entre las agrupaciones y que todas ellas contribuyeran, en la medida de su cultura, al perfeccionamiento y a la difusión del mismo. Por eso los comprobantes más antiguos, no importa a qué latitud pertenecieran, parecen responder a la misma preceptiva y es porque, evidentemente, la Naturaleza ha sido la maestra del primer artesano.

La huella observada en la piedra o en la tierra guió al hombre a pensar que ambos elementos podían servirle para fijar sus conceptos y después de múltiples ensayos dio con el instrumento del que podía valerse para estamparlos. Pero, al establecer los distintos grados de dureza, se encontró con el problema de las formas y el del modelado, deduciendo leyes mientras intentaba confeccionar las herramientas indispensables para dominar las diversas materias. Mucho después sirvió finalidades estéticas para las que el artesano dio paso al artista, quien a su tiempo ordenó los cánones de las bellas artes.

La legislación de las actividades artísticas no se ha organizado caprichosamente, ni porque sí; se debe a un proceso evolutivo lento, discutido, controlado y juiciosamente ordenado; es decir, ha sido codificada sobre base sólida cuyos pilares sostuvieron una gran admiración por la Naturaleza. Las leyes fundamentales resultaron así permanentes e inmutables, porque se revelaron en todos los ámbitos y se reprodujeron en todos los momentos. La inteligencia humana la respetó siempre para hacer del arte una actividad seria, limitada a ciertos espíritus privilegiados que, dominando una técnica, pudieran dar versiones bellas para enternecer a los semejantes. Su rigor no fue jamás absoluto, porque dejó amplio margen para que los intérpretes no padecieran tiranías dogmáticas y para evitar que el artista actuara aferrado a moldes que pudieran limitar su trabajo.

La evolución del arte descubre infinidad de procesos superados tenazmente por el hombre para reflejar siempre la verdad, como resultado de su profunda admiración por todo lo creado. Cuando el artista afianzó el dominio de las técnicas comenzó a acariciar el propósito de embellecer la realidad, jerarquizando sus trabajos vertidos a través de distintas interpretaciones; de ahí que la

personalidad de cada cual resulta también un valioso motivo de reconocimiento, porque pone en juego el poder imaginativo y la fantasía del glossador.

Podemos apreciar las cosas desde dos puntos de vista: del que nos brinda la realidad o desde el que nos ofrece la fantasía. La realidad es la imagen de la verdad y la fantasía nada más que la interpretación que de ella nos formamos. Ambos sentimientos son humanos, por lo que la imaginación está siempre controlada por nuestros conocimientos. Las representaciones artísticas jamás pierden el sentido antropocéntrico, por ser el hombre el centro de la Creación.

Muchas manifestaciones contemporáneas olvidan el carácter de mensaje que los artistas imprimen a sus obras, y al faltarles fuerza comunicativa se pierden como intentos malogrados. Ello ocurre generalmente cuando el intérprete elude la verdad, grave riesgo, porque no nos confiere seguridades de que ese arte sea bueno o malo. El arte no es especialidad para peritos ni exige del contemplador el dominio profundo del hecho artístico. Tiene un destinatario: el público; y una función social: educar, y, en especial, los sentimientos. El artista puede plantear problemas a su voluntad si los brinda resueltos. Las incógnitas corresponden al dominio de las ciencias; los caprichos burlan la observancia de las reglas. Admitimos versiones antojadizas y sabemos apreciarlas cuando trasuntan estados de ánimo particulares; pero, las rechazamos como sistema y no las aceptamos como escuelas, porque no se reconoce escuela donde no hay normas, donde no hay preceptos y donde no existen leyes, vale decir, donde el hacer artístico queda librado a la humorada, a la ocurrencia o a la extravagancia de cualquiera.

Los artistas contemporáneos padecen la obsesión de la originalidad demostrando tener acerca de ella un concepto equivocado. No se es original por el hecho de escamotear la verdad ni se deja de serlo por ajustarse a la realidad. Cuando uno demuestra ser uno mismo a través de una versión da, siempre, una nota de sinceridad, aun cuando sufra influencias ajenas y pueda caer en semejanzas con otros. Muchos autores podrían glossar simultáneamente un tema común y no obstante sus trabajos resultar originales.

No siempre es fácil encontrar la propia personalidad. En ocasiones la facilidad o el dominio del oficio contribuyen a desorientar, porque algunas técnicas han dejado huellas en el espíritu y no es fácil olvidárlas pero, antes o después, llega el momento de descubrirse a sí mismo y, a partir de entonces, se imprime el sello que individualiza. En cambio, la aplicación de la receta anula el proceso evolutivo, destruye la personalidad y paraliza la espontaneidad; y, desde luego, deja de ser sincero quien copia o imita el hacer de los demás.

Los movimientos de renovación estética están confiados a los más talentosos y es lógico que trabajen incurriendo en aparentes imitaciones, porque los buscadores cuentan con determinados elementos comunes y deben valerse de ellos para demostrar el alcance de las inquietudes. Planteado el problema siguen otros detrás de la anhelada solución y el tiempo demuestra las bondades o la ineficacia de los propósitos. Los autores contemporáneos quemaron sus esfuerzos en el planteo de numerosos aspectos, pero a ninguno de ellos le vislumbramos resultados positivos que justifiquen la necesidad de proseguirlos, sin otras miras que no se confíen a su tendencia decorativa, beneficiosa para la pintura como exaltación del color.

Los cultores de avanzada han cumplido su misión histórica, porque han violado leyes y preceptos, concediendo mayor elasticidad en las técnicas y detrás de esas conquistas se lanzaron todos los artistas y han conseguido olvidar ciertos prejuicios con los que pueden exaltar la materia hasta darle mayor resonancia. Los pintores han resultado beneficiados y los escultores también. Las obras alcanzan hoy un sentido moderno en armonía con la vida actual. La arquitectura fué la más favorecida de las artes plásticas. Pero, la insistencia en la repetición de trabajos sin sentido, nos abandona en medio de un panorama desolador, puesto que la copia parece haberse entronizado como regla, los trabajos van adquiriendo calidad de calcomanías y resultan cada vez más deslucidos, menos interesantes y más cansadores, porque el motivo que podríamos considerar original sigue debilitándose al ceder paulatinamente en infinitas repeticiones.

Las magras posibilidades ofrecidas por el arte contemporáneo sumieron a los cultores en un agotamiento pre-

maturo. Los iniciadores dieron de sí cuanto pudieron esperando el aporte de otras colaboraciones, pero muy pronto advirtieron sólo imitadores y por ello redoblaban esfuerzos y más esfuerzos para no abandonar en el fracaso las esperanzas acariciadas durante más de cincuenta años de esterilidad.

Si al arte contemporáneo no lo apoyara una propaganda hábilmente orientada no hubiese alcanzado trascendencia tan discutida siendo muy posible que tampoco contara con tantos cultores, tantos defensores ni tantos admiradores. Los primeros se multiplicaron por ser cosa demasiado fácil y por no estar legislada, los segundos se mantienen por compromisos anteriormente contraídos y los últimos se sostienen por ostentación facticia.

Por la circunstancia de ser arte no regulado por ninguna norma ni estar tiranizado por ningún principio específico originó el surgimiento de numerosos eruditos. Cualquiera se considera con derecho a dictar cátedra y a erigirse en propulsor de una actividad que confiere fácil categoría intelectual y nadie puede discutir idoneidad por aquello de que acerca de gustos no hay nada escrito, aun cuando estemos convencidos de que, desde Aristóteles a hoy, fueron hechos todos los planteos.

La enorme confusión reinante impide clasificar con exactitud cuáles trabajos pertenecen a las tendencias de nuevo cuño y cuáles no tienen por qué ser incluidos en ellas. Esa desorientación simula dividir las opiniones hasta tornarlas aparentemente irreconciliables, haciendo suponer que quienes defienden al arte tradicional atacan al contemporáneo, cuando en rigor de verdad son actividades que no se molestan. Unas exaltan el valor de los elementos estimados en su forma con relación al dibujo, a la luz y al color; y, otras, buscan detalles decorativos librándolos a la inventiva. El mal finca en no establecer el auténtico valor estético de cada trabajo, en negar sistemáticamente las bondades de unos u otros, en desterrar o combatir lo académico de la enseñanza y en desplazar unas obras por las otras. El artista tiene necesidad del oficio, incorpora a su labor reglas determinantes de controles que vayan frenando su albedrío para ajustar su tarea a una escuela conocida, con el fin de impedir lo arbitrario o de no caer en lo caprichoso. La

libertad en arte no es absoluta, por estar controlada por la calidad que demandan las diversas expresiones. Al poeta no le bastan ideas para escribir un soneto ni al músico le alcanzan sonidos para componer una romanza; uno y otro someten las creaciones a los preceptos específicos de la respectiva especialidad.

Los trabajos de los cultores del arte contemporáneo nos autorizan a sospechar que han gastado en realizarlos más antojo que arte, porque nos resultan meras especulaciones de laboratorio, muchas veces esclavizadas por la fama de que gozan los autores y otras aparecen torturadas por el afán de demostrar que hay *algo* donde en realidad no pudieron lograr nada. El arte no quedará librado al azar.

En los últimos tiempos, la prensa, el cinematógrafo y la televisión, difundieron muchas técnicas, algunas de las cuales corresponden a los autores más encumbrados, en las que apelan a recursos estrafalarios con el fin de suplantar métodos tradicionales haciendo de las actividades artísticas atracciones circenses, despertando asombro por lo raras, lo pasmosas y desaprensivas, porque generalmente usan expedientes imposibles de adoptar cuando se procede con honesta sinceridad. El artista ha subestimado siempre el recurso por considerarlo reñido con la calidad de su trabajo y cuando se ha visto precisado a utilizarlo lo empleó con pudor y sólo por excepción procurando efectos muy difíciles de obtener con los elementos corrientes.

Los comentaristas insisten en repetir que las expresiones contemporáneas eluden las formas conocidas para estimular los sentimientos, despertando emociones nuevas que no tienen por qué uniformarse ni someterse a explicaciones, puesto que llegan al contemplador dispuesto a compartir su contenido de acuerdo con su propia cultura y el conocimiento que tenga del hecho artístico. Pero, no puede obtenerse nada de la nada y de no guiar a sus autores el propósito de asombrar o desconcertar —que evidentemente consiguen— carecen de finalidad educativa. La exaltación de los colores o la armonía de las formas la dió siempre la representación de la naturaleza sin necesidad de recurrir a inter-

pretaciones abstractas, antojadizas y discutibles. Como elementos decorativos no deben ser debatidos, porque muchos trabajos cumplen ampliamente esa función; otros resulta imposible tomarlos en cuenta, porque no suplen finalidades de adorno, de poesía o de belleza, por concretar motivos repulsivos y desagradables a la vista.

Las artes, lo mismo que las ciencias, desarrollan su acción en órbitas perfectamente delimitadas dentro de las cuales es posible la evolución. Entre ellas se prestan valiosa ayuda y la experiencia particular es, generalmente, un bien común. El arte contemporáneo, al desear las conquistas alcanzadas, se divulga sin ningún parentesco y se erige en actividad libre, sin normas, sin reglas ni preceptos. La libertad absoluta que proclama es al mismo tiempo corruptora y tentadora, porque atrae y provoca a los menos capaces dándoles falsas seguridades de un oficio que desconocen y jerarquías intelectuales que no tienen, porque no trabajan impulsados por el rigor de disciplinas pedagógicamente metodizadas. El dibujo es básico para toda interpretación y sólo después de dominar las formas es factible el cultivo de las bellas artes. Los resultados obtenidos por otros métodos son efímeros y duran mientras subsisten las modas que los alientan. Conviene estar al tanto de las conquistas de la humanidad, pero no todo lo novedoso queda como definitivo por más duradero que lo muestren las circunstancias.

El movimiento contemporáneo de renovación es, por un lado, fruto del momento neurótico que sufre la humanidad y por otro, de una propaganda desusada impuesta para su interesado sostenimiento. Cuando las periodistas y los escritores controlen los elogios, prodigados a granel, irá palideciendo su fingido esplendor y se registrará como expresión de una época de descreimiento, de duda y de tanteos, que servirán para fortalecer la fe y la esperanza en una verdadera evolución que, sin lugar a dudas, llegará algún día.

La realidad alentó siempre la fantasía de los artistas. La Historia del Arte Universal está llena de obras inmortales basadas en el poder de imaginación del hombre,

pero esas visiones son duraderas porque se basaron en cierta lógica compatible con nuestros conocimientos. Poetas, escritores, pintores y escultores, jamás perdieron de vista el orden impuesto por la Creación. Y todo arte duradero seguirá las huellas de los grandes maestros.

CARLOS A. FOOLIA

EL ARTISTA FRENTE A SU OBRA

El problema del artista en medio de los hombres, de su vida, de sus reacciones en sociedad, está íntimamente ligado al problema del artista frente a su obra.

¿Qué se reprocha al artista? La originalidad, la bohemia, la fantasía están en su naturaleza. El mundo en que vive, el mundo del arte, es un mundo cerrado, una torre de marfil en la que se refugia. El artista tiene un temperamento sensible, imaginativo. Sin duda, esta sensibilidad exacerbada, puede cesar en un artista reflexivo cuando medita sobre la creación de una gran obra. Pero, no obstante, se reprocha a estos grandes sensibles falsear la perspectiva del mundo y la óptica de la vida. Así puede preguntarse si el artista es verdaderamente sincero cuando describe o traduce la naturaleza humana. Pero el reproche más grave que se hace al artista es el mundo irreal, el mundo de ficciones que representa. En el pintor, el espacio se reduce a un plano y se inscribe sobre una tela de dos dimensiones: ese es un mundo de trucos, de trampantojos. El teatro es el mundo mismo de la ficción, del artificio; luces de candelillas, artificios del aparato escénico, ficciones espaciales y temporales.

Sin embargo, el artista aclara nuestro destino y descubre nuestra vida. El sentimiento estético podría definirse como el sentimiento, celosamente preservado, del valor del sentimiento. En este sentido, al presentarnos un espejo limpio de nuestra naturaleza, el artista hace del arte lo que los ingleses llaman a *criticism of life*, una crítica general de la vida. Su obra es un plan de vida sugerido, maneras de vivir contempladas. Nos da una comprensión más vasta y más profunda de nosotros mismos y del universo humano: tales, la *Comedia humana* de Balzac o la misma *Divina Comedia* de Dante. El poeta es una conciencia donde se refleja la vida colectiva. Expresa lo que el hombre hace; va más allá de

la sabiduría y la hace deseable. Esta crítica de la vida, esta filosofía, no es únicamente patrimonio de la poesía. El artista plástico compone su paleta, el músico prepara sus acordes; buscan y descubren valores que brindan a la humanidad. Los artistas proporcionan al hombre el placer de gozar, de sentir, de percibir espectáculos y sonidos que existían pero que el hombre no hubiera podido descubrir sin ellos. Nos revelan aspectos del hombre y dan la interpretación de una naturaleza desconocida y elevada. Aclaran nuestro destino, nos descubren nuestra propia vida. Prodigan a la obra los cuidados que llevan al éxito y a la perfección: es la historia clásica de Bernard Palissy que rompe diez, veinte piezas para no guardar nada más que una de ellas. Vivir como artista es vivir en intimidad con una materia, con lo real.

Hay pues, en la persona del artista, el artista y el hombre que no coinciden forzosamente. El artista es el que economiza su sensibilidad, la deja en reserva para la obra. La misma inteligencia del artista, en la actitud estética, es también una sensibilidad, una manera de sentir. Hay, en el goce estético, un modo de vibrar por la inteligencia que podría compararse con la emoción del matemático frente a un teorema. El valor estético existe en lo afectivo, y todo arte nuevo es el descubrimiento de algunas leyes sensibles de nuevos medios para proporcionarnos placer. El artista se adelanta a su tiempo; se proporciona placer a sí mismo y lo proporciona a otros. Goza hoy ante su obra con lo que será quizá el placer de todos dentro de veinticinco años, y apuesta sobre el futuro: es un jugador de nuevo tipo.

A menudo el artista logra su éxito por sorpresa, invento de la imaginación y novedad. Debe referirse a un ideal como a una forma superior, o a un valor, o, por lo menos, a una fantasía. Las normas de composición son, en efecto, esencialmente cambiantes y sensibles. Si se toma la ley en sentido estricto, hay que decir que en el arte no hay ley. En el arte, una de las condiciones del éxito es la personalidad, la originalidad: hay que hacer lo contrario de lo que hacen los demás, y el arte es la expresión de un temperamento. El temperamento me parece de tal manera primordial, en el artista, que éste no ha de tener jamás ideas en sí; lo que hace que una idea sea artística es que

ella no se separa, ni aún en el germen, de una intuición y de un destino formal. Bajo la diversidad de formas y colores, se transparenta con nitidez el rostro de cada uno: el autorretrato. Un ojo ejercitado puede reconocer la manera del pintor, en una cierta repartición de acentos en su obra. El arte, sobre la tela, es el auténtico recorrido de una actividad; es una forma, una confesión de la mano. El artista es un manual, un realizador y un realista. Su arte es distinción de materias, de matices, de instrumentos, de figuras. No halla más cosas. Es preciso que tenga el conocimiento concreto e intuitivo de las mismas; que sepa servirse de ellas. Tiene un realismo que le es útil, cuya función consiste precisamente en tomar las ficciones y convertirlas en cosas. Hay, en él, esa sensación de que, por la obra, el objeto va a lograr su independencia frente a su creador, a tener su propia lógica, a dictar sus órdenes: los personajes de una obra de teatro le mostrarán, a su vez, si él se ha equivocado al crearlos. (Cf. Pirandello, *Seis personajes en busca de un autor*).

Si se trata del poeta, su trabajo no debe ser puramente intelectual ni racional. Debe tratar, por medio de su obra, de suscitar, en su auditorio, emociones determinadas. Pues nada es más móvil e individual que la emoción y el sentimiento y, en esta esfera mueble, el poeta debe tratar de establecer una determinación y suscitar la misma emoción en todos. En la sensibilidad afectiva, si existen leyes, hay igualmente esferas que escapan a la contingencia y a la subjetividad por su carácter universal. Es necesario, pues, que el poeta se dirija a lo que, en nuestra sensibilidad, es universal. Por lo tanto, es menester suprimir lo únicamente subjetivo y transmutar su sensibilidad particular en sensibilidad general. Esto parece presentarse en oposición con la creación lírica en particular, pero un poeta debe ser comprendido y sentido (ya que publica sus poemas) y debe describir emociones universalmente humanas: debe transformarse en un "omnihomo". (Dostolevski).

Hegel nos da una definición del arte en general que consiste en representar y encarnar elementos sensibles en lo intelectual y en lo espiritual. El arquitecto no puede realizar íntegramente esta alianza, pues lo sensible no se encarna íntegramente. El *stimmliches Element* es demasiado fuerte y pesado para fundirse en lo espiritual. El escultor logra una función casi total y completa de los dos

elementos, sin residuo ni falla. Con el poeta, hay de nuevo ruptura, pero lo que predomina es lo espiritual.

Uno de los caracteres esenciales del artista frente a su obra, sobre el cual insistiré para terminar, es el compromiso del artista, que jamás es imperfecto, aun cuando él lo considere así. En efecto, si desea crear una obra jamás es sincero a medias. Lo que engaña es el hecho de que el arte consiste en la "concepción imaginativa de las cosas". Pero ésta es una sensibilidad *imaginativa* del artista y no una sensibilidad *imaginaria*.

El artista es, pues, ante todo, un buscador, un descubridor de valores. Nos trae, con sus obras, nuevos motivos para amar la vida y con ello sirve a la humanidad. Crea de la nada. Salva una música, un perfume, un sabor, y con ello inspira al hombre el goce de ver, de sentir y de percibir.

RAYMOND BAYER
en *L'homme et ses œuvres*.
P. U. F., 1947

Traducción de A. Costa Álvarez de Sapia.

DE LA ARENA AL HUMUS

En la lucha contra la arena merecen atención los ámbitos elegidos, pues la labor debe hacerse con vista al futuro, previendo necesidades. Hay que ver en los bosques una forma natural destinada a complementar la evaporación del agua distribuida en el globo. Funcionan en forma de radiadores desde varios puntos de vista. El follaje constituye el medio natural para hacer que la irradiación de vapor de agua del suelo se multiplique enormemente. Los bosques irradian agua en abundancia, entregan gases necesarios como el oxígeno, que hace posible la respiración y el anhídrido carbónico que, al ser absorbido por los medios naturales, se transforma en minerales y cuerpos organizados. Es el ciclo del carbono que impera. Los bosques irradian las variaciones de temperatura, que la gente interpreta como frío o calor. Modifican, pues, las condiciones térmicas en su interior y también a su alre-

dedor, aunque no en idéntica forma. La acción balsámica, derivada por los aceites esenciales que también irradian en la zona de influencia, es marcada y altamente beneficiosa. Regulan la humedad. Preservan el suelo de los arrastres a que lo someten el agua o el viento. Condensan la humedad atmosférica y obran en forma un tanto oculta, pues el hombre aún no ha llegado a conocer con amplitud todas sus funciones.

No se insistirá en la bondad y hermosura de los bosques. Sólo cabe expresar que en la lucha contra la arena hay que proceder rápidamente. No deben comenzarse las plantaciones en los terrenos erosionados, a no ser, cosa que frecuentemente ocurre, que en medio de ellos existan extensiones capaces de permitir una vida sana a los árboles, por tratarse de tierras bajas, de cañadones o de lagunas, terrenos que ofrecen constante humedad a los pies que se planten. Si esas tierras son elegidas y en ellas se plantan árboles de especies probadas en la región, en forma compacta y con miras a un clareo posterior, el resultado será positivo. En caso contrario, es menester iniciar las plantaciones en forma de montes aislados, de la mayor superficie posible, ubicados en el límite de la zona ocupada por la arena y echando mano de las tierras aún no erosionadas. Las grandes fajas de árboles, que cubren cientos de kilómetros de longitud, de realizarse esas plantaciones, reservarán grandes sorpresas y abundantes trastornos de toda naturaleza. Afianzadas estas avanzadas forestales, el ataque a fondo del mal será factible, con evidente beneficio. El trabajo a realizar consta, para ser completo, de dos fases. Primero, detener la arena; segundo, hacerla fijar, como quien dice, retroceder.

Se desprende de lo que antecede que, sobre el fondo del problema que crea la sequía en nuestro país, no hay discrepancias de opinión. Si todos confiamos en la bondad del árbol para contener la arena, fijarla, transformar en aplos esos suelos hoy estériles, cambiar el clima, etc., ha llegado la hora de proceder con energía, aunando esfuerzos, adoptando medidas prácticas, tendientes a contrarrestar, en primer término, la costumbre, transformada en sistema, consistente en talar montes sin reponer ejemplares. A ello deberán seguir otras disposiciones que toquen el fondo del problema. Cada año que se pierde por no adoptar medidas tendientes a hacer efectivas las

plantaciones, representa pérdida cuantiosa para el Estado y un avance, cada vez más marcado, de la plaga que nos azota. No se trata de resolver un problema que se refiere a un medio inerte; se trata de la vida, del porvenir de los hombres actuales, profundamente afectados ya y, lo que es más serio, del porvenir de esa juventud que el país necesita que sea sana, fuerte, inteligente y con fe. No es entre arenas, guijarros y nubes de polvo de donde han de surgir los hombres del futuro. Ese medio será siempre un peso muerto, un peligro, una amenaza continua. La industrialización actual de la República demuestra que el tiempo de rogar a extraños con el objeto de transformar la materia prima que brinda el campo en los productos manufacturados que el mundo reclama, es situación que corresponde al pasado. Lo que falta para la entera independencia económica del país es bien poco. Por todo ello se advertirá que la lucha en contra de la arena daría lugar a la utilización de brazos de toda clase. La ampliación de los viveros, la creación de muchos nuevos, la fabricación de explosivos para terrenos duros, la construcción de equipos de riego, de perforaciones, de acarreo, y otras actividades similares, señalarán nuevos rumbos, marcarán nueva época, lograrán llevar la alegría de vivir a los lugares donde hoy reinan el pesimismo, la desesperación y la miseria.

Conviene tener presente que los suelos toscos y con subsuelo de tosca, rota ésta y regados los primeros, reservan sorpresas inesperadas por su producción especial. En seis o siete años pueden lograrse, en pleno desierto, montes que por su esplendor y exuberancia pueden competir con los más afamados.

El Estado deberá dotar de equipos de riego, por seis o siete años, a quienes los soliciten y demuestren interés por contribuir en la obra común. Estos equipos deberán inculcir lo menos posible en los recursos de los solicitantes. Usados esos equipos por espacio del tiempo indicado, podrían ser devueltos al Estado que los confiaría a otros agricultores, o podrían quedar en posesión de los primeros, por un precio equitativo, para ser empleados en el cultivo de hortalizas, frutales o forrajes.

En los adelantos de las industrias para la obtención de materiales sintéticos se destaca el empleo de la celu-

iosa. No es necesario insistir en la necesidad de fomentar el cultivo de los árboles. Árboles y más árboles. Lo demás llegará casi solo. En nuestro país se han importado numerosas y variadas especies. En algunos casos el resultado ha sido negativo; en otros, bueno; en algunos, sorprendente. Es necesario no escatimar energías en el sentido de continuar importando semillas o plantitas de cuanto árbol o arbusto se sospeche que puede prosperar en nuestra tierra.

Y al plantar árboles, al formar bosques, habrá que retener aguas que hoy se pierden. En la provincia de Buenos Aires deberán retenerse las que bajando de la serranía inundan actualmente el llano y, por el sistema de canales, se las vuelca al mar con su contenido inapreciable de materiales en disolución, en suspensión y en forma coloidal. Allí van, actualmente, en vertiginosa carrera, las aguas con todo lo bueno que posea la tierra, cada día más pobre. Y hay que formar nuevos caudales para regularlos, administrando el agua, a medida que se experimenta necesidad de ella. Se logrará, igualmente, aumentar las aves de toda clase y los batracios, que poco a poco, por falta de agua necesaria para sus vidas, van desapareciendo con evidente ventaja de las plagas, especialmente de insectos.

El equilibrio que contribuyen a mantener los árboles es tan grande, que influye en todo sentido: la temperatura en los bosques es inferior a la del medio que lo circunda; evitan la irradiación excesiva, contribuyendo a templar el medio; la humedad absoluta es mayor dentro del bosque y en sus inmediaciones, por la exhalación de vapor de agua. Los árboles de hoja caduca proporcionan más vapor de agua que los de hojas persistentes. La falta de viento aumenta la cantidad de humedad. En el interior del bosque la humedad relativa es un poco más elevada que la del campo. Los factores viento, nubosidad y grado de humedad de la tierra, inciden en los fenómenos señalados. Los bosques retienen al máximo la escarcha y las nieblas. En cuanto a la acción depuradora del aire, que realizan los árboles, debe tenerse presente que a medida que el tiempo transcurre deberá ser más activa. No puede llevar a nada bueno el hecho de eliminar árboles mientras aumentan las fuentes de gases tóxicos para la vida. Cuando los continentes se hallaron

colmados de árboles, el equilibrio debió haber sido perfecto. Luego, a la devastación siguieron nuevas fuentes con anhídrido carbónico, de óxido de carbono y otros gases nocivos. Basta tener presente el aumento de aeres humanos, el de los animales y el que proporcionan las industrias para ver con asombro el crecimiento en la producción de los gases mencionados. Este solo punto deba tener fuerza suficiente para hacer que el hombre plante árboles sin limitación alguna. ¿Se hubiera llegado al extremo actual por falta de combustible si los bañados que rodean, por ejemplo, la Capital Federal, hubiesen merecido la atención que significa hincar durante el invierno, una vara de sauce en la tierra blanda, sin esfuerzo alguno? Por allí, en donde un accidente hizo penetrar unos centímetros dentro del barro la rama que a modo de fusta empujó el chiquillo en sus aventuras camperas, se observa el tronco lozano del sauce llorón. Ahí están los bañados de la Ensenada en las puertas de la ciudad de La Plata, con unos miles de eucaliptos puestos con muy buen criterio en los últimos años, pero eso es poco. En donde vive lozano un eucalipto, un sauce, un álamo, es necesario que haya muchos, no millares, sino millones. Las plantaciones, como las obras públicas de otra naturaleza, también pueden dar trabajo a los obreros y movimiento al comercio. La diferencia con ciertas obras de otra clase, consiste en que las primeras producirán beneficio en todo sentido, mientras en las de otro orden no siempre se puede hacer manifestación tan terminante.

Hay que plantar mucho y bien. El sabio ingeniero agrónomo, F. E. Devoto, mostró en forma extensa y documentada, que "la repetida y tan conocida frase: "la gran riqueza forestal", tiene un sentido principalmente botánico y florístico; lo de la gran riqueza forestal es, hay que hacerlo notar, un error, pues si significa riqueza florística no significa riqueza forestal; es decir, que los bosques más valiosos no son, por regla general los que más especies contienen, sino los que, dentro de cualidades propias de las especies que contenga el bosque, su número es más bien restringido".

Las considerables superficies que han permitido la vida del calden en condiciones normales, deberán, poco a poco, ser repobladas por este árbol que no tiene sustituto. La reproducción por semilla es relativamente fácil; hay

que recurrir a ella, sin pérdida de tiempo. El cálden ha demostrado vivir en condiciones normales en suelos que contienen un 90 y 98 por ciento de arena y con una cantidad de agua que en ciertos años ha sido escasamente superior a los doscientos milímetros. Por las condiciones especiales de sus hojas, ramas y tallos, el cálden, con una ramificación radicular que llama la atención por su extensión y estructura, es el árbol que, juntamente con el algarrobo y algún otro, pueden hacer posible, nuevamente, la vida totalmente extinguida después de la tala hecha sin piedad de los centenarios ejemplares eliminados, bajo cuyas copas el colono y las haciendas vivieron por largo espacio de tiempo. El cálden es especie heliófila, de sistema radicular muy extendido y superficial. En consecuencia, no constituye monte compacto sino de pies muy aislados. La semilla se esparce en todas direcciones, conducida por los animales que la consumen sin triturarla, condicionándola, por la acción del jugo gástrico, para una fácil germinación. Constituirá obra de real provecho el cultivo de un árbol tan necesario en suelos arenosos y secos.

ALEJANDRO V. BERGALLI

LA ASCESIS Y LA FORMA

Llegamos a un elemento esencial de la forma: la ascesis. Toda forma al encarnarse exige que su ley se anteponga a la afectividad del artista, a la vez su afectividad de hombre frente a lo dado de lo que la forma se apodera, y su afectividad de creador frente a la obra dispuesta a nacer. Desde que la aprehensión artística existe como principio activo, desde que el trabajo creador ha comenzado, no le queda a lo dado ningún prestigio afectivo: vale según su aptitud o su ineptitud para encarnar la forma. Lo dado afectivo mismo, está sometido a ese solo criterio de valor. Habrá por consecuencia en el artista creador una sumisión total, absoluta, a la forma, un renunciamento a todo lo que quisiera servirle de la forma para difundirse, o hacerse valer, o sobrevivir, o

influir sobre los otros, en lugar de servir a la forma, es decir, muchas veces, de borrarse. Hay, desde el principio de la creación de arte, algo objetivo que se impone, la ley particular de esa creación. Y ese rechazo del artista, ese renunciamento a participar, él, como sujeto psicológico efímero, al modo de existencia ontológicamente definitivo de la obra de arte, pone alrededor de ésta el vacío, el aislamiento necesario para su existencia separada y total. En lo que el hombre experimenta o inventa, hay siempre una parte de indefinido por donde se desliza el infinito. El infinito hincha como un gran viento la vela de no importa qué esfuerzo humano. Pero en arte, se trata de encarnar, y toda encarnación es limitada. Será pues necesario que aun el renunciamento al infinito, en el proceso de la encarnación, le dé una especie de presencia en el seno de la obra limitada; que lo que ha sido sacrificado hable por su ausencia. El ascetismo de la forma deviene entonces un valor expresivo de lo que la forma no puede ni debe contener.

Desde que el romanticismo ha pasado sobre nosotros, apenas si se piensa en Horacio como en un poeta lírico. Ciertamente se está en un error. En la variedad de esta obra, quisiera dedicarme a los poemas flexibles, en los que el elemento más lírico, el que difunde más directamente los movimientos subjetivos me parece que es la composición. Nada menos rígido, menos escolar, y también menos lógico que el encadenamiento de los temas. Y sin embargo, ese encadenamiento no tiene nada de brusquedad intencional, de illogismo efectista. Es muy natural que imite el deslizamiento involuntario fuera del tema por simple asociación de ideas. Lo que prueba que no hay nada de eso, es la coherencia interna de esos temas. Es también el duro trabajo de encarnación en el detalle que se persigue a lo largo de ese "deslizamiento" en apariencia negligente. El tema es a veces ligero, fútil, o al es solemne busca pronto, en general, un aligeramiento. Pero la sujeción métrica es de rigor extremo. Las estrofas, esas "formas fijas" en las que no solamente el número de sílabas, sino también la alternancia de las largas y de las breves son de una regularidad prescrita e inmutable, son verdaderos moldes que preexisten a su

contenido. La estructura técnica es aquí lo dado de lo que la forma se sirve para organizar otros materiales. El molde métrico deviene así un elemento de una forma, de una estructura no técnica, sino artística, en tal estrofa concreta, hecha de tales sonidos, de tales palabras, de tales ecos, etc. Una misma estructura técnica puede servir para la creación de las formas más diversas. Así la estrofa alcaica puede ser utilizada de cien maneras. Los dos primeros versos pueden adoptar una apariencia negligente de medidas para nada, después de los cuales el tercero escande un martilleo solemne e ineluctable, y el último, con su doble aceleración deviene una caída precipitada hacia la catástrofe. Por el contrario, las ligeras aceleraciones al fin de los dos primeros versos pueden dar la impresión angustiosa de una amenaza, y el tercero, regular, marcar entonces el apaciguamiento, mientras que en el cuarto se alejan los últimos remolinos hasta que se instala la calma perfecta. Y así sucesivamente. La estructura métrica está pues al servicio de la forma, como el contenido pensado o sentido, como la textura sonora. Aquí mejor que en otra parte, la *ascesis* aparece en el centro mismo del trabajo creador. Desde el comienzo, el poeta se contiene. Más exactamente, es su "contención" lo que le es dado primero, y el impulso creador nace de una esperanza: lograr izar un molde rígido hasta la existencia artística, es decir libre; lograr hacer coincidir la sujeción de ese molde con el movimiento lírico más flexible; e inversamente, lograr encarnar un movimiento lírico en una necesidad material, así sea la más rígida. Esta rigidez garantiza la mayor exclusividad del resultado, la separación más radical entre la obra realizada y los bosquejos posibles. Ya que es esta destrucción de los posibles, sobre el modo de la existencia estética, que confiere a la obra su carácter de unicidad tal que su necesidad deviene sinónimo de libertad.

El lirismo es indispensable al arte. Es una superabundancia cantante que no quiere ninguna forma, que quiere solamente difundirse. Sin esta generosidad, esta prodigalidad de serlo, y esta profunda amistad por el mundo donde se derrama el canto, no habría arte. Pero tampoco habría arte —ni canto, en verdad— si esta superabundancia de ser se esparciera sin encontrar resistencia.

No habría más que gritos y gesticulaciones. El arte comienza cuando la superabundancia subjetiva tiende a una existencia objetiva, en una materia en la que asume, supera y utiliza las resistencias, las limitaciones, las necesidades extrañas, hasta hacerlas elementos transmodalizados de una obra radicalmente independiente a la vez de la materia ambiente y de la subjetividad. La *ascesis*, en arte, no es otra cosa que la prueba misma de la encarnación. Y la ausencia de *ascesis*, la glotonería en arte, es por el contrario el ardor para evitar la encarnación, la pereza que la contornea, el lirismo que, sin renunciar a su subjetividad, se amplifica, se adorna y miente.

Por eso ningún género artístico tiene tanta necesidad de sujeción como la poesía lírica. El pintor lucha con los colores de su paleta y la materialidad del modelo, y es ya una *ascesis*. El escultor lucha con la pesada resistencia de la piedra, las condiciones de la gravedad y, él también, con la materialidad del modelo: es una *ascesis*. El músico lucha con las leyes tonales y con lo que, en la materia sonora, primeramente no es más que ruido: es una *ascesis*. Pero aquí la resistencia material es ya menos dura de doblegar en materia de expresión, es por lo que las sujeciones artificiales, decretadas, son mucho más estrictas en música que en las artes plásticas. La poesía, ella, tiene por materia el lenguaje, hecho para significar, expresivo por esencia. Frente a ella la resistencia de la materia al esfuerzo de encarnación parece desvanecerse a tal punto que la encarnación parece inútil y se afemina en expresión. Por eso la poesía, si quiere poseer un cuerpo y acceder así a la existencia artística, debe inventar primeramente, como lo dice tan a menudo Paul Valéry, un sistema de resistencia determinado, dado a la manera de la gravedad. El lirismo no puede tener existencia artística más que en verso, significando aquí verso todo lenguaje sometido a leyes sonoras y rítmicas que no vienen del sentido y cuyo sentido debe acomodarse. El novelista puede expresarse en prosa, puesto que, si bien él también utiliza el lenguaje, su "materia" es sin embargo independiente de la expresividad y sometida a necesidades físicas y psicológicas heterogéneas. Trata con paisajes, con actos, con diversos personajes, y por consecuencia objetivos unos en relación con los otros, eventualmente con masas y acontecimientos históricos. Choca así con todo un

mundo, o hasta con mundos de resistencias y de coherencias heterogéneas a la coherencia formal que quiere realizar para ellos. La encarnación, será justamente transformar esas coherencias heterogéneas en elementos constitutivos de la coherencia formal. La novela deberá *mantenerse* en el plano de la acción, en el plano descriptivo, en el plano psicológico (coherencia de cada personaje consigo mismo y de todos los personajes entre ellos), en el plano de las ideas (lo que no es normal para la obra, contrariamente a lo que se piensa a menudo, si las ideas no toman forma), etc. Y todos esos planos deberán mantenerse entre ellos de manera que se sienta por así decir en profundidad el trabajo decisivo de la forma; es ella la que, para encarnarse, ha hecho surgir en la obra, como por encantamiento, tal acción, tal decorado, tal personaje, tal pensamiento, y hasta en el detalle: tal imagen, tal giro sintáctico, tal palabra. Pero el poeta lírico no tiene más que sujeciones inventadas. Por otra parte, le es necesario materializar el lenguaje, normalmente desmaterializado por su significación; de donde la importancia para él de las sonoridades verbales entre las que busca establecer coherencias heterogéneas a las del sentido y sin embargo necesariamente ligadas a él, no por el hábito social, sino por la forma. Se sirve del sentido mismo para dar más precisión material a su expansión lírica: busca evocar cosas o cualidades sensibles mucho más que nombrar estados afectivos. Es así que el lirismo, que se hubiera podido creer condenado por lo que precede, deviene a veces el arte más puro, siendo el que, sin sujeción impuesta por las condiciones mismas de su creación, se da una materia a vencer y alcanza la objetividad encarnada a partir de la subjetividad más oscura.

Hay también casos extremos en que el dinamismo dionisiaco, independiente de las sujeciones técnicas, es bastante poderoso, bastando dirigido hacia la unidad para tener como propia la eficacia de una ley formal. Su intensidad exclusiva basta entonces para crear a la vez una profusión inagotable y aparentemente dispersa de elementos poéticos, y para vencer esa profusión conduciéndolos a todos en un único impulso.

JEANNE HERSCH

L'etre et la forme

Editions de la Bibliothèque S. A.

Neuchâtel, Suiza, 1949

Traducción de Gloria Blanco

ACTUALIDAD PEDAGÓGICA

LA ENSEÑANZA DE LOS NÚMEROS IRRACIONALES

En artículos anteriores afirmé ciertas opiniones acerca de la importancia del método heurístico en la enseñanza matemática y muy particularmente recalqué la necesidad de buscar en el desarrollo histórico de las ideas en el campo de dicha ciencia, criterios seguros para orientar la enseñanza.

El tema del presente trabajo ha sido elegido para mostrar las posibilidades y alcances del plan ya esbozado, no habiendo sido su elección obra del azar sino mérito de sus singulares características y de su notable poder ilustrativo en relación con las ideas expuestas.

Los números irracionales tienen en la Matemática un puesto especial. No pueden situarse junto con otras realizaciones en un mismo plano porque no llegaron a ella para sumarse a las demás, sino para alterarla profundamente.

La matemática griega sufrió el impacto de la aparición desconcertante de los números irracionales y sus hombres se azoraron frente a una cuestión que destruía no solamente una estructura científica sino que planteaba complejos problemas, ajenos, incluso, a ella misma. El desconcierto se ha repetido en otros hombres y en otras épocas pero la magnitud del problema no parece haber afectado a la enseñanza, porque a ellos se llega con un simplismo inexplicable y se los sigue utilizando sin ahondar en la sustancia del asunto.

Cuando se habla de radicación es indudable que los números como 16, 25, 36, etc., que son cuadrados perfectos tienen raíces cuadradas exactas (4, 5, 6). Para otros números, como 5, comprendido entre 4 y 9 cuyas raíces son 2 y 3, no es difícil concebir que su raíz cuadrada tiene que estar entre 2 y 3. Luego, podrá ser dos más una cierta fracción. El quebrado buscado admite la expresión $\frac{a}{b}$. Podríamos ensayar con $2\frac{1}{4} = \frac{9}{4}$. Elevando al cuadrado $\frac{9}{4} = \frac{81}{16}$, fracción mayor que 5 como es fácil reconocer. Luego $2\frac{1}{4}$ no es la raíz cuadrada de 5. El tanteo de valores nos

tomaría un tiempo apreciable, mientras un simple razonamiento nos convencerá de la imposibilidad de encontrar fracción alguna que responda a la condición exigida.

Para empezar admitimos que $\frac{a}{b}$ es irreducible. Si no lo fuera, podríamos simplificarla, llevándola a otra que si lo sería. Si $\sqrt{s} = \frac{a}{b}$ debe ser $(\frac{a}{b})^2 = s$ ó también $\frac{a^2}{b^2} = s$. Si esto es cierto el numerador debe ser múltiplo del denominador, es decir, que simplificando la expresión se obtiene 5. Pero a no es múltiplo de b porque supusimos $\frac{a}{b}$ irreducible. Luego no hay tal $\frac{a}{b} = \sqrt{s}$. Entonces, ¿qué "número" elevado al cuadrado da 5?

Los textos secundarios en este momento introducen la solución. Los matemáticos han creado una nueva clase de números para dar solución a este problema. Se define a los irracionales, se enseña a representarlos, a operar con ellos. Sin embargo, es muy probable que las dudas subsistan y no aparezca nada claro.

Ocurre que el problema es más difícil de lo que se cree. Visto dentro del campo de la geometría nos lleva a la desoladora conclusión de que existen cantidades incommensurables. Cuando nos dan un segmento y una unidad de medida pensamos que si esta última no está contenida un número entero de veces en el primero, siempre existirá una fracción conveniente de la unidad que sí lo esté. La medida del segmento se nos antoja siempre expresable por un racional como $\frac{a}{b}$. Si la unidad cabe 2 veces y "algo más", ese exceso puede ser por ejemplo de $\frac{1}{5}$ de ella, luego $\frac{a}{b} = 2\frac{1}{5} = \frac{11}{5}$.

La aplicación del Teorema de Pitágoras nos convence, sin embargo, del error de la afirmación que considera a todas las cantidades commensurables. También los matemáticos griegos encontraron el problema a través del famoso teorema. Supongamos que en un triángulo rectángulo los catetos miden 1 m. cada uno. La hipotenusa está dada por $h = \sqrt{1^2 + 1^2} = \sqrt{1^2 + 1^2} = \sqrt{2}$. Sin embargo $\sqrt{2}$ al igual que $\sqrt{s}$ es un irracional. Esto equivale a la desconcertante convicción de que la medida exacta es imposible dentro de los números racionales. El sistema métrico nos ofrece infinitos submúltiplos del metro. Nues-

tra hipotenusa mide 1,4 m. o con más exactitud 1,41 m. o 1,4142 m. sin que sea de ninguna manera posible obtener la medida exacta con ninguna cantidad de cifras decimales porque existen infinitas.

Este planteo sencillo de la cuestión se desconoce frecuentemente en nuestras escuelas o se llega a la cuestión sin mayores miramientos, con la violencia intelectual que se comete pasando con superficialidad por temas tan fundamentales.

Como se procede corrientemente en la enseñanza por el principio de autoridad, aunque se pretenda afirmar lo contrario, es fácil hacer tragar al estudiante píldoras matemáticas, aún como ésta, de difícil digestión.

El profesor piensa muchas veces con este criterio: ¿Cómo puede desconocerse tal cosa? ¡Es imprescindible enseñarla! Luego, se enseñan los irracionales a pesar de no reconocerse ni la necesidad de su existencia ni su fundamental importancia dentro de la Matemática. Llegan a la mente del alumno sin una maduración previa, sin una convicción anterior de los hechos básicos que llevan a ellos. Y entonces se los aprende como quien se entera de que los Pirineos están entre España y Francia.

Es un género de fetichismo intelectual que nos mueve lamentablemente a risa. Es uno de los tantos males del enciclopedismo educativo que nos aqueja. Si es posible admitir que estudiantes que van a seguir una especialización técnica inmediata sean escuetamente informados, si el tiempo lo exige, de cuestiones básicas y fundamentales, no se entiende cómo se extiende el mismo criterio a los colegios nacionales, por ejemplo. Dejando de lado a los alumnos que van a seguir carreras científicas, los demás apenas si los necesitan. Prácticamente puede afirmarse que no los requieren en absoluto. Si caben perfectamente en un programa es porque ofrecen inmensas posibilidades educativas que por cierto no se aprovechan.

Para empezar, suele dejarse de lado o considerarse complementario el problema de las cantidades incommensurables en relación con el Teorema de Pitágoras. Como el tema es de "Aritmética" sólo se habla de la imposibilidad de extraer raíces cuadradas de números como 2, 3, 5, etc. Constituiría un verdadero intento revolucionario, por ejemplo, pretender asociar ambos temas de Geometría y Aritmética y realizarlos simultáneamente. La división en

casilleros de materias, capítulos, temas, no entiende de estas unidades fructíferas. Sin embargo, hay una razón poderosa para convalidar una reunión de este tipo: la Historia de la Matemática nos enseña que ambas cuestiones nacieron juntas. Más aún, nos conviene de que merecen una atención cuidadosa y especial, mucho mayor por supuesto de la que reciben en la actualidad.

El problema apareció por primera vez y con toda su dramática intensidad en la escuela pitagórica. Vino a crear una situación difícil para quienes creían edificar toda una concepción del mundo sobre la idea de que no existe cosa a la que no se le pueda atribuir un "número", entendidos los números como nuestros racionales del presente. La longitud de la hipotenusa de que hablábamos anteriormente no es un "número" porque no cabe dentro de la idea que identifica a los números con los enteros positivos o las fracciones.

La historia y también la leyenda aseguran que el descubrimiento de los irracionales provocó un revuelo considerable en el escuela y también secta creada por Pitágoras en Crotona, colonia griega de Italia. De los estudios realizados en el seno de esta curiosa hermandad y divulgados sólo después de bastante tiempo, surgieron junto con una cantidad considerable de errores y fantasías, algunos resultados que pueden considerarse contribuciones grandiosas para la ciencia matemática.

El Teorema de Pitágoras es el más célebre de todos, sin duda alguna. En él se apoya la Geometría para dar validez a una extensa variedad de conclusiones métricas, en las cuales las ciencias han encontrado una incalculable cantidad de aplicaciones teóricas y prácticas. De ese mismo teorema surgió el problema de la irracionalidad. Cuando los pitagóricos se enfrentaron con $\sqrt{2}$ aparecieron frente a ellos dos caminos. "La elección era entre que algunas longitudes no corresponden a ningún número, o que $\sqrt{2}$ y otros irracionales positivos fueran números. Eligiendo la segunda alternativa, los geómetras del siglo IV a. C. pusieron una de las piedras millares en la historia de todo el pensamiento. La gran continuidad del análisis, el sistema del número real, estaba ya a la vista y lo propio sucedía con las paradojas del infinito".

El desenvolvimiento posterior de los irracionales es rico en variadísimas sugerencias que llevan todas al tema común del infinito matemático. Este se presenta en una constante relación con la Filosofía y muestra esfuerzos denodados de los griegos por librarse de algo que es, a todas luces, singularmente inquietante para ellos. Hay sin duda alguna motivos extraños a la elaboración científica en sí misma y es seguro que existe una explicación satisfactoria de esta actitud cuando se la encaja en el denominador común de una particular concepción del mundo, que da sentido desde las obras de arte hasta las posiciones científicas.

De cualquier modo existe una nutrida información que se va agigantando con el correr del tiempo. En los diálogos platónicos, por ejemplo, en particular el conocido como *Teeteto* o *del Conocimiento*, Teeteto respondiendo a una pregunta de Sócrates, nos dice que Teodoro (maestro de Platón) había demostrado la irracionalidad de $\sqrt{2}$, $\sqrt{3}$, etc., hasta 17. No explica el trozo los argumentos empleados, y los historiadores han debatido mucho acerca de él. Sin embargo, como el párrafo dice que Teodoro dibujaba ciertas figuras sobre las raíces, se aventura la posibilidad de que la construcción haya sido la que consiste en partir de un triángulo rectángulo de catetos iguales a la unidad, usar la hipotenusa ($\sqrt{2}$) como cateto de un nuevo triángulo, haciendo el otro cateto también igual a la unidad; la hipotenusa resultante es $\sqrt{5}$ y así sucesivamente, desarrollando una figura en espiral constituida por triángulos rectángulos con hipotenusas $\sqrt{4}$, $\sqrt{5}$, $\sqrt{6}$, etc.²

Esta construcción es tan ilustrativa como didáctica. Junto a ella es posible acumular un nutrido material geométrico y algebraico interesante, pleno de sugerencias y rico en planteos espinosos. La duda matemática obligó al rigor y es probable que ninguna otra cuestión como ésta, haya puesto a sus realizadores en la imperiosa necesidad de

2. Hugo Levi, *Leyenda y Realidad*.

1. Bell, E. T., *Historia de las Matemáticas*.

reparar cuidadosamente los supuestos y el camino de los razonamientos para eliminar toda posibilidad de endeblez en el edificio construido.

El rigor lógico, defendido en la enseñanza con tanto encono y empleado (sobre todo en los primeros años secundarios) con tan porfiada insistencia en la justificación de cosas que aparecen (y son) triviales y evidentes, no puede surgir sino de la convicción de que si la cadena del razonamiento deductivo tiene fallas o puntos flojos, es posible llegar hasta resultados contradictorios con la experiencia sensible. Esto está desgraciadamente olvidado. Nada justifica el empeño por una cosa hasta que no se haya tenido la vivencia de su necesidad. Es absurdo insistir tenazmente en la perfección lógica con quien no siente su real razón de ser y tampoco queda justificado porque se afirme que sus excelencias se descubrirán más adelante.

Pienso que puede elaborarse un programa inteligente, que sea densamente matemático sin ser lamentablemente fastidioso. Creo que las ventajas del razonamiento deductivo a partir de supuestos básicos puede conseguirse a través de una larga y elaborada experiencia matemática, sin violencias y sin imposiciones.

El tema de los irracionales me parece, por ejemplo, singularmente útil. Creo que debe ocupar un lugar prominente en un programa que destaque las cosas esenciales de la Matemática. Esa es la conclusión que imponen, no solamente la Historia, sino también la Didáctica y el sentido común.

GERMAN R. GÓMEZ

LA CORRECCIÓN ORAL

He aquí ante uno al joven que espera nuestro juicio sobre la primera redacción de un trabajo. Puede hacerlo con la timidez del inseguro de sí o con el aire de previa satisfacción del convencido de su suficiencia. ¿Vamos a

decirle: "Joven, este trabajo no vale un pito, es un desastre, un absurdo, una birria; porque, primero, no ha leído usted todo lo que se le dijo que leyera, como mínimo indispensable, fíjese bien, como mínimo **INDISPENSABLE**; ni siquiera ha leído bien lo poco que ha leído; segundo, porque no se ve cual sea el orden que ha seguido usted en él, concediéndole benévotamente que haya usted intentado seguir alguno; tercero, porque usted, joven, se contradice miserablemente al decir en la página tantos tal y en la cuantos no tal, que es, como usted ve, una contradicción en forma; cuarto..."? ...Si tal le decimos, la reacción será, la del convencido de su suficiencia, el resentimiento enconado y el alejamiento; la del inseguro de sí, el abatimiento definitivo y también el alejamiento. Pero supongamos que le decimos: "querido amigo, su trabajo de usted me ha sorprendido por lo bueno; cierto que de usted esperaba más que algo, pero, en fin, no tanto. Pero como todo es perfectible, es posible que quedara aún mejor si usted acabara de leer lo que le dije, que tengo la impresión de que el tiempo le ha sido corto para leerlo todo; o, quizá, para leerlo bien, bien del todo; por otra parte, quizá haría usted bien en destacar más expresamente el orden seguido por usted; tenga usted en cuenta que no todos los lectores son igualmente perspicaces, ni desde luego les resulta nunca tan patente como para el autor mismo lo que para éste lo es sin duda alguna; también, me ha parecido advertir que en las páginas tantos y cuantos se ha expresado usted, sin duda por efecto de la distancia entre ellas, en una forma que pudiera hacer pensar en una contradicción, en la que seguramente no iba a incurrir usted de quien no sé que sea enemigo declarado del principio de contradicción; en fin..." Si así le hablamos, es lo más probable que si estaba inseguro de si mismo a sentirse algo seguro; o que no deje precisamente de estar convencido de su suficiencia. En suma, no abatir, sino estimular.

JOSE RAO.

Confesiones postumales.
Tumbó, Méjico 1958.

EL ARTE EN EL MUSEO

En el mundo cambiante en que vivimos, un papel educativo de primer plano incumbe a los museos de arte. Si sus funciones esenciales son reunir y conservar las riquezas artísticas del mundo y enriquecer por la investigación la suma de los conocimientos humanos, deben también contribuir a la educación del público. ¿Cuál es, pues, la naturaleza y cuáles son las características de la contribución que pueden aportar?

Por el hecho de que los museos de arte difieren entre ellos por su importancia, por la naturaleza de sus colecciones, por el género de comunidades a las que sirven, su contribución a la educación del público reviste formas diversas. Algunos se consagran más particularmente al arte moderno, otros a la herencia del pasado. Unos exponen principalmente pinturas y esculturas, mientras que otros consideran la fotografía, el cine y el dibujo industrial como resultantes del arte. Cualquiera que sea el género de las colecciones, tienen un carácter común: están todas constituidas por especímenes de las altas realizaciones creadoras del hombre. ¿Cómo estas obras preciosas pueden contribuir al progreso y al desarrollo de los individuos y de los grupos, y cuál es la mejor manera de utilizarlas en favor de este desarrollo?

El museo contribuye a la educación artística de tres maneras principales: en primer lugar, interpreta las obras de arte a fin de hacerlas comprender, apreciar y gustar más; en segundo lugar, estimula el empleo de estas obras para desarrollar el sentido estético; en tercer lugar, se sirve de las obras de arte para inspirar nuevas creaciones. Estos tres aspectos del programa educativo de los museos se encuentran generalmente combinados en las actividades particulares que emprenden.

Entre los múltiples métodos de interpretación de las obras de arte, el más corriente en los museos es el de las conferencias. Cuando se trata de niños, muchas variantes de este método conocen un favor particular. Una de ellas consiste en plantear a los alumnos, después de la conversación, una serie de cuestiones propias para provocar comentarios, análisis e interpretaciones. Otra con-

siste en reemplazar la conversación por una discusión que abre y que dirige el conferenciante del museo. Disponiéndose para conducir a sus alumnos a cambiar libremente sus ideas, el maestro llega a estimular la reflexión personal mucho mejor que por sus cursos *ex cathedra* que concluyen generalmente en una aceptación pasiva de las opiniones expresadas por el profesor. Es a veces posible, durante una conversación o una discusión, hacer circular entre los alumnos algunos objetos originales en cuestión. Para el niño como para el adulto, el hecho de tener en la mano una madera melanésia esculpida, una teja persa o un encaje de Bruselas, intensifica el interés y facilita la comprensión. Se puede dar un carácter aún más personal a este género de experiencia haciendo por ejemplo probar a los alumnos un kimono japonés o un casco medieval.

Otra variante del método de las conferencias consiste en hacer exposiciones prácticas sobre ciertos procedimientos de ejecución. Este género de exposición dirige la atención sobre los aspectos técnicos mucho más que sobre la expresividad de las obras, pero ayuda mucho al alumno a apreciar mejor el trabajo del artista.

Algunos museos emplean cada vez más el sistema de las exposiciones interpretativas que, en forma de leyendas explicativas o "condensadas", ya presentan toda una exposición o una galería, ya comentan toda la obra de un artista o tal obra en particular. En el Museo Metropolitano de Arte, de Nueva York, se ha colocado cerca de la entrada de una sala de porcelanas chinas un panel que expone toda la manera de fabricar esos vasos, y especialmente de darles sus formas y sus colores. En el museo de la Universidad de Pensilvania, en Filadelfia, en una sala que contiene preciosas piezas arqueológicas del antiguo Cercano Oriente, hay no solamente etiquetas para cada objeto, sino también noticias explicativas de carácter general. Este método tiene la ventaja de dar a cada uno la posibilidad de instruirse sobre las cosas que le interesan y al ritmo que le convienen. Tiene también la de satisfacer la curiosidad de un más grande número de personas, lo que no permiten hacer las visitas-paseos bajo la conducción de un conferenciante.

Las expropiaciones que gravitan alrededor de un tema particular —ya sea el conjunto de las obras de un artista, una escuela de pintura, o un período histórico— se prestan particularmente bien a una presentación viviente y al empleo de métodos de interpretación eficaces. A este respecto, el Museo de Arte Moderno, de Nueva York, ha mostrado el camino, y muchos museos americanos, a su ejemplo, han ensayado con éxito, diversos modos de presentación. El Instituto de Arte, de Chicago, ha dispuesto una sala especial, llamada Gallery of Art Interpretation, en la cual exposiciones presentadas de una manera propia para clarificar las ideas y para sorprender la imaginación, ayudan al público a comprender diversos aspectos del arte. Una de ellas, titulada "How Real is Realism?" mostraba, gracias al empleo de procedimientos nuevos, las posibilidades del realismo en el dominio del arte.

En las exposiciones especiales y también a veces en salas permanentes, se esfuerza por diversos medios, por romper la monotonía de las salas rectangulares tradicionales. Entre las innovaciones de orden arquitectónico, hay lugar para mencionar, los tabiques móviles, las pantallas, los tabiques en aristas, las tabillas suspendidas, las vitrinas encastradas del tipo vitrina de tienda. Se puede igualmente agregar interés y variedad a una exposición, iluminando vivamente ciertos objetos con la ayuda de proyectores y empleando fondos de un color y de una textura particulares.

En la hora actual, muchos museos organizan regularmente, con la intención en los niños, exposiciones graduadas, cuyo rotulado responde a la edad de los visitantes y cuyos temas, ilustrados según los procedimientos mencionados arriba, son de naturaleza para interesar a la juventud. El Museum of Art, de Baltimore (Maryland), ha organizado exposiciones para niños conduciendo, por ejemplo, hacia la composición en la naturaleza y hacia "El circo en el arte". En el Metropolitan Museum of Art, de Nueva York, la exposición titulada "Farm on Fifth Avenue", presentaba pinturas de animales domésticos, debidas a artistas de diferentes épocas y de diferentes países del mundo.

El museo puede igualmente extender sus actividades fuera de sus muros. Con este fin, muchos medios se le ofrecen: exposiciones prestadas y exposiciones itineran-

tes, publicaciones, emisiones radiofónicas y televisadas, etc. Los préstamos y la puesta en circulación de piezas de museo se han desarrollado considerablemente desde hace algunos años. Los préstamos varían en importancia: ya se llena un vehículo con obras de maestros antiguos, destinadas a una universidad alejada, ya se confía al director de una escuela primaria vecina la alfarería india que le servirá para ilustrar una lección. El género de préstamos más eficaz es el de cajas-exposiciones o exposiciones itinerantes, donde las piezas originales son completadas por fotografías, reproducciones y etiquetas explicativas, y que es fácil instalar en las escuelas y las bibliotecas. Las exposiciones de este género se organizan alrededor de un tema central; a este respecto, se parecen a las exposiciones especiales de las que se ha hablado más arriba, y presentan además la particularidad de ser muy "condensadas" y fácilmente transportables. Algunos museos han instituido un sistema de abonos a estas exposiciones, el precio del abono no representa a veces sino el gasto de expedición. En algunas ciudades, el museo, organiza, de acuerdo con las autoridades escolares, exposiciones que circulan de una escuela a otra.

Para extender su acción, el museo puede igualmente publicar libros, catálogos de exposiciones especiales, reproducciones, cartas postales, etc. Las reproducciones de pequeñas esculturas, de cerámicas y de joyas, que venden muchos museos, conocen un favor creciente en el público.

La televisión ofrece al museo otro medio, que ya ha empleado, de extender su campo de acción. Aunque se está aún en este dominio en el estado experimental, se han utilizado con éxito, para muchos programas de televisión, colecciones de museos. Diversos métodos han sido aplicados. En uno de los programas —una pieza histórica— los actores llevaban armaduras y vestidos que, como los accesorios de los que se servían, provenían de las colecciones de un museo. En otro, un grupo de expertos hacía la crítica de una obra de arte. En otro aún, a fin de estimular la actividad creadora de los niños, se mostraban jóvenes alumnos dedicándose a un trabajo de creación artística bajo la dirección de un profesor. La televisión ofrece muy vastas posibilidades que no han sido explotadas hasta el presente, y que, con la aparición del color, se extenderán todavía.

Uno se pregunta a menudo qué lugar deben ocupar los cursos de creación artística en la actividad del museo de arte. ¿Conviene organizarlos para los niños y los adultos? ¿O es necesario limitarse a las otras actividades de las que hemos hablado? No parece posible responder a esta cuestión de una manera que sea válida en todos los casos. Allí donde las escuelas no dan una educación artística suficiente, el museo puede desempeñar un papel extremadamente útil organizando para los niños cursos de creación artística. También cuando la educación artística dada en la escuela es de un nivel elevado, subsiste la necesidad de organizar una enseñanza complementaria para los alumnos que muestran disposiciones particulares o un gusto marcado por las artes. El museo, por su naturaleza, ofrece la materia de experiencias artísticas particularmente intensas y provechosas.

El museo de arte tiene, pues, un papel útil y preciso que desempeñar en la educación. No se podría desconocer, en efecto, que el desarrollo de la personalidad depende, en una gran parte, del desarrollo del sentido estético y de las facultades creadoras. El museo de arte, depositario de las realizaciones de los grandes artistas de ayer y de hoy, dispone de todos los medios necesarios para desempeñar este papel.

CARL E. HILLER

Publicado en *Art et Education*. Unesco.

Traducción de Balbino Raydel Enriquez.

EL TRABAJO POR EQUIPOS EN LA EDUCACIÓN SECUNDARIA

El trabajo por equipos es un método pedagógico tendiente a desarrollar en toda su integridad la personalidad del educando, al mismo tiempo que quiere incluir a esa personalidad en la realidad de la sociedad en la que actúa.

Cómo funciona un equipo.—Cada equipo de trabajo tiene su propia dinámica. El maestro debe influir para orientar esa dinámica, permitiendo todas las posibilidades de expansión y exteriorización. Dará los lineamientos

generales, así como los detalles técnicos necesarios para el normal trabajo de cada equipo, pero dejará que la colaboración intragrupal, permita dar sus frutos. Dentro del grupo o equipo de trabajo, la división de la tarea se compagina casi sin esfuerzo alguno y la colmena trabaja con unidad y fuerza interna. Al término del trabajo, la confrontación de cada tarea, realizada conjuntamente con el maestro, integrará los conocimientos que se han adquirido en cada plano y en cada especialidad, dando una posición de totalidad que el conjunto del equipo adquirirá definitivamente. Esta es una de las grandes realidades del trabajo por equipos, cada componente aporta su región de conocimientos y el todo, adquiere la suma integrándose cabalmente en el tema del trabajo. Un equipo funciona bien cuando cada uno de los integrantes colabora en la tarea total, parcelizando su búsqueda o su esfuerzo al renglón o la zona que le ha correspondido. Vale esta afirmación para la tarea intelectual, como para la manual.

Hemos realizado trabajo de equipos en problemas intelectuales y hemos visto trabajar en los colegios industriales a equipos manuales; en ambos casos, cuando el maestro ha sabido apoyar el perfil de cada especialización que inmediatamente se define en cada componente del equipo, cuando ha sido capaz de descubrir sus potencias creadoras, y apuntalar el sentido de colaboración, cuando ha actuado como amalgama de todos, ha realizado la tarea fecunda de crear un universo donde la labor es posible, y el hombre aprende a ver el mundo donde después va a desarrollar su existencia. El maestro forma así una colectividad que aprende a ser útil para sí y para los demás.

Cómo actúan sus componentes.—Cada uno de los integrantes de un equipo es el equipo en su totalidad. El maestro debe desarrollar esta idea, al tiempo que manifiesta con exactitud las limitaciones que todos presentarán frente al problema en estudio o en realización. Y debe aprender para siempre, que está actuando en función de psicoterapeuta aun cuando no se lo proponga y que de su tacto y de su afecto depende no solamente el éxito de la empresa señalada, sino seguramente también el destino psíquico de los componentes del equipo.

En cada labor el maestro coloca su sello y va estructurando con su participación la personalidad de quien está bajo su tutela intelectual y afectiva. El equipo es una interrelación de afectividades y un juego de afinidades y rivalidades que le toca al maestro manejar. Los alumnos intervienen casi siempre con pasión y con celo. Están ayudados por la emulación que los empuja a rendir más. Ponen más frente a sí y a los otros, los conflictos afectivos subconscientes que afloran con mayor nitidez y pueden ser más fácilmente comprendidos y canalizados. Los adolescente pasivos, así como los perezosos y los dominantes, se confunden en el interés común por la acción, dejando en la tarea muchas de sus inhibiciones o de sus agresiones, que facilitan su comportamiento al ser bien canalizadas por el maestro o profesor que comprenda su labor intelectual y psicoterápica. Un grupo de trabajo, es siempre un grupo que vive, siente, quiere y a veces odia. Por eso es un grupo de enseñanza y de educación. Se investiga y se aprende, al tiempo que se rivaliza y se puede ayudar a resolver conflictos internos.

Cousinet ha dicho que "la experiencia demuestra que los jóvenes perezosos no quedan satisfechos con dejar trabajar a los demás, a los más emprendedores y vivir a remolque de ellos", y toda la experiencia de los pedagogos coincide en afirmar que más del ochenta por ciento del alumnado perezoso, deja de serlo en el trabajo por equipos. Nosotros también hemos corroborado esta proporción, notando que se ha conseguido una nivelación del curso, una armónica incorporación de conocimientos, y sobre todo, una marcada desaparición de los rezagados en la tarea del aprendizaje.

Piaget enseñó que los "mal adaptados al trabajo escolar son casi siempre inadaptados sociales" que reproducen en el ámbito escolar las "minusvalías" sociales que anotó Alfred Adler. No cabe ya ninguna duda de esta afirmación, y el trabajo por equipos permite poner al inadaptado frente a una realidad de tarea en común, que bien manejada por el maestro, tendrá que transformarse en una realidad comprensiva, cordial, sin hostilidades, que acepte, incorpore y unifique al alumno mal adaptado, con todos. Aquí es donde el valor del equipo se mide en realidades concretas e importantes. Aquí es

donde hemos visto las más teatrales de las conversiones. Volvemos a repetirlo, dependen fundamentalmente del valor psicoterapeuta que asuma el maestro o profesor. Un equipo es una sociedad que está funcionando. Si alguien requiere una interpretación de su incomodidad o inadaptabilidad, solamente el maestro puede darla o intentarla.

Conclusiones prácticas.— Hemos empleado el trabajo por equipos con toda dedicación y podemos afirmar que por este camino, la escuela viva, la pedagogía moderna, se acerca a una realidad social que es necesario estructurar en la comprensión y el trabajo gustoso y compartido. Lo hemos aplicado en todos nuestros cursos de educación democrática y de higiene, con alumnos de segundo y de cuarto año. Hemos seguido tres esquemas fundamentales para la formación de los equipos: 1) Equipos formados directamente por el profesor; 2) Equipos sugeridos por los alumnos y el profesor; 3) Equipos de formación libre por los alumnos.

En el primer caso, trabajaron los equipos en forma aceptable, pero se encontró aquí la mayor cantidad de inconvenientes en su integración y comprensión. La distancia de la vivienda, el desentendimiento, las incompatibilidades, atentaron en gran proporción contra la buena marcha de este tipo de grupo. Los otros dos estilos de integración se completaron con un éxito casi total de la tarea consignada. Se trabajó sobre temas en relación con los respectivos programas de la materia que cursaban sus componentes, sobre la base de la bibliografía existente en las bibliotecas del colegio "Bernardino Rivadavia", de la Universidad del Sur, y con algunos libros y folletos de fácil adquisición en los comercios de Bahía Blanca. El profesor participó de la búsqueda inicial en los ficheros de las bibliotecas consignadas, a efectos de enseñar a los alumnos el sistema de trabajo, la forma de resumir las fichas, la organización de las mismas, y el encuentro de nuevas fuentes de bibliografía o de información. En todos los casos, pocas reuniones conjuntas en los lugares de trabajo sirvieron para que los componentes de los equipos entraran en poder del método de trabajo. La redacción final del trabajo corrió por cuenta exclusiva del equipo. Al final de la tarea, la discusión

entablada en torno al tema, así como preguntas concretas sobre el mismo y colaterales del trabajo realizado, comprobaron la absoluta realidad del aprendizaje, así como la profundidad del conocimiento alcanzado. Es digno de acotar que hoy, a casi un año de esta experiencia, profesores actuales de esos alumnos manifiestan su extrañeza, ante algunos tópicos desarrollados en esa obra de equipos, por la seriedad de los conocimientos adquiridos por esos alumnos y la firmeza de los mismos.

Como conclusión personal podemos decir, fundamentados en un trabajo de encuestas que luego hemos realizado y tabulado, alrededor de este trabajo, donde se recibieron más de ciento veinte encuestas, que en ninguna de las clases, ni en ninguna de las lecciones desarrolladas a lo largo de todo el año, ni siquiera un solo alumno pudo llegar al grado de perfeccionamiento en el tema, que alcanzaron la casi totalidad de los que trabajaron en aquellos temas de la tarea por equipos. Es cierto que este método de trabajo exige al educador tiempo, amplios conocimientos bibliográficos, gran conocimiento del tema y sobre todo una profundidad psicológica bien afirmada. Pero también es cierto que si tales condiciones se dan, nos permitimos afirmar sin duda alguna, que estamos en presencia de una herramienta de labor muy superior a las utilizadas actualmente en la educación argentina.

FLOREAL A. FERRARA

EDAD CRONOLÓGICA PROMEDIO EN LOS SIETE GRADOS DE LAS ESCUELAS PRIMARIAS DEL MINISTERIO DE EDUCACIÓN DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES (1957)

La edad promedio de los alumnos de la escuela primaria constituye un dato de mucho interés para los estudios de los problemas de la educación. Esta información debiera gravitar sobre diferentes aspectos vinculados a la elaboración de los programas escolares, adecuación de la enseñanza a los niveles de madurez de los alumnos, preparación de los textos escolares, sistema de promoción, etc. La variedad de edades en cada uno de los grados es otro dato importante para los aspectos mencionados.

El Instituto de Investigaciones educacionales del Ministerio de Educación de la provincia de Buenos Aires ha calculado la edad promedio y desviaciones standards correspondientes a los siete grados de la escuela primaria bonaerense, de acuerdo a su población escolar del año 1957¹. La información estadística utilizada presenta ciertas limitaciones que imponen carácter provisorio a las tablas que resumen los resultados de este estudio. Son ellas: 1) en el extremo superior —6º grado— se incluye a los alumnos entre 9 años y 14 y más años, sin especificar el número de alumnos de más de 14 años y 2) sobre un total de 618.378 alumnos, de 1er. grado inferior a 6º grado inclusive, se incluyen 5.172 alumnos pertenecientes a las escuelas de niños excepcionales dependientes de la Dirección de Enseñanza Primaria Diferenciada. Como este número no alcanza el 1 por ciento

TABLA I. EDAD PROMEDIO Y DESVIACIÓN STANDARD POR GRADO EN 618.378 ALUMNOS DE AMBOS SEXOS DE LAS ESCUELAS PRIMARIAS DEL MINISTERIO DE EDUCACIÓN DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES (1957).

GRADO	E D A D		E D A D		Diferencia de edad en meses (")
	Promedio de edad en años y meses	Desviación standard	Promedio de edad en años y meses	Desviación standard (en meses)	
Sexto	12,6	0,88	12 a y 7 m	11	10 meses
Quinto	11,73	1,05	11 a y 9 m	13	11 meses
Cuarto	10,90	1,18	10 a y 10 m	14	13 meses
Tercero	9,73	1,38	9 a y 9 m	17	8 meses
Segundo	9,00	1,59	9 a y 1 m	19	10 meses
Primero Sup.	8,05	1,40	8 a y 1 m	17	15 meses
Primero Inf.	8,88	1,33	8 a y 10 m	16	—

(¹) Entre su grado y el inmediatamente superior.

de la población escolar utilizada —6,83 por ciento— no creemos que pueda gravitar de manera suficiente como para corregir significativamente las edades promedios y sus desviaciones standard.

La Tabla I permite formular las siguientes observaciones:

a) El promedio de edad de los alumnos de primer grado inferior es de 6 años y 10 meses. Por disposiciones reglamentarias, los niños pueden ingresar a primer grado inferior a partir de los 5 años 6 meses al 1º de marzo, fecha base de la iniciación del período escolar. Teóricamente, la edad promedio debiera ser mucho más baja. Esto no ocurre debido al gran número de repetidores en primer grado inferior. En un estudio realizado y que se publicará próximamente, de 1840 alumnos que no aprobaron primer grado inferior al finalizar 1957, quinientos cincuenta y tres ya lo habían repetido el año anterior, o sea, en 1956. La Tabla II muestra que en primer grado inferior el 52,68 por ciento solamente, tiene seis años; que el 26,73 por ciento ya tiene siete años y que un 10,85 por ciento tiene ocho años. Esto determina un aumento apreciable en la edad promedio del grado. Ningún otro grado tiene la elevada cuota de repetidores de primer grado inferior. Resulta así, que desde el punto de vista de la edad de sus alumnos, primer grado inferior es el grado más heterogéneo de la escuela primaria bonaerense. Este hecho se refleja cuando se convierte la desviación standard (1,33) en coeficiente de variación ($DS \times 100/M$), el cual alcanza el valor 19,6, el más alto de todos los grados;

b) La diferencia entre el promedio de edad de los alumnos de primer grado inferior y primer grado superior es de 15 meses, o sea, la diferencia más grande comparándola con la de cualesquiera otros dos grados sucesivos. La diferencia menor se encuentra entre segundo y tercer grado;

c) En la provincia de Buenos Aires, en el año 1957, el 28 por ciento de los alumnos inscriptos en primer grado inferior tuvieron que repetir grado en 1958. De estos repetidores, un por ciento similar ya lo han repetido una vez por lo menos. Esto determina que, al pasar a primero

TABLA II. PORCIENTO (%) DE ALUMNOS DE AMBOS SEXOS CON DIFERENTES EDADES POR GRADO ESCOLAR DE LAS ESCUELAS PRIMARIAS DEL MINISTERIO DE EDUCACIÓN DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES.

EDADES GRADOS	6	7	8	9	10	11	12	13	14 y más	Totales de alumnos por grado	Edad promedio por grado en años y meses	Desviación standard por grado
	1º grado	2º grado	3º grado	4º grado	5º grado	6º grado	7º grado	8º grado	9º grado	10º grado	11º grado	12º grado
1º grado	52,68	0,00	0,00	0,00	0,17	7,71	42,31	31,09	18,48	52,449	12 a. y 7 m.	1,33
2º grado	0,00	0,00	0,00	0,00	0,17	40,81	29,70	14,95	7,16	64,012	11 a. y 9 m.	1 a. y 1 m.
3º grado	0,00	0,00	0,00	0,00	0,17	28,03	16,17	7,29	2,99	76,434	10 a. y 10 m.	1 a. y 3 m.
4º grado	0,00	0,00	0,00	0,00	0,17	15,23	8,77	3,66	1,88	89,500	9 a. y 9 m.	1 a. y 5 m.
5º grado	0,00	0,00	0,00	0,00	0,17	8,39	4,38	1,32	0,92	96,899	8 a. y 1 m.	1 a. y 7 m.
6º grado	0,00	0,00	0,00	0,00	0,17	2,91	1,89	0,62	0,47	102,721	8 a. y 1 m.	1 a. y 5 m.
7º grado	0,00	0,00	0,00	0,00	0,17	1,17	0,59	0,26	0,29	132,333	6 a. y 10 m.	1 a. y 4 m.

Conclusiones.—Los hechos revelados por este breve estudio estadístico de la edad de los niños en los diferentes grados, señalan hechos que necesariamente deben gravitar en la marcha de nuestra escuela y que es urgente comiencen a ser considerados en un conjunto de aspectos que comprenden desde la organización escolar hasta el sistema de promociones.

NICOLÁS M. TAVELLA.

1. Se ha adoptado la D. S. como medida de la variabilidad que presentan las edades de los alumnos en cada grado del ciclo primario. Cuanto mayor es el valor de la D. S. más variadas son las edades para cada grado, es decir, más heterogéneo es el grupo de los alumnos respecto de la edad.

EL CÍRCULO EN EL LENGUAJE GRÁFICO INFANTIL

El primer intento de representación de una imagen se traduce, en el niño, mediante formas más o menos circulares.

A eso de los dos años, un redondel es "papá", "mamá" "nene", "gato"... todo el universo infantil indiferenciado.

(Antes de esta edad, y quizá, en algunos casos, desde los seis meses, el grafismo infantil se limita al trazado de líneas más o menos rígidas, más o menos apoyadas, que llamamos garabato).

Esos cuasi-círculos varían, entre sí, en cuanto a su aspecto gráfico, de un niño a otro, del mismo modo que las escrituras de los adultos.

Tales diferencias de trazado corresponden ya a rasgos individuales de orden psicosomático.

En efecto, el niño sano, exuberante, extravertido, lleno de círculos toda una hoja, mientras que el de constitución débil, tímido, apocado, dibuja temblorosos, tenués y pequeñitos redondeles, generalmente en uno de los ángulos superiores del papel. El que es entusiasta y activo, aumenta paulatinamente el tamaño de sus redondeles y aprieta con fuerza el lápiz, en tanto que el apático apenas lo apoya, por lo que sus trazos se destacan poco.

Todas estas características, que muchas veces pasan inadvertidas para la generalidad de los adultos, están ya informando sobre la personalidad del niño.

Son rasgos gráficos que no sólo responden a movimientos manuales sino también a órdenes emanadas directamente del cerebro y que, por tal motivo, contienen un profundo significado psicológico que es importante interpretar correctamente.

A esta primera etapa del lenguaje gráfico, expresado principalmente por medio de formas circulares, James Sully lo ha llamado "estado-célula". La denominación no puede ser más acertada.

En efecto, el círculo es como una célula viva, a la vez origen y meta de la evolución.

Como origen, permite la derivación hacia toda forma.

Como meta, las sublimiza en sí a todas, también.

En el primitivo círculo infantil, el ritmo es acelerado y quizá por eso todas las imágenes que él encierra, al girar, se confunden, atraídas hacia el centro por un movimiento espiral involutivo.

A esta edad, el lenguaje gráfico reproduce patéticamente el caos psíquico en que se debate la personalidad infantil.

Cuando el primitivo impulso vital se pone en marcha hacia la evolución, el rasgo gráfico se desprende de ese centro de atracción y huye hacia la periferia.

Aparecen entonces los rasgos centrífugos hacia arriba y a la derecha, principalmente.

El ritmo del movimiento centrífugo disminuye y del caos primitivo comienzan a surgir las formas.

La primera es el cuadrado. Éste, representa casi siempre "mi casa".

Al pasar del círculo al cuadrado, el niño expresa, inconscientemente, que ya ha conseguido orientarse. Es por eso que ubica las cuatro direcciones fundamentales: arriba, abajo, derecha e izquierda.

Tal vez este recinto o casa —imagen arquetípica de la infancia del hombre— no sea sino la representación simbólica del edénico jardín con sus cuatro corrientes de aguas vivas —imagen arquetípica de la infancia de la Humanidad.

A partir de este momento, todas las demás formas se suceden, perfeccionándose, combinándose, completándose.

La transición de la dirección del rasgo que, de involutiva pasa a evolutiva, de círculo a formas diferenciadas, es importantísima, pues marca el primer paso del niño hacia un normal desarrollo mental.

Ella se cumple entre los dos años y los tres.

Puede haber una postergación de meses pero no más. A los cuatro años, un niño normal ya debe haber salido, definitivamente, del estadio-célula.

Cuando, posteriormente, a partir de los seis años, el niño comienza a expresarse por medio de la escritura, que no es sino la reproducción esquemática de toda su imaginaria individual, simbolizada en signos más o menos convencionales, éstos, y especialmente las *a* y *o* minúsculas siguen guardando, en su variante redondez, el contenido primitivo del círculo-célula individual.

Tanto en la escritura adulta como en los garabatos infantiles, la tarea primordial del grafólogo consiste en determinar si el movimiento escritural sigue, normalmente, su ciclo evolutivo, o si, por el contrario, se estaciona o retrocede, para deducir, de este análisis, la marcha del desarrollo psíquico.

Tal control objetivo del psiquismo infantil es particularmente interesante de realizar durante los primeros años, en el periodo preescolar, a fin de evitarle al niño futuras inadaptaciones y aún fracasos y permitir, al mismo tiempo, la oportuna aplicación del tratamiento terapéutico correspondiente.

Laura B. Cotta de Varela

LECTURAS

MIS DISCÍPULOS

Mis discípulos fueron mis hijos; son todavía mis hijos. Estudié junto con ellos. Me hice bueno al lado de ellos. Toda la luz de mi espíritu, la encendieron ellos. Yo les conduje por la mejor senda en recompensa de enorme

beneficio que me rindieron. Les puse tanta energía, tanta noble energía dentro de sus corazones, como para que fueran buenos, no diré ya durante los sesenta fugitivos años de una vida normal, sino durante cien vidas centenarias, buenas y bellas. Si alguno de tantos ha perdido el impulso ha de estar en condiciones, todavía, de retornar al bien, al primer llamado de su viejo maestro.

Les enseñé a olvidar las ofensas. Les hice amar la verdad con todo su ser. Ningún discípulo mío, mientras fué mi discípulo, mintió ni una sola vez, ni aun para salvarse de las más amargas consecuencias.

Les aferré a la escuela con tal pasión que una gran parte de ellos vieron salir el sol todos los días desde los patios de la misma. En aquella casa el amor a la vida, el amor a las cosas, el amor a los seres, el amor a las grandes abstracciones tomó los caracteres de una obsesión, asumió las proporciones de una concurrencia, de una invasión, de una asistencia perpetua de bellísimos fantasmas alrededor de todas las cabezas. En ella, en esa casa, en aquella escuela, se amó intensamente, intensísimamente, a los padres, a los hermanos, a los amigos, a los vecinos, a los compatriotas, al hombre, al progreso, a la justicia, al bien, al universo y a Dios. Fué el punto de la tierra donde se congregó, por espacio de dos o tres años, la duma más admirable, más armónica, más hartamente humana que se haya conseguido nunca!

Dirigí a mis discípulos con la discreta, firme solicitud de un padre —a pesar de mi juventud de aquel entonces—, y derramé sobre cada uno de ellos las prodigias atenciones, las delicadas previsiones de una madre amorosa; ésa es la palabra y no la retiraría ni aunque me valiera las sonrisas más vilmente irónicas.

Les lavé sus rostros y sus manecitas, les peiné artísticamente sus cabellos, les cosí los desgarros de sus ropas, les di las mías, les pasé mi pan, les lustré los zapatos con mis ropias manos... ¡más no pude hacer!

Si alguno de los que concurren a la escuela esa, a mi escuela, está presente en esta sala —ya procreto y tal vez cargado de hijos y de dolor—, no solamente no se atreverá a desmentirme, sino que —no puedo dudarlo— me ha de estar contemplando desde su asiento con los ojos empañados por las lágrimas.

ALMAFUENTE

ORACIÓN SOBRE LA NECESIDAD DE UNIR EL ESTUDIO
DE LA LITERATURA AL DE LA CIENCIA

¡Dichoso aquel que aspirando a igualar a estos hombres célebres, luchare por alcanzar tan preciosos talentos! ¡Cuánta gloria, cuánto placer no recompensará sus fatigas! Pero si una falsa modestia entibiare en algunos de vosotros el inocente deseo de fama literaria, si la pureza le hiciere preferir más humildes y fáciles placeres, no por eso crea que el estudio que le propongo es para él menos necesario. Porque ¿quién no le habrá menester para su provecho y conducta particular? Creedme: la exactitud del juicio, el fino y delicado discernimiento, en una palabra, el buen gusto que inspira este estudio, es el talento más necesario en el uso de la vida. Lo es, no sólo para hablar y escribir, sino también para oír y leer y aun me atrevo a decir que para sentir y pensar; porque habéis de saber que el buen gusto es como el tacto de nuestra razón: y a la manera que tocando y palpando los cuerpos nos enteramos de su extensión y figura, de su blandura o dureza, de su aspereza o suavidad, así también tentando o examinando con el criterio del buen gusto nuestros escritos o los ajenos, descubrimos sus bellezas o imperfecciones, y juzgamos rectamente del mérito y valor de cada uno.

Este tacto, este sentido crítico es también la fuente de todo el placer que excita en nuestra alma las producciones del genio, así en la literatura como en las artes, y esta deliciosa sensación es siempre proporcionada al grado de exactitud con que distinguimos sus bellezas de sus defectos. Él es el que nos eleva con los sublimes raptos de Fray Luis de León, o nos atormenta con las hinchadas metáforas de Silveira y él es el que nos embelesa con los encantos del pincel de Murillo o nos fastidia con la descarnada sequedad del Greco, por él lloramos con Virgilio y Racine o reímos con Moreto y Cervantes; y mientras nos aleja desabridos de la ruidosa palabrería de un charlatán, nos ata con cadenas doradas a los labios de un hombre elocuente; él, en fin, perfeccionando nuestras ideas y nuestros pensamientos, nos descubre las gracias y bellezas de la naturaleza y de las artes, nos

hace amarias y saborearnos con ellas, y nos arrebatara sin arbitrio en pos de sus encantos.

Perfeccionad, hijos míos, este precioso sentido y él os servirá de guía en todos vuestros estudios, y él tendrá la primera influencia en vuestras opiniones y en vuestra conducta. Él pondrá en vuestras manos las obras marcadas con el sello de la verdad y del genio, y arrancará o hará caer de ellas las obras del error y de la ignorancia. Perfeccionadle, y vendrá el día en que, difundido por todas partes, y no pudiendo sufrir ni la extravagancia ni la medianía, ahuyente para siempre de vuestros ojos esta plaga de engendros, de monstruos y vestigios literarios, con que el mal gusto de los pasados siglos infestó la república de las letras. Entonces, comparando la necesidad que tenemos de buena y provechosa doctrina con el breve periodo que nos es dado para adquirirla, condenaremos de una vez a las llamas y al eterno olvido tantos enigmas, sofismas y sutilezas, tantas fábulas y patrañas y supercherías, tanta paradoja que se han amontonado en la enorme enciclopedia de la barbarie y de la pedantería.

Esto deberá la educación pública a la reunión de las ciencias con la literatura; esto le deberá la vuestra. Alcanzadlo, y cualquiera que sea vuestra vocación, vuestro destino, aparecéis en el público como miembros dignos de la nación que os instruye; que tal debe ser el alto fin de vuestros estudios. Porque ¿qué vale la instrucción que no se consagra al provecho común? No, la patria no os apreciará nunca por lo que supiéreis, sino por lo que hicieréis. ¿Y de qué servirá que atesoréis muchas verdades, si no las sabéis comunicar?

GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS.

MONTAÑAS CATAMARQUEÑAS

En medio de la aridez de la llanura, abrasada por los rayos de un sol ardiente, la montaña es una especie de esfuerzo ciclópeo de la tierra que se acerca a las nubes, las cuales empapan las elevadas cimas con su húmedo

sudor, dándoles vida y lozanía, y cubriéndolas de hierbas. Es ocasión de admirar la hermosura de la montaña cuando se penetra en su seno. Cada una de esas fajas azuladas de tintes sombríos, más o menos cargadas, que a veces parecen de la distancia láminas superpuestas, es un cerro o una lomada a cuya espalda se abre un valle, lleno de vida y movimiento; cada una de esas negras arrugas de la sierra es una ancha quebrada, que desde la altura semeja una inmensa y verde sierpe, deslizándose de las eminencias de granito a la llanura. En el recinto misterioso de la montaña hierve la vida y canta la naturaleza. Torrentes, aves y brisas, combinan una no interrumpida serenata. El ruido que hace la naturaleza en la montaña es vago, indefinido, huraño, mezcla confusa de rumores, cantos y zumbidos. Sólo cuando se ha ascendido a la cumbre cesa el ruido, y el silencio comienza a acentuarse, hasta que se llega a un punto en que la soledad tiene profundos misterios, y en que el espíritu fatigado se repliega en sí mismo y medita en las luchas cruentas de la tierra, que parece dilatarse a sus plantas en un océano de verdura. En la cumbre ya no hay torrentes, ni árboles, ni aves; allí únicamente habita el señor de la montaña, el majestuoso cóndor, que a lo mejor rompe el silencio y llena el aire de silbidos, cuando despliega las alas y comienza a ascender en vuela espirales, arqueado el cuello reluciente y volviendo a uno y otro lado la cabeza nerviosa.

El panorama que desde lo alto de la montaña se abre a la ansiedad de la mirada es verdaderamente atrayente. El llano se presenta a la vista como un mar terminado en polvorosas brumas; las colinas y mesetas se nos figuran el oleaje de aquel mar de verdura; las aldeas y pueblos apartados hacen islas de formas geométricas de un verde más resaltante que el de la llanura; los lejanos caminos parecen blancos hilos que caen verticalmente del cielo a la tierra, siendo en todo singular y extraño el fenómeno de las perspectivas.

En una ocasión, de una de esas elevadas cumbres, a la que trepé con muchas dificultades, al volver la vista al occidente, contemplé en el confin del horizonte una lar-

ga y azulada franja, apenas perceptible, que de trecho en trecho confundíase con el fondo del cielo; eran los Andes, la gran Cordillera.

ADÁN QUIRÓGA
Calchagui

AUTOBIOGRAFÍA

Muchos niños o jóvenes a quienes se han impartido muchos conocimientos, no tienen sus facultades mentales fortalecidas sino sofocadas. Están atestados con meros hechos y con las opiniones o frases de otras personas, que aceptan como un sustituto del esfuerzo para formar opiniones por sí mismos; y así, los hijos de padres eminentes que no han escatimado solicitud para su educación, muy a menudo crecen como repetidores de lo que han aprendido, incapaces de usar su inteligencia, excepto en los surcos trazados por ellos. La mía, sin embargo, no fué una educación de relleno. Mi padre nunca permitió que yo aprendiera nada que degenerara en un mero ejercicio de memoria. Él se esforzó para hacer que la comprensión fuera, no sólo a la par con cada paso de lo aprendido, sino, de ser posible, precederlo. Cualquier cosa que pudiera ser encontrada fuera de la reflexión nunca se me dijo, hasta que yo hubiera agotado mis esfuerzos para encontrarla por mí mismo. Tan lejos como puedo flar de mí memoria, desempeñé mi trabajo muy defectuosamente en esta parte; mi recuerdo de algunos asuntos está casi lleno de fracasos, rara vez de éxitos. Es verdad que los fracasos fueron a menudo en cosas en las cuales el éxito, en tan temprano período de mi progreso, fué casi imposible. No olvido que una vez a los trece años, al ocurrírmese usar la palabra *idea*, me preguntó qué era una idea, y expresé algún disgusto por mi inútil esfuerzo para definir la palabra: recuerdo también esta indignación por mi uso de la expresión vulgar de algo que era verdad en teoría, pero requería corrección en la práctica; y cómo después de hacerme esforzar vanamente para definir la palabra *teoría*, él me explicó su significado y mostró la falacia de la forma

vulgar de hablar que yo había usado, dejándome plenamente persuadido de que era imposible dar una correcta definición de *teoría* y hablar de ella como de algo que puede ser distinto de la práctica; yo había mostrado ignorancia sin par. En esto él parecía, y quizás lo fue, muy poco razonable, pero pienso solamente que estaba disgustado por mi fracaso. Un alumno al cual nunca se le exige lo que no puede hacer, nunca hace todo lo que él puede.

Mi padre me cuidó celosamente de uno de los males más peligrosos que fatalmente anulan toda promesa de precocidad: la presunción.

Cuidó con extrema vigilancia, que pudiera oír alabanzas de mí mismo o me dejara llevar a hacer comparaciones lisonjeras entre yo y otros. De su propio trato conmigo, no podría deducir sino una muy humilde opinión de mí mismo, y el tipo de comparación que él siempre me ofrecía no era lo que otras personas hicieron, sino lo que un hombre puede y debe hacer. Tuvo éxito completo al preservarme de esa clase de influencias que muchísimo temió. Yo no estaba completamente enterado de que mis dotes eran algo nada usual para mi edad. Si accidentalmente había dirigido mi atención al hecho de que algún otro muchacho sabía menos que yo —lo cual ocurría menos a menudo de lo que puede ser imaginado— deducía, no que yo supiera mucho, sino que él, por alguna razón u otra, sabía poco, o que sus conocimientos eran de una clase distinta de los míos. Mi estado de ánimo no era humildad, pero tampoco era arrogancia. Nunca pensé en decirme a mí mismo: soy o puedo hacer esto o lo otro. Yo no me estimé elevadamente ni humildemente; no me estimé en absoluto. Si pensé algo acerca de mí, fué que estaba algo atrasado en mis estudios, puesto que siempre me encontré así, en comparación con lo que mi padre esperaba de mí. Afirmando esto sinceramente, aunque no era ésa la impresión de varias personas que me vieron en mi niñez. Ellas, como he averiguado después, me creyeron grande y desagradablemente consentido, probablemente porque discutía y no oponía escrúpulos para encontrar contradicciones directas a cosas que oía decir. Supongo que adquirí este mal hábito por haber sido estimulado en un grado poco usual para

hablar sobre asuntos más allá de mi edad, y con personas mayores, mientras que nunca me habían inculcado el usual respeto por ellos. Mi padre no me corrigió esta mala crianza e impertinencia, probablemente porque no estaba enterado de ello, pues yo era siempre demasiado temeroso delante de él y era extremadamente sometido y quieto en su presencia. Sin embargo, con todo esto, yo no tengo noción de ninguna superioridad de mí mismo y fué un bien para mí no tenerla. Recuerdo el preciso lugar en Hyde Park donde, en mis catorce años, en vísperas de dejar la casa de mi padre para una larga ausencia, me dijo que encontraría, si conocía a nuevas personas, que me habían enseñado muchas cosas que los jóvenes de mi edad comúnmente no sabían, y que muchas personas estarían dispuestas a hablarme de esto y cumplimentarme acerca de ello. Las otras cosas que dijo sobre este tópico las recuerdo muy imperfectamente, pero él me agravió al decir que todo lo que yo sabía más que otros, podría no ser atribuido a ningún mérito mío sino a la muy rara ventaja, que me había caído en suerte, de tener un padre a quien era posible enseñarme; que no era mérito mío si yo sabía más que aquellos que no habían tenido una ventaja similar, sino la más profunda desgracia para mí si yo no lo sabía aprovechar.

JOHN STUART MILL
Autobiografía.

Traducción de Elena Lilia Fontenla.

LA TIERRA

Cuando despertamos, es de día. Recalentado por el cálido sol de la mañana, el Mundo se extiende ante nosotros, el Mundo de la Tierra que es nuestro Universo. El Sol resplandecer, es de día. ¿Qué nos importa, pues, la noche? ¿El paisaje que nos rodea no es suficientemente bello? A lo lejos, sobre el horizonte dulcemente curvado, se levantan las montañas con sus cimas blancas. Si hacemos la ascensión hasta allí, encontraremos grutas hechas de bloques de hielo, azules y verdes, que centeo-

llejan al sol. Miramos por encima de nosotros. En el azul del Cielo que, según las opiniones de la Ciencia, no existe, pasan las nubes y se renuevan sin cesar. Nuestros ojos no se cansan de contemplar esos castillos celestes, esas florestas de ensueño, esas islas flotantes, morada de la felicidad. Ante nosotros, el valle. Esas verdes praderas están salpicadas de mil flores de colores resplandecientes; cada una de ellas es una estrella tan bella como la más bella estrella del firmamento. Las abejas zumban y hunden su cabeza en los cálices, las mariposas revolotean como sueños de luz y de color, y nuestra mano no se atreve a tomarlas, porque es la belleza sagrada de la vida que pasa ante nosotros. Enfrente, en la orilla sombría del bosque, un ciervo de cornamenta majestuosa sale de los árboles, mira a su alrededor y entra de nuevo en la sombra. Al fondo, un pantano. Buile de vida. Podemos sacar de allí millones de gotas. En cada una de ellas, encontraremos millares de puntos que nos recuerdan soles en un clisé estelar. Cada uno de esos puntos vive, forma un todo, goza del mundo como nosotros, y se siente centro del Universo. ¿Qué le importan las vías lácteas? Se basta a sí mismo.

El mundo es grande, infinito quizá, pero en todos los puntos es idéntico a sí mismo. Uno puede recorrer galaxias y no encontrará otra ley que las rigen nuestra Tierra. En ningún planeta encontrará piedras más bellas que el ágata y la malaquita, cristales de agua más puros que los diamantes de nuestra nieve. Ningún sol repartirá tan maternalmente su calor y su luz entre sus planetas como el nuestro sobre la Tierra. ¿Una "nada" esta Tierra? En las profundidades de sus mares, medusas de vestido amarillo pasan como picesas invitadas a alguna fiesta. Peces revestidos de escamas y de púas multicolores se combaten como caballeros en un torneo y, escondido en los rincones como un bandido, el cangrejo acorazado acecha su presa. Árboles de corales cubiertos de anémonas de mar suben del fondo de los abismos y, en lo alto, sobre el arrecife, la novia busca la barca de su bienamado. ¡Nuestra Tierra no es una nada! La belleza de todo el Universo, la vida de todo lo que es viviente, el alma de todas las cosas, están reunidas en ella.

Para terminar, mi mirada se desliza más allá de esta hoja. Ante mí, veo una rosa en un vaso. El torbellino

de sus hojas evoca en mí las galaxias que giran en el espacio. Su belleza me habla de la belleza de todo el Universo y, sobre un sillón, mi perro me mira y espera que deje mi pluma para pasearme con él. Todo el misterio del Universo se encuentra en el fondo de sus ojos que no me canso de contemplar, y de los cuales nadie—sounded jamás la profundidad.

Levanta tranquilamente tu mirada hacia el cielo esta noche. Contempla las estrellas y la Vía Láctea y piensa, sin sentirte aplastado, en los mil millones de galaxias que están en el espacio. Tu Tierra es quizá una nada, en el todo, pero es también un todo en la nada.

F. KAHN

La tierra de la naturaleza.

Flammarion, París, 1958.

Traducción de Haydée C. Blotto.

LENGUAJE Y ESTILO

ASPECTOS DEL LENGUAJE LITERARIO

La formación del lenguaje literario está en relación inmediata con la tradición de sí mismo, con la educación literaria, con la diversidad de los temas, con las épocas y las lecturas imperantes, y, como es natural, con la finanza de apreciación, de juicio y el genio de cada uno; esta adquisición de vocabulario se renueva con la elaboración lenta y progresiva del habla y del estilo. El adquirir vocabulario es alcanzarlo en la flexible necesidad expresiva o reservarlo en potencia como posibilidad activa de expresarse adecuadamente.

El enriquecimiento de vocabulario que no sea sólo de la palabra en su necesidad utilitaria, está en razón directa con la amplitud y calidad de los temas, se extiende a los modos expresivos, a la flexibilidad y el orden de las frases, a la agilidad espontánea de su invención y de su empleo. Esta eficiencia de frases y giros depende del dominio sensible del habla, y de la claridad y fidelidad en la articulación meditada del pensamiento.

No basta apoderarse del diccionario, de la gramática, de vocabularios de géneros literarios; es necesario invadir continuamente, con nuestro crecimiento intelectual, nuevas zonas que exigen indispensablemente; dar a cada palabra su intensidad expresiva o creadora, hacerla aparecer como una necesidad imprescindible.

El lenguaje hablado de todos los días, con su intención, su familiaridad y su énfasis, no es suficiente para crear una obra pura de delicadeza no adulterada; nace psicológicamente del ritmo del sentimiento; pero este lenguaje hablado de espontaneidad popular, es más difícil de lo que quisiéramos y quizá un don de ilustres estilistas limpios de afectación; entra, generalmente corregido, en la lengua; corregido y repensado. En la lengua escrita está el vocablo de la expresión corriente y el del destello mágico aun de la palabra más simple. Algunas palabras van cargándose de significación que las vulgariza o les presta una acepción tradicional; el manejo del caudal del léxico necesita a veces fijar la acepción en que se las emplea, como si fuera una nueva creación de la palabra por virtud del arte.

Este avanzar en la amplitud expresiva exacta o aproximativa de lo que se sabe o se está emprendiendo y en la novedad expresiva, contribuye a la extensión del vocabulario, a su apropiación inmediata; a estudiarlo como una necesidad viva, como una expresión del ser; investigar en la obra que se lee o se hace para entenderla, comprenderla en la intención y en el intelecto de quien escribe, o en lo que queremos decir, en la elaboración del lenguaje propio y en la explicación del ajeno, en la vigencia actual o histórica de las ideas, seres y cosas, en la eficacia descriptiva, en la larga lucha para asir la expresión eficiente de la idea, de la acción o del ser. El vocabulario técnico, científico o filosófico, está en un codo aparte en su objetividad y en su ajustada significación.

Hablar de propiedad o impropiedad del vocabulario consiste en comprobar si se llega o no a la expresión que se propone; hay una impropiedad que es descuido vulgar en la lengua literaria, o ignorancia en la científica; este descuido no intencional depende de la calidad y el saber de quien habla o escribe; inútil discusión será la de con-

fundir el vocabulario de color local, pintoresco y hablado, como uno solo con el de la emoción artística personal, para regirlos por una medida; cualquiera lengua comprende una multiplicidad de estados afines o divergentes; cambiante en la hablada y pintoresca, adquiere permanentemente excelencia expresiva en su jerarquía de lengua literaria, en la que la innovación no está en ignorarla sino en identificarla en la concepción estética, en intención profunda. El estilo, o mejor dicho, el contenido y la expresión de una obra literaria, en el vocabulario y la sintaxis, es una originalidad y una suma.

ARTURO MARASSO

LA METÁFORA

La metáfora no es jamás una figura inocente. Decir que el tiempo es "caprichoso" o la montaña "majestuosa", hablar del "corazón" de la floresta, de un sol "despidado", de una aldea "acurruçada" en el hueco del valle, es, en cierta medida, dar indicaciones sobre las cosas mismas: forma, dimensiones, situación, etc. Pero la elección de un vocabulario analógico, aunque sea simple, es ya otra cosa que dar cuenta de datos físicos puros, y lo que allí se encuentra además no puede casi ser llevado al solo crédito de las Bellas Letras. La altura de la montaña toma, lo quiera uno o no, un valor moral; el calor del sol deviene el resultado de una voluntad. En la casi totalidad de nuestra literatura contemporánea, esas analogías antropomorfistas se repiten con mucha insistencia, mucha coherencia, para no revelar todo un sistema metafísico.

Más o menos conscientemente, no se puede tratar, para los escritores que usan de parecida terminología, sino de establecer una relación constante entre el universo y el ser humano que lo habita. Así los sentimientos del hombre semejarán alternativamente nacer de sus contactos con el mundo y encontrar en él su correspondencia natural, si no su expansión.

La metáfora, que se considera que no expresa más que una comparación sin intención oculta, introduce de hecho una comunicación subterránea, un movimiento de simpatía (o de antipatía) que es su verdadera razón de ser. Porque, en tanto que comparación, es casi siempre una comparación inútil, que no aporta nada de nuevo a la descripción. ¿Qué perdería la aldea al estar solamente "situada" en el hueco del valle? La palabra "acurruçada" no nos da ningún indicio complementario. Por el contrario, transporta al lector (siguiendo al autor) al alma supuesta de la aldea; si acepto la palabra "acurruçada" no soy ya enteramente espectador; devengo yo mismo la aldea, durante la duración de una frase, y el hueco del valle funciona como una cavidad en la que aspiro a desaparecer.

Basándose en esta adhesión posible, los defensores de la metáfora responderán que ella posee así una ventaja: la de hacer sensible un elemento que no lo era. Vuelto el mismo aldehueta —dicen— el lector participa de la situación de aquélla, luego la comprende mejor. De la misma manera para la montaña: la haré ver mejor escribiendo que es majestuosa, que midiendo el ángulo aparente desde el cual mi mirada registra su altura... Y esto es verdad, algunas veces, pero comporta siempre un más grave reverso: justamente esta participación es engañadora, puesto que conduce a la noción de una unidad escondida.

Es necesario aún agregar que el aumento de valor descriptivo no es aquí más que un alibi: los verdaderos gustadores de metáforas tienden a imponer la idea de una comunicación. Si no dispusieran del verbo "acurruçarse", no hablarían siquiera de la posición del pueblo. La altura de la montaña no sería nada para ellos, si no ofreciera el espectáculo moral de la "majestad".

Tal espectáculo, para ellos, no queda jamás enteramente exterior. Implica siempre más o menos un don recibido por el hombre: las cosas a su alrededor son como las hadas de los cuentos, que aportaban cada una al recién nacido uno de los rasgos de su carácter futuro, como regalo. La montaña me habría comunicado quizás así, la primera, el sentimiento de lo majestuoso —he allí lo que se me insinúa. Este sentimiento se habría des-

arrollado en seguida en mí y, por abundamiento, habría engendrado otros: magnificencia, prestigio, heroísmo, nobleza, orgullo. A mi vez, los trasladaría a otros objetos, aun de talla más mediocre (hablaría de una encina orguñosa, de un vaso de líneas llenas de nobleza...) y el mundo se haría depositario de todas mis aspiraciones de grandeza, sería a la vez su imagen y su justificación, para la eternidad.

Será lo mismo para cada sentimiento, y en esos incesantes canjes, multiplicados hasta el infinito, yo no sabría ya encontrar el origen de nada. ¿La majestad se sitúa en mí o ante mí? La cuestión misma perdería su sentido. Sólo quedaría entre el mundo y yo una sublime comunión.

Después, con el hábito, iría fácilmente mucho más lejos. Una vez admitido el principio de esta comunión, yo hablaría de la tristeza de un paisaje, de la indiferencia de una piedra, de la fatuidad de una vasija de carbón. Estas nuevas metáforas no dan ya sino indicios apreciables sobre los objetos sometidos a mi examen, pero el mundo de las cosas habrá sido tan bien contaminado por mi espíritu que será en adelante susceptible de no importar qué emoción, de no importa qué signo de carácter. Olvidaré que soy yo, yo solo, el que experimenta la tristeza o la soledad; esos elementos afectivos serán presto considerados como la *realidad profunda* del universo material, la sola realidad —reputadamente— digna de retener mi atención.

Se ve hasta qué punto la idea de una *naturaleza* humana puede estar ligada al vocabulario analógico.

ALAIN ROBBE-GRILLET
Nature, humanisme, tragédie.
"Nouvelle Revue Française",
Octubre de 1958.

Traducción de Haydée G. Bletto.

UN ASPECTO DE LOS SONETOS CONGORINOS

No es quizá por azar que se puede elegir a Góngora como un modo particular del barroco. El barroco es un arte sometido de hecho a la sospecha, a la desconfianza,

pero su vigencia no deja por ello de ser notable en muchos aspectos, más de los que se puede suponer, del arte contemporáneo. Arte donde se combinan la libre fantasía y la medida, la proporción áurea de la antigüedad, su geometría moral, con el crecimiento arborescente de la naturaleza otoñal, melancólica y encendida. Pero lo que desconcierta al contemplador es su permanente ambigüedad. Es aquí donde podemos hablar de Góngora.

Góngora geometriza, da un valor al contorno plástico y sonoro de una palabra, compone más que traslada una significación al pasarla del latín al castellano; "agonal", "eristal", "purpúreo", inscriben un área sensitivo-significativa que es parte de su originalidad, y de su poder de construcción verbal. Góngora canta blasones, urnas, túmulos, arquitecturas. El sol-fénix, el sol-alma, son la capilla, el sagrario hasta el que llega su asedio poético. Arte de arquitecturas, arte de centros de irradiación, como las custodias de los Arfe, desde esos centros se nos revela la intención de descubrir la estructura del universo material y moral, un sistema planetario que todo lo abarca. Admiración por las estructuras, por su crecimiento y su muerte, por su signo revelador.

El esplendor que informa la ecuación expresiva gongorina es lo sospechoso. Si el arte barroco fuese un arte exterior, eminentemente creado por la voluntad, por una voluntad de orfebre, no nos desconcertaría. Pero felizmente el autor se traiciona, y de demiurgo, de arquitecto, se transforma en criatura poética, y al aparecer su yo profundo, aparece el sentido de su creación barroca.

"Esta que admiras fábrica, esta prima / pompa de la escultura, oh, caminante / en porfidos rebeldes al diamante / en metales mordidos de la llama", y en general todos los poemas de ideas poética y estructura semejante tienen otro aspecto inmediato, otra inmediata respuesta. Así en el túmulo que hizo Córdoba en las honras de la Señora Reina Doña Margarita: "Pompa eres de dolor, seña no vana / de nuestra vanidad"; y mucho más aún en: "Máquina funeral, que desta vida / nos decís la mudanza estando queda".

Arte del cambio y la decepción, tras el ropaje de las esculturas, que muestran toda una simbólica de la materia; arte que tras la librea, mangas y golias cosidas

de la picaresca, llevan al ser desnudo, decepcionado y desamparado en el tiempo.

Al maravilloso "boril valiente" que vincula bronce y tiempos, que crea un flamígero sistema heliocéntrico (máquinas, fábricas, túmulos, sagrarios, emblemas, blasones) se une la mirada de quien "revuelve señas de mortales".

La decepción de Góngora es ingrediente capital de su manera, anima el verdadero espíritu de su creación. Su soneto *Urnas plebeyas, túmulos reales*, nos explica la ambivalencia de su arte, pero también nos demuestra su íntima unidad. Comparemos este soneto, quizá el más confesional y desgarrado de Góngora, con la serie de túmulos a nobles y reyes realizados en la estructura de los epigramas de la antología, aunque con la vena ideológica, retórica y sentenciosa de lo hispánico, sin la gracia y la ironía de los epigramas grecolatinos.

HECTOR CIOCCINI

EL ESPAÑOL EN AMÉRICA

Vocabulario. — El léxico americano abunda en palabras y acepciones arcaizantes. Característico es el uso de *lindo*, como en el español peninsular del siglo XVII, en lugar de *bonito* o de *hermoso*. Propias del Siglo de Oro y olvidadas o decadentes en España son *triano* "ligero", *pollera* "falda", *prometer* "asegurar", *recordar* "despertar", *esculcar* "registrar, escudriñar", *aguijar* "vigilar, acechar", *escobilla* "cepillo", *barrial* "barrizal". Algunas de estas palabras han sido señaladas como posibles regionalismos del Occidente peninsular. Tal procedencia es segura para los leonesismos *andancio*, *caroco*, *piquinino*, *furnia*, *peje*, *lamber*, *fierro*, y los galleguismos o lusismos *cardumen*, *laja*; muy probables occidentalismos son *botar* "arrojar", *soturno* (ambos existentes también en Canarias), *fundo*, *buraco*, *pararse* "estar de pie". No es de extrañar esta importante contribución léxica: el contingente de los leoneses y extremeños que pasaron a América hasta fines del siglo XVI parece haber sido algo

mayor que el de los castellanos y vascos; y unido al de portugueses y gallegos, supera al de los andaluces.

Desde fecha muy antigua se observan cambios semánticos que muestran la adaptación del vocabulario español a las condiciones de la vida colonial. Ya en la Española, primera instalación de los conquistadores, nacieron *estancia* "granja", *quebrada* "arroyo", aparte de la aplicación de nombres españoles a la fauna y flora de América. Del lenguaje de los navegantes procede el empleo metafórico de *flete* por "caballo"; *mazamorra* "restos de galleta" designó los puches de maíz que hacían los indios. Cambios especiales han tenido *vereda* "acera"; *páramo* "llovizna"; *volcán* "monte" y "montón" en Centroamérica. En general, el vocabulario que llevaron los conquistadores se ha ido empobreciendo.

En cambio, la formación de nuevas palabras es muy intensa y pone en juego los recursos de la derivación. Hay sufijos fecundísimos, como la terminación verbal *-ar* (*difuntiar* "matar"; *cueriar* "azotar", *añatlar* "hurtar", *carriar* "matar reses") y como *-ada*, que aparte de los nombres de acción, forma numerosos colectivos (*caballada*, *carnerada*, *potrada*, *muchachada*, *criollada*, *paisanada*). La afición por el neologismo se da en todas las esferas sociales, desde el habla gauchesca hasta la literatura; en los periódicos aparecen *sesionar* "celebrar sesión", *vivar* "dar vivas, vitorear", etc. Todas estas particularidades, juntas a la abundancia de voces indígenas, dan fisonomía especial al léxico americano. Añádase el extranjerismo, muy abundante en Buenos Aires como consecuencia de la inmigración de gentes de todos los países, principalmente italianos. En las Antillas, Nuevo Méjico y Méjico el influjo anglosajón ha introducido muchas voces inglesas. Y la orientación francesa que dominó en la cultura americana durante el siglo pasado ha dejado buen número de galicismos.

Vulgarismo.— Aparte de las peculiaridades antes enumeradas, el vulgarismo americano tiene manifestaciones de igual carácter que las del habla popular y rústica española: *prencipio*, *dispierto*, *sospirar*; *beite* "baile", *paine* "peine"; *enriedo*, *ruempa*; *plaso* "pedazo", *tuavia*, una *rastra* e *leña*, *maldá*, *mercé*; *auja* "aguja"; *me usta* "me gusta"; *juersa* "fuerza"; *junsión* "función"; *guérfano*,

virgüela "viruela"; *guéno*, *trigunal*, *agueto*; *dino*, *vitoria*, *Madalena*, *aspeito*, *defeuto*; *traiba*, *oiba*, etc. La diferencia es que alcanza mayor extensión y consistencia que en la Península. Perduran arcaísmos como *agora*, *aspe-rar*, *atambar*, *cuisión*, *emprastar*, *nierro*, *melecina*, *muncha*, *cañuto*, *ñublar*, *ñudo*, *silguero*, *lusera*, *anque*.

El hiato tiende a desaparecer, con las consiguientes alteraciones de acento y timbre; así se confunden los sufijos *-car* y *-lar* (*paslar*, *guerrlar*), originándose ultracorrecciones como *desprececar*, *malicecar*; extraordinario arraigo muestran desplazamientos como *páis*, *óido*, *dura* "ahora", *traído*, *contraído*. En 1720, cuando el limeño don Pedro de Peralta Barnuevo acentuaba así en los versos de su *Rodoguna*, tales dislocaciones no disonaban grandemente del lenguaje culto de la metrópoli, que también las admitía. Pero después en España hubo una reacción apoyada por la fuerza de la tradición literaria, y se detuvieron o rechazaron las pronunciaciones *bául*, *cái*, *máestro*, *réido*; por el contrario, la joven sociedad de América sintió menos escrúpulos, continuó usando las formas con desplazamiento acentual y dejó que éste afectara también a las terminaciones del imperfecto (*creía* "creía", *huía* "huía", *cála* "caía", *traíamos* "traíamos"); aun entre americanos cultos es usual decir *páis*, *golpiar*. En cambio, se oye en Méjico la *de* de *-ado*, incluso con especial tensión, *desgraciádo*; y en Argentina, para no omitir la *d* final, se llega a pronunciar *paret*, *bondat*.

En general, la separación entre la lengua escrita y el habla es en América más honda que en España. Salvo en la producción costumbrista o de tipo popular, los dialectalismos y vulgarismos admitidos en la conversación no pasan a la escritura. Frente al criterio de libertad y abandono se levanta la preocupación purista. Las enseñanzas gramaticales de Bello han logrado desterrar en cincuenta años la confusión de *tú* y *vos* entre las clases cultivadas de Chile.

La extensión del español en América y sus ulteriores divergencias con el de España recuerdan en muchos aspectos el caso del latín vulgar. Pero las circunstancias de nuestro tiempo son muy distintas de las del siglo V. Ninguno de los caracteres diferenciales del habla americana atañe a la esencia del idioma. En cuanto al por-

venir, los medios de comunicación aseguran la continuidad de intercambio cultural con España; las que fueron colonias reconocen la excelsa labor civilizadora de nuestros antepasados, también suyos; se estrechan los lazos espirituales con la antigua metrópoli, y la conciencia del valor instrumental e histórico de la hermosa lengua común es la mejor garantía contra el resquebrajamiento de su unidad.

RAFAEL LAPESA

Historia de la lengua española.

Esveller, S. L. Madrid.

EL VOSEO

Acerca del voseo es mucho más lo que corresponde recordar que lo que se puede agregar, como novedad. Casi todos los textos de gramática y de lexicología tratan el tema, y son incontables las monografías y los comentarios que le dedicaron Menéndez Pidal, Lapesa, Selva, Monner Sans, Herrero Mayor, Alcalá Zamora, Tiscornia, Henríquez Ureña, Lenz, etc. Una nueva discusión ha de reducirse a repetir lo que se ha dicho, actualizándolo, y a arrimar el granito de arena de algunas observaciones. Puestos en la tarea, comencemos por fijar la acepción o las acepciones del vocablo; aclarar en qué sentido lo aplicamos aquí, habitualmente, y averiguar si se debe entrecomillar (¿voseo o "voseo"?) como suelen distinguirse las palabras que no figuran en el léxico oficial o que están inscriptas con una acepción distinta de la que nosotros les damos.

Voseo es un término de reciente aceptación académica. Figura en el Diccionario, a partir de la última edición, con este significado: "acción y efecto de vosear". La explicación se completa diciendo que vosear es "dar a uno el tratamiento de vos", y vos "cualquiera de los casos del pronombre personal de segunda persona, en género masculino o femenino y número singular y plural" que, como tratamiento, tuvo uso general en lo antiguo, y que actualmente sirve para invocar a Dios y a los santos,

dirigirse a las personas de mucha autoridad o dignas de respeto, o para injertar en lo que se expresa en tono solemne o elevado. Los tres artículos mencionados (vos, vosear y voseo) sólo se refieren al tratamiento que damos a Dios: "Bendito seáis vos, Señor, que daís la enfermedad y ponéis el remedio" (de *El Lazarillo de Tormes*); a una dama: "tengo, por mi compañero, / también que tratar con vos" (J.R. de Alarcón); a un rey: "vos habéis dicho que está / bien dada aquesta sentencia" (Calderón de la Barca); a un alcalde, por parte del rey: "... pero vos / no tenéis autoridad" (id.); a un caballero: "a mí me parece que más amadés vuestra amiga que vos" (de *Amadís de Gaula*); etc. El vocabulario académico no menciona, por ilícito y corruptor, el "vos" plebeyo o familiar que introducimos en frases tan corrientes como estas: "vos lo merecés", "vos te callás", "de vos dirán que fuiste un genio", "cuento con vos", con que halagamos a un amigo, ordenamos a un inferior o a un niño, rogamos o manifestamos desprecio, ironía, etc. Este vos, referido al singular, es el que se aplicaba a "los criados y mozos grandes, y a los labradores y personas semejantes, y entre amigos adonde no hay gravedad" (Correas, 1626).

Queda dicho que existen dos pronombres homógrafos de distinto significado: el culto, apareado al tratamiento respetuoso, al lenguaje solemne o la alta inspiración, que origina los vocablos vosear y voseo, y el vulgar —el nuestro— que no tiene cabida en el léxico oficial, y se halla en el extremo opuesto. Con el primero se vosea o se practica el voseo; con el otro "voseamos", nos convertimos en cultores del "voseo". Las comillas señalan la diferencia.

Concuerda con la acepción argentina de "voseo" (argentina o americana) la que registran otros vocabularios, entre ellos los que incurrir en el error de omitir la que, inscripta en el Diccionario, corresponde al pronombre arcaico o literario. Según Toro y Gisbert "voseo" es el "uso de vos por tú"; definición susceptible de perfeccionarse al aclarar que se trata de un abuso más que de un uso; que también los pronombres ti y contigo suelen ser suplantados con vos ("a vos te toca", "iré con vos") y que el "voseo" no se circunscribe a ese reemplazo, pues

su consecuencia más grave es la deformación que sufren muchos derivados verbales: hablas pasa a ser "hablás", y así, "socorrés", "contribuís", etc. En resumen, aparte del voseo de que nos habla el léxico oficial, existe el "voseo", definible en estos términos: "abuso que consiste en sustituir con vos los pronombres tú, ti y contigo, eventualmente unidos a derivados verbales deformados". Algunos incluyen en el "voseo" el trueque de vosotros por "ustedes". De asignar al vocablo una significación comprensiva de todos los vicios de esa índole ella comprendería la sustitución ilícita de os, así como el empleo de la interjección *¡che!* con función pronominal o, cuando menos, con cierto dejo pronominal: "vení, che", equivale a "vení vos", "ven tú". Conviene tener presente que el pronombre "vos" no siempre está expreso en el "voseo". Así es como la frase antes mencionada puede reducirse a una sola palabra: "vení".

¿Barbarismo o solecismo? Autores de fuste colocan el "voseo" en el casillero de los barbarismos; otros, igualmente apreciados, en el de los solecismos, y no falta quien lo clasifica indistintamente.

El vocablo barbarismo tiene un significado lato; bajo su denominación cabe cuanto está en pugna con la grafía, la prosodia o la semántica; pero nunca está más ajustadamente aplicado que cuando nombra los yerros originados por la influencia de idiomas extranjeros. La denominación solecismo es, en cambio, concreta y específica. Y solecismo es, según la Gramática, todo lo que importe un trueque de pronombres personales.

¿En qué consiste el voseo? — Agréguese a lo que dijimos al fijar la acepción del vocablo que aún en la actualidad son aplicables e ilustrativas casi todas las afirmaciones hechas por Cuervo: las formas tú y ti, al igual que vosotros y os, han desaparecido del habla familiar, y únicamente tienen cabida en lo literario; tú se reemplaza con vos, y este pronombre se junta en la conjugación con las formas arcaicas "amás", "tenés", "salí", etc. El pronombre vos va otras veces unido a las formas correspondientes a la segunda persona de singular de la lengua literaria: "vos andabas", "vos merecías", "vos decías"; y se usa como agente (o sujeto) o después de preposición: "vos lo decís", "no quiero ir con vos".

Alcalá Zamora, explicando la índole y los efectos del "voseo", dijo, con acierto, que "lo de más o lo demás" no es la sustitución de un pronombre por otro, sino las consecuencias de ese trueque; señaló las alteraciones prosódicas y las deformaciones verbales que acarrea dicho solecismo, así como su influencia en la métrica cuando, colocado el verbo al final de un verso, una forma grave suplanta a una esdrújula ("enseñame" por *enseñame*) o —lo que es más frecuente y más propio del "voseo"— cuando la forma llana se convierte en aguda: ("pensás", por *piensas*).

Coincidimos en que la corrupción verbal es la consecuencia más seria del "voseo" y, entendiéndolo así, creemos que interesa entrar en mayores detalles, enumerando todas o la mayor parte de las alteraciones originadas por ese vicio de dicción. Ellas están contenidas en los siguientes puntos:

1º Los únicos derivados que el "voseo" no corrompe son los originados por los verbos *estar*, *ver* y *dar*, de los cuales proceden voces agudas como las que tiende a imponer aquel solecismo. En el caso del verbo *estar* dicha acentuación elimina, como lo explicó Alcalá Zamora, posibles confusiones con los demostrativos *esta*, *este* y *estas*.

2º En general, los verbos regulares de las tres conjugaciones sufren modificaciones: a), en el presente de indicativo ("amás", "temés", "partís", por *amas*, *temes* y *partes*); b), en el presente de subjuntivo cuando, en lugar de "tú ames", "tú temas", "tú partas", decimos "vos amés", "vos temás", "vos partás", como muchos acostumbran; y c), en el imperativo "amá", "temé", "partí" (vos), en vez de *ama*, *teme*, *parte* (tú), sin perjuicio de la deformación prosódica de los enclíticos ("levantate", por *levántate*, por *el*).

3º Los verbos irregulares monosílabos se comportan de la siguiente manera: el verbo *ser* se emplea con la forma "sos" en el indicativo ("vos sos", por *tú eres*); es casi desusado en la segunda persona de singular del imperativo, y en el subjuntivo no es raro escuchar "seás" por *seas*, sobre todo en el habla infantil o campesina. Ir no sufre deformación en el indicativo; en el subjuntivo, *vayas* suele trocarse por "vayás"; en el imperativo, se usa "andá" por *ve*.

4º Con los verbos irregulares polisílabos ocurre lo siguiente: a) *placer*, *asir* y algún otro son desusados o muy poco usados en el "voseo"; b) todos los demás (a excepción de haber: "vos has") dan en el presente de indicativo formas agudas ("cabés", "sabés", "hacés", que suplantán a las graves: *cabes*, *sabes*, *haces*); c) el presente de subjuntivo no ofrece anomalía alguna, a menos que los derivados lícitos sean suplantados con los ultraplebeyos "vos hayás", "vos sintás", "vos acertés", que denuncian una marcada tendencia a introducir voces agudas y a convertir en regulares a verbos de conjugación anormal; ch) en el imperativo se observa en mayor grado esa propensión: "hacé", "valé", "salí", "bendecí", "decí", "reí", etc.; d) como los regulares, los irregulares originan formas graves que desalojan a las esdrújulas ("movete" por *muévete*; "lucite" por *lúcete*, "salite vos" por *sal tú*).

Nacimiento y difusión del "voseo".—El "voseo" no es una creación americana. Al decir esto nos referimos no sólo a la sustitución del pronombre, sino al empleo de los derivados agudos ("escribís", "trabajás") que lo acompañan, pues estas formas verbales son arcaísmos propios del habla española.

Quiénes investigaron el origen están contestes en que el "voseo" existía en España, en las regiones de Andalucía, Extremadura y Las Canarias, y lo trajeron al nuevo continente los conquistadores y colonizadores procedentes de esos lugares. Agregan una información interesante al aclarar que tales individuos eran "en su mayor parte de baja condición" (Cuervo) o que constituían "la masa menos autorizada y clásica" (Alcalá Zamora), lo que importa afirmar que el "voseo" no era devoción de la clase ilustrada, no congeniaba con el lenguaje culto. Introducido en América, el vicio arraigó en algunas zonas; otras quedaron incontaminadas, seguramente porque los españoles que llegaron a ellas procedían, en su mayor parte, de regiones de la Península que habían permanecido, a su vez, indemnes.

¿Subsiste en España? Perdura en algunas regiones, afirman Tiscornia y Henríquez Ureña, comentando el mapa del "voseo" trazado por ellos. Ya no se estiló ni en la última aldea de Castilla, replica Herrero Mayor,

no sin aclarar que si bien es cierto que sobrevive en algunas provincias, puede asegurarse que en la región asturleonés citada por Tiscornia y Henríquez Ureña, *vos* no se emplea nunca como equivalente de *tú*. Se aplica a personas de mayor edad —agrega— por usted, y es debido a esta circunstancia que falta siempre el complementario "te", y no se dice "a vos te traigo", sino a "vos os traigo" (o "vos traigo").

En lo que respecta a América, el "voseo" se impuso en nuestro país, en Chile, Paraguay, Uruguay y parte de las repúblicas centroamericanas. No arraigó en las zonas de Méjico, Perú, Bolivia y Las Antillas. En las demás regiones se usaron siempre, indistintamente, los dos tratamientos: *tú* y "vos". Con el andar del tiempo y la creciente vinculación de los pueblos se produjeron pequeños trasplantes; pero, en general, perdió más terreno del que conquistó. Lenz asegura que en Chile la clase culta lo ha abandonado por completo, y que el resto de la población ha adelantado mucho en cuanto atañe al empleo de las formas correctas. Los trabajadores de la capital chilena se tratan de usted y sólo usan el *vos* para reírse, como lo hacía don Quijote cuando se enojaba con Sancho, en prueba de lo cual Cuervo cita el pasaje en que exasperado el caballero andante por las blasfemias que oyó decir de Dulcinea a su escudero, exclama, mezclando *tú* y *vos*: "Pues no lo penséis, bellaco descomulgado, que sin duda lo estás, pues has puesto lengua en la sin par Dulcinea". Pero en el caso de Don Quijote lo que más hace la ira —siempre mala consejera— es mezclar pronombres. También en Argentina el estado de ánimo se refleja en el lenguaje; pero un padre disgustado, por ejemplo, no reprende a su hijo rebajando el tratamiento, sino elevándolo. Y así le dice al vástago desapicado a quien le endilga habitualmente el "vos" corriente —"Usted, amiguito, no me trae más estas calificaciones. O estudia en serio o...". Esto trae a la memoria la justa observación relativa a nuestro "voseo" que anota Herrero Mayor: empleamos, para el singular, en prueba de familiaridad o confianza, el pronombre "vos" y el respetuoso ustedes cada vez que nos dirigimos a dos o más personas a las cuales tratamos individualmente de vos. Es una conducta paradójica que no se vincula di-

rectamente con lo que acabamos de decir, pero que señalamos aquí por el temor de que se quede en el tintero.

En el Uruguay mucha gente culta ha abandonado el "voseo". De acuerdo con nuestras observaciones abundan relativamente más que aquí, las personas afectas a los pronombres y derivados verbales correctos.

En la Argentina es un mal tan arraigado que con toda razón se le ha calificado de irremediable. En la región del litoral, sobre todo, el "voseo" está en todas partes. En cuanto asoma un poco de camaradería, de confianza, de informalidad, el "vos" se enseñorea, solazándose en un medio altamente propicio. La gente dice que se tutea y no es cierto: se "voses", que no es lo mismo, pues el tuteo es tan lícito como clandestino el "voseo". Se "vosea" en todas las edades; en la escuela, en la calle, en la tertulia íntima, junto a los estrados judiciales, dentro de los claustros universitarios, en cualquier lugar y en las más dispares circunstancias. Sólo en algunos medios proclives a la pureza idiomática, como los que existen especialmente en las provincias del interior, se usa el tú invariablemente, o únicamente se apela al "vos" cuando por la edad, la condición del interlocutor o el ambiente en que se desarrolla la conversación, el "voseo" resulta menos chocante.

Merece mención especial la conducta ambigua de quienes, sin suprimir el "vos" e injertando las formas verbales correctas, dicen: "vos tienes", "vos exaltas", "¿vos viajás?", etc., con lo cual salen de un yerro para caer en otro. Los que se expresan de esa manera olvidan el precepto contenido en el apartado 211-e de la Gramática, que ordena acoplar siempre al pronombre vos, empleado en singular, el verbo en plural: vos tenéis, vos exaltáis, ¿vos venís? Si lo recuerdan no se animan a llevar tan lejos su devoción a la pureza idiomática. Temen incurrir en afectación. Es que hay expresiones que están muy bien en la boca del actor que recita versos de Tirso de Molina o Lope de Vega, pero que en otras circunstancias suenan a ironía o a chanza, y que aún dichas sin doble o aviesa intención, nos ponen en ridículo. Quién se animaría a preguntar, por ejemplo: "¿vos vendéis naranjas?" La pregunta resulta pedante en labios argentinos, pero nada nos impide decir: ¿usted vende

naranjas? o ¿tú vendes naranjas?, valiéndonos de construcciones equidistantes de las que denuncian pedantería (vos vendéis) y plebeyismo (vos vendés). Pero está visto que seguiremos apegados a esta última expresión. Digamos, al terminar, que nuestro "vos" es igualitario, que acorta distancias y acerca a los hombres. Última es que iguale para abajo y a despecho del bien decir.

CLEMENTE ORLANDI

LIBROS Y REVISTAS

ANIBAL VILLAVARDE, *Psicología Pedagógica*. Editorial Humanitas, Buenos Aires, 1958.

Inicialmente publicada en dos volúmenes que contenían, respectivamente, una parte práctica y otra teórica, la Editorial Humanitas ha reunido ambos textos en un solo tomo que ofrece sensibles ampliaciones sobre la tirada anterior. La innovación, al par que acertada para facilitar su manejo por docentes y alumnos, ha permitido a su autor —el profesor Anibal Villaverde— agregar capítulos de Psicoestadística, numerosos ejercicios de aplicación y aprovechar la experiencia recogida para superar pequeñas deficiencias observadas en la primera edición. La obra se presenta acompañada de un sobre que contiene diversos tests psicopedagógicos de fácil aprovechamiento por los estudiantes.

La obra está dedicada a quienes cursan el 5º año de las Escuelas Normales, pero tanto su estructura como sus intenciones la alejan en mucho de los manuales al uso, raseramente ajustados a los programas oficiales. Si bien el plan de esta *Psicología Pedagógica* se acuerda con los dictados del Ministerio de Educación de la Nación, contiene en su espíritu y su letra novedades que van más allá de aquellas disposiciones y un clima distinto de los libros de texto. Quien concorra a sus páginas encontrará viva esa atmósfera en el preciso mensaje a los profesores donde, a la par que situar la calidad y con-

diciones de enseñanza de la disciplina, se expresan párrafos definitorios sobre la técnica de los tests y su justa aplicación en el ámbito escolar. La organización del libro —por otra parte— quiebra la rutina expositiva, fomenta la meditación y la inquietud del alumno y ayuda a eludir todo aprendizaje memorista, que constituye uno de los defectos primordiales que desde la escuela primaria constriñe la auténtica formación mental de los discípulos.

No menos claro que las palabras a los docentes, donde el consejo y la norma para la óptima utilización del volumen se conjuga en un tono cordial, es la emotiva carta al futuro maestro que —por encima de polémicas metodológicas— se define como tal al sentirse humanamente operador de una pedagogía "que no robe al niño su infancia"; cooperando a su desarrollo con amor y ciencia. Las palabras de Villaverde confirman la autenticidad de su vocación y llaman a la auténtica vocación ajena. El casi normalista que lea esas frases con atención promoverá en sí un fino análisis interior que lo describirá ante su propia conciencia y lo orientará en su futuro. Por estas páginas prologales la obra, sin perder su calidad técnica, alcanza un relieve moral donde el diálogo —no escrito— entre el autor, el docente y el alumno se trava en cada lección para ofrecer instrumentos eficaces de trabajo y crear la imprescindible simpatía de todo proceso educativo. Otras observaciones de Villaverde referentes al aprovechamiento del cine, la literatura y las visitas como complementos del curso, no sólo deben ser recibidas como útiles consejos sino que pueden ser base fundamental de la enseñanza de la materia, si la orienta en la clase un profesor hábil y experimentado.

En los planes del magisterio la Psicología Pedagógica quiere resumir información psicológica sobre la infancia y la adolescencia y la aplicación en la escuela de esos conocimientos. Hasta aquí —y dentro de sus características de texto— el libro cumple con fecundo exceso su objetivo. En otras oportunidades hemos criticado esa simbiosis de los programas, afirmando que la preparación de futuros docentes requiere mayor conocimiento de la psicología evolutiva y, en capítulo aparte, su proyección y aplicación pedagógica. Pero a la altura actual de las exigencias oficiales el libro procura mantener el equili-

brio entre ambos saberes y otorgar a cada uno el máximo posible dentro del tiempo concedido. Sin embargo —para afirmar su objetivo de incitador vocacional— este volumen agrega numerosos cuestionarios y amplias bibliografías seleccionadas por capítulos.

La *Psicología Pedagógica* de Villaverde conforma un sólido volumen de 440 páginas, hábil y funcionalmente ilustrado y con variedad tipográfica adecuada a los diferentes sectores de cada capítulo, expresando también así su acento moderno y grato a la lectura y al estudio. Componen la obra ocho amplias partes, cada una ordenada en un sector teórico y otro práctico. Los dos primeros capítulos se refieren a planteos generales psicopedagógicos y sumarias nociones sobre el desarrollo psicofísico y mental, incorporando al alumno al vocabulario técnico de la materia. El estilo expositivo es claro y sencillo, acomodado a la comprensión del lector, y promoviendo su esfuerzo de aprendizaje a través de las guías que epilogan cada apartado. Muy acertados los conceptos que se exponen sobre el nivel mental en la escuela, proyectando hacia un definido alcance y sentido pedagógico la nomenclatura de la psicología clínica y las relaciones entre cociente intelectual y rendimientos en el aula. Las normas sobre la atención de los niños infra-dotados y subdotados, resultan un eficaz auxiliar para la actitud del maestro frente a sus alumnos y poseen buen sentido, evidencia científica y calidad humana. Las nociones de biotipología son someras, prácticas y modernas, incluyendo las ya tradicionales así como las de Sheldon y Le Senne, esta última de positivo aprovechamiento en la escuela a través de los ensayos cumplidos en otros ámbitos culturales ya vertidos al español. Tanto en éste, como en los demás pasajes del libro, el Profesor Villaverde incluye reactivos que ha traducido, elaborado, adaptado o creado, inspirándose en los documentos originales. Los resultados de su aplicación podrían dar comienzo a los estudios aún no efectuados sistemáticamente sobre el niño y el adolescente argentinos.

El capítulo sobre el juego (III) elude acertadamente entrar al meollo teórico del complejo problema y presenta sintéticamente las proposiciones actuales más acertadas, completándose con una nutrida cartilla para la

observación y la clasificación lúdica. A continuación, el autor aborda la vida afectiva del niño y su aprovechamiento educativo, dentro de las pautas comunes sobre el tema. Las observaciones sobre los móviles de la conducta —al no proponerse el Profesor Villaverde su examen cuidadoso— se desenvuelven en un plano de extrema sencillez donde la problemática esencial de la difícil cuestión se hurta al estudio acabado al no fundarse en datos de la psicología profunda, generalmente no ofrecida a la inquietud del alumno secundario. El capítulo sobre la educación de la atención (VI) y asuntos conexos, está bien desarrollado con abundante asesoramiento para la concreta tarea docente, así como con nutridos y variados métodos de exploración. Igual juicio cabe mantener acerca del tratamiento de las funciones mnémicas, la imaginación y el pensamiento (VIII), abordado parcialmente bajo la guía de las doctrinas de Piaget. Las pruebas prácticas recogidas en esta parte son adecuadas para la investigación de los que se inician en la psicometría. Claro y ordenado resulta el capítulo VII, dedicado a los hábitos, completado con una profusa parte teórica en que se estudia la actividad sensorial en los niños, la habilidad motriz, y se resume la escala de psicomotricidad de Otzeresky, lamentablemente poco difundida en nuestras escuelas comunes, pero cuya importancia diagnóstica es esencial.

El libro concluye con veinte páginas dedicadas a rudimentos de psicoestadística, dictados al máximo de su simplicidad, que sin embargo introducen al estudiante en este campo imprescindible para la investigación contemporánea en las ciencias humanas. Lamentablemente no se han agregado también dos capítulos fundamentales en un manual de psicopedagogía: la teoría del aprendizaje y las relaciones psicosociales en el grado, y de los alumnos con el maestro en sus diferentes tipos. Ninguno de estos tópicos es expuesto en los programas de la materia. Esto explicaría su ausencia en el volumen. Pero también —sin duda— el mismo ganaría más sobre sus méritos si se los incluyese en futuras ediciones, aunque el Ministerio persistiera en no incorporarlos.

En suma, la *Psicología Pedagógica* de A. Villaverde es un trabajo de mérito que además de sus valores didác-

ticos puede ser base para un futuro tratado sobre el particular acerca de un tema que raramente se encuentra expuesto en amplitud dentro de la bibliografía de habla española.

PLACIDO ALBERTO HORAS

D'ORBIGNY, WIENER y LA CONDAMINE, *Viajes por América del Sur*. Ed. Aguilar, Madrid, 1953.

El interés por América y las culturas americanas nace de un modo científico en el siglo XIX; durante este siglo la ciencia se vuelve hacia los pueblos primitivos, las sociedades indígenas y las ruinas de civilizaciones desaparecidas. América del Sur, continente misterioso e impenetrable en gran parte, atrae a los viajeros que la redescubren y enriquecen la literatura de viajes por este continente porque exploradores y científicos del viejo mundo dedican su actividad a revelar eso de "desconocido" que queda en la parte sur del nuevo continente.

A esta etapa corresponden los tres importantes textos que nos presenta Aguilar, en edición cuidadosamente impresa en Madrid, enriquecida con numerosas ilustraciones y tres mapas fuera de texto (en los que se marcan los itinerarios seguidos por los tres viajeros), como así también con cuatro índices: onomástico, geográfico, de ilustraciones y general.

Los textos que se incluyen en el presente volumen son: *Viaje a la América Meridional*, de Alcides Dessalines D'Orbigny; *Viaje al río de las Amazonas y a las cordilleras*, de Charles Wiener, y *Breve relación de un viaje al interior de la América Meridional*, de Carlos María de la Condamine. Corresponden estos viajeros a tres épocas distintas; representan aspectos científicos que se complementan, y nos ofrecen en forma amena pero con rigurosas aportaciones científicas, sus observaciones realizadas en regiones diversas de Sudamérica: la Amazonia, las regiones subtropicales, las Pampas, el Chaco y el Altiplano. Los tres describen la naturaleza y la vida de los primitivos en la época conocida por ellos; además

nos proporcionan una imagen de estos pueblos desde mediados del siglo XVIII a fines del siglo XIX.

Si tenemos en cuenta el orden cronológico vemos que de estos tres viajeros, el primero fué Carlos Maria de la Condamine; partió en 1735 para el Perú integrando una misión científica encargada, por la Academia de Ciencias de París, de la medición del meridiano terrestre. Su disconformidad con dicha misión hizo que abandonara el lugar y se dirigiera a la región amazónica, tan poco conocida, y que ofrecía tanto interés. La Condamine, primer explorador científico de esta zona, recorrió el río de las Amazonas desde la costa del Pacífico hasta la del Atlántico, anotando minuciosamente las observaciones de todo orden realizadas por él; la relación de este viaje fué leída por su autor en sesión pública de la Academia de Ciencias de París el 28 de abril de 1745; Agullar la publica en este tomo, prologada y anotada por el profesor Escandell Bonet.

En 1826, casi un siglo después que la Condamine, otro hombre de ciencia francés, Alcides D'Orbigny, fué enviado a América del Sur por la Sociedad de Historia Natural, con el fin de adquirir objetos destinados al Museo de Ciencias Naturales. D'Orbigny, naturalista, zoólogo y botánico, demuestra particular interés por la vida natural de la zona austral del continente, incluyendo también la vida y costumbres de los pueblos primitivos. Sus anotaciones, contenidas en el *Viaje a la América Meridional*, comprenden "largas enumeraciones de plantas y animales de las diversas regiones que atraviesa, capítulos dedicados a analizar la vida y costumbres, ya sea de los hombres primitivos con los cuales trabó contacto, ya de las ciudades argentinas o bolivianas". Todo con una exactitud tal que lo transforma más en un libro de ciencia que de viajes.

Carlos Wiener, austriaco de origen y nacionalizado francés, es el tercero de los viajeros incluidos en este volumen, y en su *Breve relación de un viaje al interior de la América Meridional* describe una corta excursión que partió de Guayaquil y recorrió Quito, Archidona, ríos Coca y Napo, que sigue hasta el Marañón, Pará, Manaos y río Morona. Nos muestra un mundo desconocido, pues se interesó especialmente por las zonas de Perú y Bolivia,

su pasado y la civilización de sus indios. Aunque desacreditados por el aspecto novelesco de su relato, debemos valorarlo pues su narración es "en muchos casos exacta y aleccionadora". Llegó a América del Sur encargado de recoger objetos destinados a los museos franceses, y las ochenta y seis cajas con objetos pertenecientes a las antiguas culturas peruanas, forman la base del actual Museo del Hombre de París.

Los Viajes de D'Orbigny y de Wiener fueron prologados y anotados por el profesor José Alcina Franch. Manuel Ballesteros Gálbróis, catedrático de la Universidad de Madrid y Director de la *Bibliotheca Indiana*, presenta esta edición de *Viajes por América del Sur* con una breve pero completa introducción, que hemos seguido en esta nota. Es el tercero de los volúmenes presentados en la *Bibliotheca Indiana*, colección que "pretende recoger en sus volúmenes los libros antiguos y modernos acerca de la vida, costumbres, política, geografía, historia, progreso científico, etc., de todas las épocas y que se refieran a América".

HAYDEE C. BLOTTO

C. G. JUNG, *Energética psíquica y esencia del sueño*. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1954.

El eminente médico y psicólogo suizo presenta en este libro seis ensayos que, como expresa en el prólogo de la segunda edición "constituyen intentos de ordenar la caótica multiplicidad de los fenómenos psíquicos, introduciendo en ella conceptos que ya tienen vigencia en otros sectores de la ciencia". Considerando que "nos hallamos muy al principio de los conocimientos psicológicos", estudia los problemas más elementales y generales, excluyendo situaciones individuales.

Analiza si el criterio energético puede aplicarse al suceder psíquico. Afirma, con Von Grot, que "el concepto de energía psíquica tiene, en la ciencia, tanta justificación como el de energía física". El estudio de los fenómenos de asociación descubre la existencia de complejos

o agrupaciones de elementos psíquicos en torno a un núcleo formado por una vivencia proporcionada por la experiencia, y por una condición inmanente al carácter individual. Ese núcleo se caracteriza por la tonalidad afectiva o valor energético, que le permite la constelación de elementos psíquicos dinámicamente condicionados. Por ser el proceso psicológico (consistente o inconsciente) integrante del proceso vital, la energía psíquica forma parte de la energía vital; el autor la denomina *libido* (voz latina que significa ansia, anhelo); término ya usado por Freud con significación restringida. La tendencia de *progresión* de la libido busca la adaptación psicológica, frente a las condiciones de la realidad. Si las condiciones ambientales prevalecen, estalla el conflicto que puede desembocar en neurosis o en un proceso de desvalorización de los elementos antagónicos, en cuyo caso sobreviene la *regresión* o encauzamiento hacia una nueva adaptación. Semejan una corriente de agua que, obstaculizada por un dique, se derramara luego en un sentido diferente al inicial. Progresión y regresión responden a la necesidad de manifestación del mundo exterior en el mundo interior, relacionándose así con los procesos de *extroversión*, que conduce la energía hacia los objetos, hacia el exterior, y de *introversión*, que la adecua a las condiciones del yo, al factor subjetivo. Como la energía física puede producir calor, la energía de ciertos fenómenos psíquicos, puede convertirse en otros dinamismos por la acción de medios adecuados: las primitivas danzas guerreras preparaban para la lucha; en nuestros días, la ceremonia de la piedra fundamental, por ejemplo, despierta la fuerza emocional hacia un fin definido. Los símbolos creados en tales "ceremonias mágicas" adquieren, con relación a lo psíquico, un poder dinámico. Desde tiempos remotos la conciencia humana representó la actividad creadora y energética de los procesos psíquicos, concretizándola en fetiches, amuletos, seres humanos con poderes activos: el "wakanda" de los dacotas, el "arumquiltha" australiano, etc. Estos símbolos, productos inconscientes, están en íntima relación con el proceso onírico pues, como expresa P. Lajeune, "el sueño es el Dios de los salvajes".

Destaca la autonomía de los complejos en la vida psíquica. Se conducen como cuerpos extraños dotados de

vida propia y de un fuerte acento emocional, incompatibles con la actitud habitual de la conciencia. La voluntad los domina temporariamente. El hombre dice "que tiene un complejo", cuando en realidad los complejos "lo tienen a él". Pierre Janet ha demostrado la escisión de la conciencia en varias personalidades con carácter particular, comparables a los complejos, aunque no se ha comprobado si éstos poseen conciencia propia. Se comportan como los genios malignos de Descartes o como los gnomos traviesos que ponen en los labios las palabras que deben callarse. Su origen etiológico es un trauma emocional que ha separado un "trozo" de la psique, generalmente inconsciente, que se impone a la conciencia por su fuerza dominante. En la Edad Media se trataba de "la posesión por un espíritu", y el hombre moderno inquiere de una persona trastornada: "¿Qué demonios tiene?" El temor incita a considerar las perturbaciones provocadas por ellos como una actividad psíquica normal pues la conciencia les teme, como quien guarda un esqueleto en un ropero y elude su presencia porque lo atomoriza. Las cosas oscuras e invisibles que asustaban a los primitivos se agudizaban al caer la noche, así, los complejos sometidos durante el día por la conciencia, ahuyentan el sueño o lo perturban con pesadillas. Su presencia jalona la historia de la humanidad; la epopeya de Gilgamesh refiere un complejo de poderío. El problema terapéutico, moral y filosófico de los complejos está en discusión, pues significa un sector "tabú" que el vulgo defiende de la investigación psicológica, por considerarlo, con prejuicio y angustia, contrario a la moral consciente.

Sostiene el autor que "el sueño es un fenómeno psíquico que, por su forma y contenido, se sitúa al margen del constante devenir de los hechos conscientes". Sin embargo, no se aparta totalmente de ellos pues contiene vivencias preteritas y provoca efectos sobre la vida mental. Su débil conexión con la conciencia determina su recuerdo fugaz y su reproducción, con frecuencia, dificultosa. Aparte de la antigua interpretación profética, el primer intento científico para investigar el significado de los sueños, proviene de Freud. Evidentemente, en su carácter de proceso psíquico, tienen un objetivo y un sentido

propios. Comunican, en un lenguaje simbólico, ideas, tendencias, inconscientes por la acción represiva de la conciencia; el relato en que aparece un hospital, con caracteres desagradables, conduce al soñador a confesar una neurosis atendida, pero no curada. Como el organismo reacciona ante una infección, "cuanto más alejada de las posibilidades vitales se halle la actitud consciente, tanto más habrá que contar con la aparición de sueños vivaces y penetrantes, de contenido contrastante pero convenientemente compensador, como expresión de la autorregulación psicológica del individuo"; es la función compensatoria del sueño. A veces su intensidad afectiva interrumpe el dormir, hecho que invalida el concepto freudiano que lo considera guardián de la función onírica y apaciguador de las emociones. Justipreciando las supersticiones que adjudican al sueño valor de oráculo, puede aceptarse una función prospectiva que anticipa total o parcialmente, futuras acciones conscientes. En el caso de quienes ocupan una situación desacorde con sus posibilidades individuales, el sueño tiene una misión reductora pues desvaloriza la actuación exterior. Existen sueños reactivos que, esencialmente, reproducen una vivencia consciente plenamente emocional; provienen de lesiones o procesos físicos, lo que ilustraría la interdependencia de cuerpo y alma. Personas particularmente receptivas tienen sueños de carácter telepático, cuyo reconocimiento "no implica aceptar incondicionalmente las condiciones esotéricas corrientes sobre la naturaleza de la acción a distancia". Las imágenes oníricas, "símbolos de nuestros contenidos inconscientes", no son valores concretos, sino su proyección. La imagen del señor X, es nuestra representación del señor X y no el señor X de la realidad. El sueño que participa de la complejidad de la vida humana, no puede ser aprehendido por ningún análisis simplista. La psicología, ajena a todo dogmatismo materialista, debe comprenderlo como "expresión de la vida psíquica".

Afirma Jung que el sueño, en su esencia, se refiere a la salud y a la enfermedad. Toda interpretación es una afirmación psicológica de alguno de sus contenidos y resulta riesgosa pues el soñador es reticente. ¿Vale la pena penetrar el sentido de un sueño? Para demostrar

que un animal es vertebrado se presenta su columna vertebral. Pero los sueños no poseen una esencia unívoca. Las situaciones corrientes (viajes, angustias, animales temidos) no constituyen regla fija, pero sugieren cierto significado. ¿Cómo confirmarlo? Un método no científico consultaría los divulgados libros sobre los sueños. Otra posibilidad sería remontarse a las primeras vivencias del individuo, siempre que éste quisiera y pudiera revelarlas. Las palabras del relato onírico ofrecen muchos significados. Alguien sueña con una mesa. La investigación descubre que es la mesa a la cual estaba sentado su padre cuando lo echó de su casa, negándole ayuda económica. Es el símbolo, para él, de su inutilidad. Todos los sueños no admiten una comprensión tan simple, y como lo descubrió Freud, ninguna interpretación es posible sin la colaboración del soñador. Proporcionan material para la exploración de lo inconsciente, de ahí el valor terapéutico de su estudio. Existen sueños insignificantes, fragmentos nocturnos de la fantasía diurna; importantes, que se recuerdan, a menudo, a lo largo de la vida; algunos contienen imágenes mitológicas, que revelan el contenido colectivo de la conciencia; llámanse arquetipos. Un joven soñó con una serpiente que custodiaba un vellocino de oro, en una bóveda subterránea. El mitologema explica ese símbolo como perteneciente a la vida heroica. Es un problema humano general que, en la juventud del soñador, aflora a la conciencia individual. La investigación onírica ha contribuido a resolver interrogantes filosóficos y religiosos.

Jung demuestra que "el lenguaje corriente habla de acción instintiva siempre que se presenta una conducta cuya causa y finalidad no son enteramente conscientes y que ha sido provocada por una oscura necesidad interna", como lo reconociera anteriormente Kant. Pero todos los procesos inconscientes no pueden considerarse instintos. Si alguien pisa una vibora, se asusta; tal impulso es un instinto, reacción comprensible, habitual, que se repite uniformemente. Si alguien se asusta ante una gallina, tiene un impulso inconsciente, una fobia que sucede aisladamente. El instinto puede ser "domesticado", mediante argumentos y propósitos racionales, pero la acción exagerada que comporta pérdida, y, aunque el

hombre moderno se niegue a reconocerlo "está influido por el instinto, mucho más de lo que se supone".

En este ensayo Jung muestra la remota y permanente creencia del género humano en "la existencia de seres espirituales o etéreos (a menudo las almas de los muertos), que moran a su alrededor ejerciendo una poderosa influencia invisible". El racionalismo de Occidente ha tratado de reprimir el espiritismo, que ha adquirido un profundo interés científico, "contra la verdad de los sentidos". Protegía a los primitivos del materialismo resultante de su total dependencia del medio físico. El hecho "espiritual" estaba constituido por la visión o aparición de espíritus; por el sueño, cuyos personajes se consideraban espíritus, y por las enfermedades de tipo histérico, caracterizadas por delirios y alucinaciones. Para el primitivo, el espíritu del muerto equivale al alma del ser vivo. De ahí los cultos correspondientes. La ciencia moderna considera complejos lo que él denominaba alma o espíritu. Los fenómenos parapsicológicos se vinculan a la presencia de un médium; su actitud debe interpretarse como exteriorización de los complejos. El examen del espiritismo, en función de proceso psíquico, no discute la existencia independiente de los espíritus, "eludiendo el sistema de considerar falso lo que no se puede explicar".

NELIDA C. MARCHI

GILLO DORFLES, *Constantes técnicas de las artes*. Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1958.

A través de fronteras y contactos técnicos, conjetura Dorfles un panorama equilibrado y lúcido de los materiales formativos del arte. Desde un estudio de los riesgos propios de toda búsqueda estética hasta las circunstancias que promueven la conclusión feliz de una obra, el autor discurre por las complejidades inherentes a toda creación. Examina "la existencia de ciertas relaciones de valores técnicos: el estudio de algunas constantes formativas que me parece se halla algo descuidado, es-

pecialmente entre nosotros, o en todo caso sometido a indagaciones psicológicas o pseudo-científicas que no pueden sino perjudicar a un serio razonamiento estético".

El desarrollo de la naturaleza artística humana nos muestra un afán de contracción, de reducción a lo necesariamente substancial, a la palabra menor que destile mayor significación y simbolismo, a la aniquilación del adjetivo por el sustantivo que lo abarque. Paradójicamente esta búsqueda de la apretada síntesis simbólica ha conducido a un retorcimiento casi despiadado de los elementos de un arte y ha permitido que en el ardor del rastreo ciertos atributos momentáneos pretendieran una vigencia primordial. "...algunos encuentran en un elemento rítmico el embrión de la creación poética, otros en un elemento musical el embrión de la creación pictórica, pero casi todos olvidan un hecho de máxima importancia, y es que se trata siempre de sensaciones extremadamente subjetivas, fugaces, transitorias, que no pueden ser tomadas como ejemplo de una actividad creadora universal, sino que valen solamente para unos pocos individuos, cuya particular sensibilidad está orientada en aquel sentido determinado". Dorfles abunda en ejemplos sobre sus afirmaciones y no desvirtúa la posibilidad de la existencia de "sensaciones coloreadas que acompañen a ciertos sonidos, ciertos timbres o ciertas letras", pero se resiste a convalidarles una eficacia irrevocable y taxativa, "ni desde un punto de vista psicológico ni, mucho menos, desde un punto de vista estético". Los elementos que promueven un significado artístico pueden llegar, por su índole delicada, a desvirtuar su fundamento y eficiencia original. La excesiva búsqueda de atributos excluyentes, más aún cuando se afecta el cateo de sensaciones o elementos accidentales en el medio que se maneja, genera equívocos. Entenderemos cuán perecedero, por ejemplo, resulta erigir símbolos basados en determinadas propiedades de la palabra si vemos en ésta su propensión continua al cambio, a la novedad. Pavese, en su libro *Oficio de Poeta*, recuerda: "Un símbolo que no invista todo el estilo de una narración y que, al mismo tiempo, no sea evidente en la puntuación o en el ritmo directo-indirecto del lenguaje, no es un símbolo sino solamente una alegoría, fría y arbitraria".

Aprécia Dorflès que la invasión de jurisdicciones artísticas entre sí se produce en épocas de decadencia y deplora que un arte pueda apoyarse en el cuerpo de otro. "Cuando la pintura —como sucede en nuestros días— quiere tender al estado de música (para decirlo con Schopenhauer), es decir, quiere abandonar completamente la figuratividad y no convertirse en "abstracta", como ha sido siempre, sino más bien en no figurativa, basada en puros ritmos formales, en puros acordes cromáticos (y la lección de Mondrian y las teorías de Kandinsky lo muestran), entonces llega a abandonar también la adhesión a su medio expresivo y tiende a usar el color como sonido". En el deslinde de los elementos técnicos a que alude Dorflès puede esquematizarse la idea general del libro. Su paso por las distintas manifestaciones artísticas no sobrelleva una connotación ejemplificadora y simplista, sino constituye una indagación a la herramienta propia de cada una de ellas. El temario es amplio y el espíritu crítico se amalgama con la información y el enfoque perspectivo. Dorflès acerca el hecho de que un motivo sensorial, en cualquiera de sus manifestaciones, es el comienzo de una obra artística, en cualquiera de sus géneros; sus contrastes y analogías, pues, se refieren objetivamente a la construcción técnica, elemental. En este terreno aprueba el análisis y aclara cuestiones que hacen a la existencia misma de las diferentes artes.

El volumen incluye al final dos notas: a propósito de la *Farbenlehre* de Goethe una, y de abstracto y concreto en el arte moderno, otra; tradujo Rodolfo Alonso.

JUAN OCTAVIO PRENZ

FRANÇOIS GRÉGOIRE, *La Nature du Psychique* (La Naturaleza de lo Psíquico), Presses Universitaires de France, París, 1937.

En nueve densos capítulos, Grégoire condensa la sustancia misma de este serio estudio sobre la naturaleza de lo psíquico. Y lo hace con un mesurado acopio de datos científicos y filosóficos y un espíritu crítico que le permite

pasar esos datos por una honda reflexión que, a través de las distintas posiciones consideradas, intenta consagrar la suya propia.

Ya en la advertencia nos adelanta la "actitud inicial" que va a presidir toda la obra: "considerar el Espíritu fundamentalmente como un proceso de asimilación equilibrado por una adaptación antagonista". Con este principio se van desarrollando las interpretaciones de los distintos aspectos estudiados: el punto de vista científico, de la sensación al juicio, razonamiento e invención, los dos modos de comprensión, matemáticas, estructuras y lógica, el punto de vista fenomenológico, el "espíritu" visto por el sociólogo, la experiencia mística y la intuición bergsoniana, tratados sucesivamente en los respectivos capítulos. Unas "conclusiones", síntesis de todo lo expresado y manifiesta clarificación de su pensamiento, cierran el trabajo de Grégoire.

En el primer capítulo trata de la relación entre el espíritu y la materia, entre el alma y el cuerpo. Analiza especialmente la posición del evolucionismo y destaca las dos soluciones fundamentales, por las cuales el espíritu sería un resultado de la evolución de las formas materiales o sería el origen de esa evolución y la fuerza interior que se desplegaría en la materia y posibilitaría la aparición de sus distintas formas. Para la primera, menciona como representantes a Voltaire, Diderot, Holbach, Mach, Russell, Whitehead, Bohr, y da la dialéctica materialista en general; para la segunda solución incluye a Leibniz, Bergson y Burioud. Estudia los aportes de la física y de las ciencias biológicas para terminar señalando "una jerarquía entre tres planos, el de lo fisiológico, el de lo inconsciente y el de lo espiritual" porque lo Inconsciente aparece como el dominio que permite reducir el abismo por lo general creado entre la materia y el espíritu, poniendo en relación estos dos estratos.

Los capítulos que tratan de la Sensación y el Juicio, del Razonamiento y de la Invención, nos muestran la actividad de asimilación y simplificación del psiquismo humano, por la cual se va estructurando la realidad, traduciéndose lo cuantitativo en cualitativo hasta transformarse en "potencialidad relacional" por el concepto, para pasar de un concepto a otro en el juicio y afirmar el valor

del sujeto en tanto que selecciona y esquematiza la realidad a fin de superar los grados no totalmente liberados de la sensación y de la percepción, con relación a la forma en que ella nos afecta. Por último, el razonamiento, permite "abrir" el concepto para encuadrarlo en otra estructura, en otro orden, lo que supone un verdadero procedimiento de invención. Toda esta reflexión de Grégoire está enmarcada dentro de la teoría psicológica de la Gestalt.

En la referencia a los dos modos de comprender el universo, el intuitivo y el relacional, tendríamos por un lado la valoración de la experiencia sensible por proporcionarnos los datos que nos permiten conocer adecuadamente la realidad y en suma adaptarnos a ella; por otro la visión científica del mundo que trabaja sobre la negación de la intuición sensible como fuente de aprehensión de lo real y la afirmación de un sistema relacional simbólico que en última instancia prescindiría del valor objetivo de la realidad inmediata, aunque nos permitiría *asimilarla* en una nueva estructura. Extiende el enfoque estructural a las matemáticas y a la lógica. Como consecuencia, en un "todo matemático" hay una interrelación entre todos los elementos que lo componen y cada uno de ellos depende de la estructura del todo; asimismo se considera dinámicamente a la lógica, "como un proceso y no como un estado", a la manera de Hegel, pero con un acento lamarckiano y bergsonian. En todo discurso lógico hay interrelación entre las partes y el todo, la configuración de éste condiciona la de aquellas, tal "como en un organismo vivo". El Espíritu sólo se comprende a través de todas las estructuras creadas para favorecer su propio desenvolvimiento, y que, al conceptualizarla, artificializan la "experiencia común".

En los últimos capítulos se asiste a la explicitación del punto de vista que afirma la trascendencia del Yo frente al esfuerzo de estructuración de sus elementos, por el sobrepasamiento de las cosas, consideradas como exteriores al espíritu mismo, aunque sean el sustento de su actividad. Se nos presentan las experiencias fenomenológicas, sociológica, mística y bergsoniana, para convalidar el enfoque. Para el fenomenólogo, el Espíritu —utilizando la terminología de Grégoire— (la conciencia) se define por

la intencionalidad y por eso se destruye la distinción entre las distintas facultades psíquicas —"inteligencia, memoria, imaginación"— que la psicología tradicional había postulado y se abre paso a una concepción estructural —auténtica o no— donde no hay estados psíquicos, no hay yo interior y el Espíritu se constituye por un mundo que se le ofrece en un conglomerado de objetos ante los cuales es "centro de perspectiva". (Hay Yo para un no-Yo). La experiencia sociológica nos revelaría la condición de "conjunto estructurado" que poseería el grupo social para permitir la realización de valores individuales, atendiendo a las distintas aspiraciones humanas. Se analizan especialmente las posiciones de Durkheim, hasta Merleau-Ponty. "La experiencia mística, especialmente en sus comienzos, es conflicto", por la inquietud del alma en posesión de Dios, que se manifiesta en los planos del pensar, del sentir y del querer. La experiencia mística tiene un carácter activo —las cosas cobran en el alma un sentido más rico— y uno pasivo, por la contemplación; en esta doble faz el alma configura su "estructura esencial". En "La intuición bergsoniana", último capítulo de la obra, se hace referencia a la distinción (Bergson) entre el espíritu creador y la materia inerte, como a la permanente heterogeneidad cualitativa de aquel que permite concebir "la duración", que se hace más intensa cuanto más intenso es el "esfuerzo" de concentración espiritual del yo ante lo dado, esfuerzo estructurante de asimilación.

A través de toda la obra se asiste a la fundamentación de la idea básica que la sostiene: El Espíritu identificado con la psique, sea la consideración materialista, biológica, estrictamente espiritualista, sociologista, pero condicionado por la relación individuo-mundo, aunque trascendiendo esa misma relación mundana. Así, el estudio sobre "La naturaleza de lo psíquico" por la influencia notoria de la psicología de la Gestalt, ya señalada, se vierte, en todas sus fases, hacia el estudio del Espíritu en enfoque estructural.

LUIS ADOLFO DOZO

COMENTARIOS Y EXTRACTOS DE REVISTAS

I. E. S., Revista del Instituto de Estudios Superiores. Año III, Nº 4, enero-junio de 1958. Montevideo. Del artículo *El criollo en el afianzamiento de la conquista del Río de la Plata* de Hermógenes Rojas Silva, transcribimos el párrafo titulado "Adopción del medio indígena":

"Desde la fundación de la Asunción, en efecto, la asociación hispano guaraní cobrará un ritmo sorprendente. Se la ha definido como originada en un pacto: el guaraní necesitó la alianza de aquellos hombres nuevos dotados de poderosos medios de destrucción para asegurarse contra las depredaciones crecientes de sus enemigos, especialmente de los gualcurúes; el español buscó en el guaraní una base sólida y un sostén firme para su ambición de hallar el camino a la Tierra Rica.

Nos parece más provechoso señalar por debajo de ese aspecto político, dos fenómenos que "comienzan a rodar al día siguiente de la ocupación" de la Asunción. Ellos son: 1º La adopción y desarrollo del medio económico paraguayo; y, 2º El mestizaje.

El conquistador, que hasta entonces se había procurado el sustento mediante el trueque con el indígena, adopta y desarrolla ahora los medios económicos que éste había creado. El contenido de la chacra indígena pasa a ser el de la chacra del conquistador. Cultiva el hispano la mandioca, el maíz, la batata, el poroto, el maní, la calabaza; más tarde la enriquecerá con la caña dulce, el trigo, la vid, el arroz, la sandía... Las industrias indígenas del hilado y la cerámica se adaptan a satisfacer las necesidades de los españoles. Estos aportarán las propias, derivadas especialmente de las necesidades de la construcción, la guerra y la navegación, y algunas de orden económico. Se desarrollará la carpintería, se harán clavos, anzuelos, herramientas, aparejos y hasta armas —en cuya fabricación y uso demostraron los nativos singulares aptitudes— aprovechando el escaso caudal de hierro de que disponían, en una región

carente de metales; se fabricarán más tarde trapiches, prensas y otras maquinarias.

Los españoles adoptan la dieta indígena: la mandioca y sus derivados y el maíz, forman la base de ella. Adoptan y generalizan el uso de la yerba mate, constituyéndola en la base de una riqueza que persistirá, en importancia de primera línea, entre los productos regionales. Adoptan también la hamaca, el mortero y otros varios utensilios sociales, así como procedimientos económicos indígenas que van configurando el nuevo modo de vida.

Se poseen datos en los archivos paraguayos —que han sido difundidos por sus historiadores— sobre el rendimiento de las primeras cosechas. Y, concomitantemente, se produce el fenómeno político de regular las expediciones y "entradas" al ritmo de la producción y reserva de bastimentos necesarios.

Es de advertir que el aprovechamiento del medio económico se hace por el español sobre la base de otros esquemas sociales, distintos a los indígenas y que el conquistador trae consigo. El guaraní no conocía la propiedad privada de la tierra ni la explotación del hombre por el hombre como sistema de su economía. El hispano las implanta. Los conquistadores se reparten la tierra y los indios. El contorno asunceño se rodea de grandes "chácaras": las de Irala, Salazar, etc. El método se generaliza más tarde con la encomienda. En la chacra el indio trabaja para su señor, aunque le llame "tovayá" (cuñado). En la producción de la chacra se basa casi exclusivamente la economía regional hasta la aparición del ganado vacuno.

Nouvelle Revue Française, septembre de 1958. Wladimir Weidljé publica el artículo titulado "Notas sobre dos ideas fijas", del que traducimos el siguiente fragmento:

"Todo pasa, cada vez más, en la crítica del arte contemporáneo, como si se tratara de elegir entre dos ideologías contrarias y no de juzgar las obras, de distinguir lo excelente de lo mediocre, de desempatar los éxitos y

los fracasos. En sí, la inclinación no es nueva, pero se ha propagado de manera asombrosa desde comienzos de siglo, y sobre todo después que se precisó, hace unos veinticinco años, la política en materia de arte de los estados totalitarios. Esta es simple; consiste en suministrar a las gentes lo que no cuesta casi darles: no arte, sino lo que tomarán por arte (en privarlos tanto más fácilmente de lo que les habría privado de todas maneras). Es también tan simple, esta política, que llega a simplificar las ideas de los que se oponen a ella. Los golpes de fuerza, los argumentos -maza de los negadores del arte contemporáneo terminaron por embotar el sentido crítico de sus defensores más celosos. Viéndolo villipendiado, maltratado, hasta interdicto, en su conjunto, se creen obligados a ponerlo por las nubes en bloque. Y como esto se deja hacer más cómodamente si se exaltan las intenciones sin examinar mucho las obras, es justamente lo que ellos hacen— y de lo que no se privan, aun en los casos, bastantes frecuentes, en que estas intenciones son contradictorias y sus resultados, inconciliables.

Así, ellos asumen a la vez la defensa de la deformación y la de la no-figuración, sin reflexionar que, desde el momento en que no se "figura" nada, no hay allí tampoco nada para deformar. O bien se hacen un deber admirar en los surrealistas esos mismos procedimientos de reproducción literal que denuncian en cualquiera otra parte y que, ciertamente, concuerdan mal con los principios de la pintura abstracta. Pero la ideología que es el fin de esta intransigencia en sentido inverso encubre una contradicción más radical todavía puesto que opone una a otra las dos ideas siguientes: la de la abstracción (o "pureza") en el conjunto de las artes y la del funcionalismo en el arte del arquitecto".

L'Ethnographie, Paris, Nº 52, 1958, publica un artículo de J. Bellin-Millieron, titulado "El Hombre y Las Plantas", del que traducimos el siguiente fragmento:

"Ninguna investigación es más apasionante para el etnólogo, el naturalista, el historiador de las ciencias, el sociólogo, que el estudio de las relaciones que se organizaron entre el hombre y las plantas en el curso del descubrimiento y la explotación del mundo vegetal, en los diferentes estados de la civilización. Del punto de vista metodológico, los estudios seguidos en este dominio, tienen el interés de obligar a quien se entrega a ellos a poner en comunicación planos del conocimiento que, para el hombre de ciencia acantonado en las disciplinas tradicionales, no se comunican; es necesario llegar a decir que esta metodología compleja caracteriza lo que podría-mos llamar la experiencia humano-vegetal.

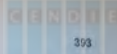
La planta, en definitiva, es el hombre y su historia; así, la primera conclusión a la que conduce el análisis etnobotánico de los técnicos y del comportamiento de las humanidades es que el espacio geográfico y el tiempo de la historia han sido profundamente *vegetalizados*, lo que, para nosotros, venidos tarde en la evolución de las civilizaciones, quiere decir *humanizados* por intermedio de la planta.

Además, la alimentación vegetal puede servir para clasificar las civilizaciones. El ejemplo del Oeste africano es típico a este respecto. Los hombres de régimen alimentario de tubérculos, rizomas, raíces, de la selva ecuatorial, están en un estado "primitivo" de civilización, que se opone al grado de evolución de los hombres de la sabana tropical, en que el alimento está constituido por cereales: mijo, sorgo, eleusina. Pues en el curso de los tiempos prehistóricos e históricos, los vegetales han marcado en ciertas estaciones el pasaje de los hombres, y jalonado el descubrimiento del mundo natural. Recordemos las plantas encontradas en los palafitos de Suiza y de Austria: llantenos, centinodios, valerianas, buglossas, galio, centaureas, o todavía las investigaciones de Auguste Chevalier sobre *Pirus cordata* Desvaux que ha podido

seguir desde Persia al departamento francés de Maine y Loire, sobre la gran ruta litoral de las migraciones.

Pasemos a los tiempos históricos: se encuentra el vegetal sobre la pista del hombre. El doctor Gidon ha descubierto la hortiga romana en la zona galorromana del Orne en la Seuille. Ha encontrado a lo largo de la vía romana de Auserre a Entrains una flora que comporta un número fijo de especies como el *Cytisus laburnum* L., *C. Capitatus* Jacq., *Lithospermum officinale* L.; y nota allí la ausencia de plantas en los lugares vecinos, tales *Rhamnus cathartica* L., *R. frangula* L., *Sorbus aucuparia* L., *Aria tormilantis* L. Para las plantas de la Edad Media, la "hierba de las cruzadas" —*Farsitia Clypeata* R. Brown—, ha sido encontrada en las tierras de los antiguos señores de Saint-Vérain (Nièvre) que se cruzaron. Asimismo hay plantas propias de las construcciones feudales, de los canteros, de los castillos del siglo XVIII. Alfonso de Candoye señalaba ya que los dromicos no existían en Inglaterra más que sobre las ruinas medievales, y en Francia se los ha encontrado en las "motas" abandonadas.

Todos estos hechos ponen en evidencia el acompañamiento tenaz del hombre por la planta. En nuestros viejos villorrios los vegetales de los escombros son un ejemplo clásico. El suelo de los escombros, sustrato de la flora de las ruinas, está humanizado al punto de que muchos siglos después que los lugares han cesado de ser habitados, éstos conservan las modificaciones vegetales aportadas antes: la historia de las plantas señala al arqueólogo la Agripalma (*Leonurus cardiaca*), las labiadas propias de los escombros antiguos, *Nepeta cataria*, por ejemplo, en los viejos caminos galorromanos. Es necesario recordar que en estos suelos privilegiados comenzó la edad de bronce, que las especies salvajes se transformaron en especies semicultivadas: el *mastuerzo silvestre* (*Lepidium*), el macerón, que sirvió de alimentación en la Antigüedad y la Edad Media, ilustran la incorporación de viejos vegetales a la vida de las poblaciones de nuestros países. Algunas cultivadas antes como alimentarias, fueron suplantadas por especies nuevas y no subsistieron más que como plantas de las ruinas de lugares habitados; las otras —alimentarias como la *Calendula arven-*



sis o *Muscari comosum*—, se perpetuaron como plantas de labrancio y de cereales ligadas a los trabajos de poblaciones de agricultores. Cualquiera que sea su destino, todos estos vegetales se identifican con las agrupaciones humanas y valen, por consiguiente, como analizadores de la historia y de las significaciones agrícolas. Se puede, por ejemplo, encarar una referencia etnobotánica de los lugares antiguamente habitados con *Leonurus cardiaca*, *Lithospermum officinale*, *Muscari comosum*, con los cardos de cabeza comestible, con el *Lepidium*.

Entre estos vegetales y las "ruas cavées" o "ruas vieilles" hay una relación causal cuya comprobación permite al etnobotánico ser un auxiliar del historiador y del etnólogo.

Hay más, el vegetal permite también, y sobre todo, analizar el comportamiento biopsicológico del hombre en el curso del tiempo. Allí también se revela la "presencia" del hombre en la planta; más aún, éste se encuentra allí tan unido con sus tendencias que el etnobotánico nos acerca las fuentes profundas de la causalidad psicofísica.

Les Nouvelles Littéraires. Paris, 25 de setiembre de 1938. Traducimos una parte del artículo titulado "¿En nombre de la ciencia es necesario matar las humanidades?"

Es una encuesta que Edith Mora, ante la reducción de los horarios de latín a partir del primero de octubre, ha dirigido para conocer la opinión de distinguidos hombres de pensamiento franceses. Transcribimos a continuación las respuestas del biólogo Albert Delaunay y del arquitecto Eugène Beaudouin:

Con Albert Delaunay. "En el Instituto Pasteur, población de blusas blancas. Blanco también el gallo, cuya cresta palpita como una mariposa escarlata y que dos ayudantes aportan —¿quizá para sacrificarlo, en reconocimiento a Esculapio?— Encuentro en la Biblioteca de Química al joven jefe del Servicio de Patología Experimental.

—Es un pesado servicio, me dice, y estoy seguro que si puedo asumirlo es porque estoy apasionado por la filo-

sofía y por la poesía tanto como por la investigación científica. Además, la ciencia pura no permite imaginar, crear ideas; una formación exclusivamente científica dará perfectos técnicos, pero no grandes hombres de ciencia. Todos los grandes inventores, todos los grandes sabios, son gente que conoce su oficio, más que ninguna cosa.

— ¿Pensáis que esta "ninguna cosa" sea aportada por la cultura clásica?

— Yo lo creería de buen grado. Es bien seguro que para adquirir el "oficio", las disciplinas de base son necesariamente las matemáticas y el inglés, esa lengua que ha llegado a ser, ¡ay! la de los congresos. Pero, para retomar una palabra de Lyautey, el gran sabio debe ser el técnico de las ideas. Ciertamente, un hombre de ciencia debe ser fuerte en matemáticas pero lo que le dará la imaginación, las ideas, el espíritu de síntesis, es el gusto del pensamiento, de la filosofía, de la poesía misma. Para mí, la palabra clave es *equilibrio*, que yo reemplazo de buen grado por *armonía*.

— La palabra y la noción son griegas...

— ¡Pero yo he cursado el latín y el griego!, y he elegido la opción del latín para mis hijos; el mayor quiere ahora ser ingeniero, pero ha sido presentado al Concurso General para el tema latín. Sé bien que hay actualmente un movimiento en el sentido de las matemáticas y de las ciencias, lo que se llama la enseñanza moderna; durante un cierto número de años no se podrá frenar este movimiento, pero en veinte años, quizás antes, se dará marcha atrás, ¡creedme! En efecto, se va a orientar cada vez más gente hacia las disciplinas científicas, pues, cuanto más la ciencia utiliza investigadores, más desarrolla el análisis, pero es a expensas del esfuerzo de síntesis: luego, es el espíritu de síntesis y no el de análisis el que permite los grandes descubrimientos.

Ya es sorprendente comprobar que los biólogos de hoy tienen mucho menos ideas que sus predecesores, los que estaban nutridos de cultura clásica, y sucede también que Francia, que es el país de la síntesis y de las grandes ideas, es también el que ha conservado la más profunda tradición de humanismo. Pero ahora, queremos competir con los anglosajones, que son esencialmente

analistas, como los alemanes. Pues, en biología sobre todo, el análisis puede conducir a aplicaciones prácticas, útiles e importantes, pero no al verdadero progreso, al gran descubrimiento. Como lo digo en mi *Diario de un biólogo*, que terminé en este momento, la palabra biólogo sobreentiende vida, y la vida no es: deviene. Escapa al análisis, pues es un perpetuo devenir, parecido al río heraclítico... ¡Mas, ved, retorno aún a los griegos!

Con *Eugène Beaudouin*. "En un vasto y luminoso escritorio, rodeado de mapas, de planos y de maquetas de líneas audaces, no me sorprende escuchar al arquitecto responderle firmemente:

— Considero que la civilización mediterránea es una de las más grandes riquezas de la humanidad y que debemos a todo precio asegurar su continuidad. Nuestra cultura desciende directamente de la civilización griega. Nos hemos desenvuelto en esta manera de pensar, de vivir, y quisiera preservar su belleza, su grandeza, su delicadeza. En esta atmósfera pienso que nuestros temperamentos encontrarán su mejor expansión. Por esto, me parece esencial fundar la formación de nuestras élites sobre el estudio de las "humanidades".

— ¿Es la formación que habéis recibido?

— Justamente no y es por eso que hablo de ello con conocimiento de causa puesto que he hecho estudios científicos y técnicos, luego profesionales. Mi experiencia de profesor (como director de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Ginebra y aquí mismo, en París, como maestro de taller en la Escuela de Bellas Artes, donde he tenido desde hace veinticinco años unos doscientos cincuenta alumnos) y por otra parte lo que he visto en el mundo en el curso de numerosos viajes, o lo que he aprendido en los contactos que he tenido con los colegas extranjeros en la Comisión Internacional de la Formación de los Arquitectos de la que soy presidente, todas esas informaciones me permiten afirmar que una cultura general clásica, tan amplia como es posible, es la base necesaria para adquirir rápidamente la mejor formación profesional.

— Pero prácticamente —y es tanto al padre de familia como al profesor que me dirijo— ¿cómo los jóvenes pueden actualmente conciliar la adquisición de esta cultura

clásica y general con las necesidades de la especialización? —Yo pienso, sobre este punto, que es deseable en materia arquitectural no especializar los estudios de la gente joven sino bastante tarde. Lo esencial es, en primer lugar, armar perfectamente al joven estudiante. El arquitecto debe, en nuestros días, poseer un amplio conocimiento literario, hablar muchas lenguas, saber exponer sus concepciones, no solamente por los medios gráficos (de los cuales debe tener un total conocimiento) sino igualmente en una exposición redactada o verbal, reflejando con precisión la claridad de su concepción. Es cierto que esta capacidad debe apoyarse en conocimientos técnicos y prácticos de los medios para realizar las obras que se nos invita a concebir, pero no hay que olvidar que especialistas, versados en los aspectos innumerables de la ejecución, están cerca de nosotros para asumir esas tareas. Nuestro papel consiste entonces en coordinar su acción para obtener la unidad de ejecución capaz de expresar mejor nuestra concepción, siendo el de nuestra misión, es necesario recordarlo, "servir" lo mejor, asegurando el bienestar, creando el cuadro material, la atmósfera y el ambiente espiritual capaces de asegurar la felicidad de nuestros semejantes. ¿Tal objeto no supone una cultura profundamente humanista?"

LA REDACCION

Traducción de Balbenera Raquel Enriquez.

IDEAS CONTEMPORÁNEAS

LOS MEDIOS DE EXPRESIÓN

Lo mismo que el lenguaje de las palabras escritas puede en sí mismo poseer una belleza, como en Platón, lo mismo el lenguaje de los otros símbolos presenta *per se* un lado estético tanto por sus formas notablemente puras como por la economía de los medios puestos en obra, que permiten abrazar horizontes insospechados. Por esto estos lenguajes han terminado por atraer a los filósofos y aun a los poetas contra toda espera. En ese sentido

creería de buen grado a las matemáticas y su difusión, responsables de la declinación actual de la poesía, que podría ser definitiva. Los ingleses dicen a menudo que Sir Humphrey Davis hubiera sido el primer poeta de su tiempo si no hubiera sido el primer químico. Y yo no estoy del todo seguro de que ellos se hayan equivocado en esto. ¿La perfección de una ecuación diferencial no puede igualar a la de un soneto? Las matemáticas gozan del privilegio especial de poder expresar lo que permanece inexpresable en palabras. ¿Se puede atribuir otro fin a la poesía y a sus arcanos? ¿No busca ella también hacernos comunicar con alguna cosa que escapa al fonetismo? Pues, más allá de las palabras se encuentran los símbolos y sus combinaciones forman cadenas llenas de sentido. El matemático está impulsado por la misma necesidad estética que el pintor y el poeta: introducir la belleza del ritmo en el caos percibido, y la universalidad del lenguaje que él emplea agrega a la atracción del monumento que erige la dimensión general que hace de él un modelo impersonal para su época.

En su esfuerzo por alcanzar este modelo, el hombre desea comprenderlo para identificarse con él, dominarlo para superarlo y construir allí otro y al mismo tiempo inclinarse ante él para admirarlo. Pero de esta vasta historia, que es la de la evolución del conocimiento, no se enseña en general sino a disecar los restos fosilizados mientras las razones que han llevado al animal a producirlos y a moverlos pasan en silencio. La imagen entonces se deforma y la humanidad adora falsos dioses: el idolo desprendido a *posteriori* de las contingencias que lo han hecho nacer. Se enseña todavía penosamente los tortuosos subterfugios de la guerra del Peloponeso, que son totalmente extraños a las exigencias de nuestros contemporáneos, mientras que no hay un hombre sobre un millón que pueda decir que un poco antes de esta época, Melissos ensaya razonar con cuatro dimensiones y que Anáxagoras establece la teoría de los infinitos. Y sin embargo vivimos todavía de la continuación de sus trabajos, mientras que las veleidades de Alcibiades no son más que piruetas de espectro. La primacía de lo espiritual y de su lenguaje es absoluta.

Pero no habría que creer siempre que el simbolismo matemático, con la ayuda del cual se escribe hoy la mayor parte de la teoría del conocimiento, sea un simbolismo universal aplicable a todos los dominios. Su esencia misma le interdice tamaña ambición. El simbolismo matemático permanece siempre tautológico, es decir que repite sin fin, en formas diversas: $A = B$ lo que significa en el fondo que $A = A$.

Haciendo corresponder sus símbolos a ciertas entidades escogidas, el simbolismo matemático permite expresar entre estas entidades, relaciones que el lenguaje no sabría traducir a causa de sus complejidades.

JEAN ZAFIROPOULO

Foz Zenonia

Les belles lettres, París, 1958.

EL MICROFINALISMO

Nuestros estados de conciencia están rodeados de estados nuevos posibles (en las circunstancias impuestas por lo exterior), es decir, de estados virtuales. Una exploración continua permite tener conocimiento de ello, y, si uno de entre ellos es elegido, un nuevo estado real se producirá. Durante la transformación, el pasado y el futuro se mezclan, pues ellos dos son quienes caracterizan la transformación. Un estado de conciencia posible, que contenga un rasgo particular (una idea nueva) puede, pues, en su estado virtual, influir (sin determinarla completamente) la transformación —y por consecuencia el acceso a la existencia de la idea nueva. El conjunto de estados accesibles por transformación para cada uno de nuestros estados, constituye lo que se podría llamar un "campo" de posibles o sobre todo una "constelación": este nombre conviene mejor a una estructura discontinua netamente diferente de la de los campos físicos continuos, vehículos del determinismo. La conciencia se mueve de alguna suerte a través de esta constelación de estados virtuales, aportando la existencia a los elegidos sucesivos, y eliminando, sin destruirlas (para conservarlas en el recuerdo), las ideas útiles que los caracterizan.

Por ser de naturaleza microscópica, esta concesión (el microfinalismo) no representa en ello, menos un cambio de punto de vista absoluto (y no una modificación de grado) con relación al determinismo clásico. No es seguro que sea fácil sacar de inmediato todas las consecuencias de la introducción de tal mecanismo discontinuo en los fundamentos de nuestro mismo pensamiento.

El leve fulgor de esperanza que nos presenta el microfinalismo, nos parece bien débil ante la amplitud de los problemas planteados por el conflicto entre las exigencias del finalismo y las necesidades del racionalismo. ¿Pero no es ya un índice precioso ver a la física misma, este bastión del racionalismo, dar derecho de ciudadanía a una noción que, según el punto de vista, se podría decir que está mancillada —o ennoblecida— de finalismo?

PIERRE AUGER

Le microfinalisme.

"Revue de Philosophie" 1953-1954

VALOR DE LA OBJETIVIDAD

En tanto que es legítima la crítica del ideal objetivista cuando se aplica a denunciar los obstáculos que se oponen a su cumplimiento, de la misma manera deviene injusta, y por añadidura peligrosa, cuando de la crítica proplamente dicha pasa a la denigración. La ocasión es muy oportuna para proclamar la qlebra del conocimiento objetivo y preconizar un total cambio de los valores. Porque el esfuerzo de la ciencia para eliminar del conocimiento todo elemento antropomórfico no tolera ser llevado hasta su fin, se abandona o sobre todo se desecha el ideal cuya persecución marcó el progreso de la humanidad pensante desde los comienzos de la era científica, y se nos invita a retroceder, a volver lo más lejos posible hacia atrás, a la era prekantiana, precartesiana o aun presoerocrática. El reconocimiento de los límites de la objetividad no tiene nada que ver con esta alegría maligna con la cual algunos están siempre prestos a acoger los fracasos de la razón y a llevarnos hacia una subjetividad

—individual o colectiva— no ya sufrida, sino deseada y valorizada. Sucede que este irracionalismo procede de intenciones puras, que sea el hecho de almas generosas y decepcionadas; lo que ellas no pueden perdonar al conocimiento objetivo, no es unir los hombres, es al contrario no establecer entre ellos más que un acuerdo superficial, que no implica la unanimidad espiritual y que hasta la excluye, por todo ese aparato de pruebas y de impedimentos al que debe hacer llamado para forzar el asentimiento. Y no es sino demasiado verdadero que la comunión de las inteligencias no comporta necesariamente la de los corazones y las voluntades, y que una civilización de base únicamente científica es frágil porque tolera hermanos enemigos. Pero es éste el momento de meditar la severa advertencia de Brunschvicg: la calidad de las almas no dispensa la de las ideas. Las mejores intenciones del mundo no pueden impedir sino después que se ha recusado el supremo juicio, no queda más que elegir entre dos formas de decadencia: una tolerancia escéptica que lleva en sí el germen de su propia destrucción, y un imperialismo agresivo y obstinado que hace virtud de su ceguera. La constitución progresiva de un real objetivo, en correlación con la de un conocimiento intelectual, no nos hace aun avanzar sino algunos pasos en el camino de la unanimidad espiritual. El acuerdo sobre el ser no suplió por el acuerdo sobre el deber-ser, y sin duda, al acusar el contraste, nos hace sentir más dolorosamente la falta. Aporta al menos la seguridad de que el hombre no está irremediabilmente encerrado en su subjetividad individual, ni aun en la intersubjetividad del grupo social o de la especie biológica. Instituye una sociedad de las inteligencias que no une solamente la participación en una misma verdad, sino, lo que importa más y de lo que los particularismos sienten bien la amenaza, una común adhesión al valor mismo de la verdad. Y por el esfuerzo de desinteresamiento que ella exige, por el consentimiento íntimo del yo a borrarse ante un valor universal, supone ya una conversión, al menos provisoria y parcial, de lo humano a lo espiritual.

ROBERT BLANCHE
La science physique et la réalité
Presses Universitaires de France.

EL ANTICOSMOS

Hace algún tiempo, los especialistas de la física nuclear se engrieron de haber aportado una cierta claridad en nuestras ideas sobre la estructura de la materia, o por lo menos haber reducido singularmente la aparente complejidad. Hasta estos últimos años, el número de las partículas llamadas "elementales" no había cesado de aumentar. Werner Heisenberg señaló alrededor de veinticinco. Y he aquí que después de un debate tan largo como apasionado, los físicos más eminentes se pusieron de acuerdo para limitar a tres el número de esas partículas "principales", a saber: los *protones*, cargados de electricidad positiva; los *electrones*, de una masa diferente de la de los protones, y portadores de una carga eléctrica negativa; y, en fin, los *neutrones*, así llamados porque están desprovistos de toda carga. Mientras se consideraba que los dos primeros constituyen el núcleo del átomo los electrones formaban la periferia.

Ciertamente, no hace menos de un cuarto de siglo, el físico inglés Dirac había lanzado la idea de una estructura "simétrica" de la materia, en la cual la existencia de cada partícula elemental implicaría la de una antipartícula, de una masa idéntica, pero de una carga eléctrica opuesta. El descubrimiento, en 1932, del antielectrón (positrón) parecía limitar en favor de esta hipótesis. Sin embargo ha sido necesario esperar más de veinte años para encontrarse en presencia del antiprotón, simétrico del protón, es decir de carga eléctrica negativa. En fin, el año 1956 acaba de aportar una confirmación deslumbrante del principio de la simetría caro a la Naturaleza. Pues el equipo de los físicos de Berkeley ha acertado a descubrir los antineutrones en el flujo de partículas nucleares producido por el bevatron.

Si se comprende la oposición entre el electrón y el protón por una parte, y el anti-electrón y el antiprotón por otra parte —cargados de electricidad de especies opuestas— uno puede preguntarse en qué se diferencia un neutrón de un antineutrón. Para responder a esta pregunta legítima, hay lugar para recordar que además de su masa, de su carga eléctrica y de su momento ci-

nético (llamado "spin"), las partículas nucleares poseen un momento magnético. El antineutrón tendría pues propiedades magnéticas inversas a las del neutrón. En otros términos, si se considera al neutrón como un minúsculo imán, los polos del antiprotón estarían dispuestos en sentido inverso de los suyos.

Este último descubrimiento —que completa el esquema sugerido por Dirac— pone a la disposición de los sabios tres elementos de una antimateria: el anti-electrón, el antiprotón y el antineutrón. Está pues permitido admitir la existencia de anti-átomos de una estructura simétrica de la del átomo ordinario, y cuyo núcleo compuesto de protones negativos (y quizá de antineutrones) estaría rodeado de electrones positivos.

El doctor Goldhaber, físico de la misión atómica americana, está, en efecto, resueltamente comprometido en esta vía, sugiriendo la existencia, "a nuestros lados" de un anticosmos. Este universo gigantesco, hermano gemelo del nuestro, aunque invisible, no sería menos real. Compuesto de antimateria, revelaría sin embargo vestigios de la materia clásica, tan raros y tan excepcionales como los de la antimateria en nuestro universo para nosotros.

Para explicar el origen de dos cosmos gemelos, el sabio americano emite la hipótesis siguiente: he aquí que hace unos cuatro mil millones de años, un conjunto gigantesco —llamado "universon"— se había escindido en dos para dar nacimiento a nuestro universo (con el predominio aplastante de una materia compuesta de átomos de carga positiva) al mismo tiempo que a un anticosmos compuesto de antimateria, tal como acabamos de presentarla. Una vez separados, los dos universos se pusieron en movimiento alejándose uno de otro con una velocidad vertiginosa. (La división espontánea del meson neutro en dos partículas de carga contraria, que se puede observar en nuestros laboratorios, permite hacerse una idea del proceso descrito por el doctor Goldhaber).

Si se cree esto, de la misma manera que el cosmos, su antípoda comprendería planetas, estrellas y galaxias. Sin que se trate de "espejos" de nuestros astros, desde el punto de vista "estadístico" (es decir de sus relaciones

respectivas), el anti-universo se asemejaría al universo que conocemos.

Por otra parte, al no estar enteramente consumada la escisión del universon, sucede a las partículas elementales o complejos de dos materias entrar en colisión para destruirse mutuamente y definitivamente. En una reciente relación del astrónomo americano G. R. Barbride (del Observatorio de Monte Palomar, en California) y de su colega inglés el profesor Fred Hoyle, de Cambridge, se encuentra una descripción de estos "breves encuentros" de la materia y la antimateria. Liberando inmensas cantidades de energía, estas colisiones conducen a la aniquilación completa de dos contrarios. Según ciertos atomistas, las misteriosas ondas de radio que nos llegan de los abismos cósmicos serían signos de esos encuentros fatales de estrellas, hasta de galaxias enteras pertenecientes a "campos adversos".

La singular teoría del doctor Goldhaber promueve una serie de preguntas que, hasta el presente, permanecen sin respuesta. ¿Es posible trazar una frontera entre el cosmos y el anticosmos? Y, de una manera más general, ¿dónde debe situarse en el espacio el misterioso universo invisible? ¿Continúa siempre alejándose de nosotros? En fin, ¿no se podría postular la existencia, en un pasado lejano, de muchos universos y, por consiguiente, una pluralidad de cosmos de una estructura particular y, fundamentalmente, diferente del nuestro?

VLADIMIR TARR

Publicado en la revista *Presence* y reproducido por *La Nouvelle Revue Française*, octubre de 1958.

Traducción de Haydée C. Blot.

CRÓNICA

LOS FUEGOS DE SAN JUAN

Podemos preguntarnos por qué la fiesta de San Juan se celebra a partir de la llama en el día más cálido, 24 de junio, solsticio de verano, y por qué alumbramos una

hoguera en un tiempo en que no tenemos necesidad de recalentarnos como lo hace notar este viejo descreído que es Voltaire.

Frazer, cuyos estudios fecundos fueron generalmente admitidos sin crítica, dice que el hombre deseaba ayudar al sol a triunfar de su declinación. La debilidad de esta argumentación me decepciona, pues, en fin, es llevar al hombre al nivel más bajo y no darle ningún poder de observación; la credulidad de los pueblos primitivos permanece todavía bastante oscura, y muy a menudo nos reímos de ellos porque somos incapaces de comprender su forma de razonamiento. Si fuera necesario dar un ejemplo hubiéramos podido encogerlos de hombros al saber que los druidas no construían con la piedra, porque consideraban esta materia como animada¹, hubiéramos podido sonreír al leer los tratados de alquimia en donde está dicho que la piedra viviente quedaba sumisa a las leyes de la evolución, a los tres principios activos.

La ciencia encuentra solamente que las moléculas que componen la piedra están dotadas de movimientos de velocidades vertiginosas. Es necesario, pues, admitir que los antiguos habían llegado a un conocimiento profundizado del universo, a partir de leyes que nos son extrañas. Es indudable que estas enormes hogueras correspondían a un pensamiento secreto. Si los fieles ignoraban la idea generadora, los hombres instruidos habían sabido poner el acento en un ritual bien determinado. Hemos visto que todo es antitesis en este fuego que brilla en el Paraíso y quema en el Inferno, pero vamos a darnos cuenta de que los fuegos de San Juan recuerdan sobre todo el carácter purificador del fuego que consume, y que de sus cenizas fertilizantes renace la vida. Es, pues, principalmente, el rito de muerte y de resurrección el que está en la base de esta fiesta tradicional conocida de todas las civilizaciones y de la más alta antigüedad. Este rito de pasaje forma parte de un ciclo iniciático. Arnold Van Gennep ha dado muy útiles y minuciosas referencias sobre esta "ceremonia periódica cíclica".

1. Por esta razón tenemos tan pocos documentos sobre esta interesante civilización, que empleaba la madera como material. También por esta razón los dólmenes y los menhires son de piedras brutas, no talladas.

Si recordamos que los fenicios encendían cada año un fuego en el solsticio del estío y que era, sin duda, en honor del Fénix, no podemos dejar de establecer un paralelo entre el fuego de San Juan y la leyenda de esta ave fabulosa, pues, hemos visto que el Fénix era el símbolo de la resurrección. Podemos deducir de ello que el fuego de San Juan conserva la misma idea de regeneración. Van Gennep ha insistido muy particularmente sobre la descripción de esta ceremonia periódica y cíclica.

Esta concepción del fuego regenerador es muy neta en la tradición del Fénix. Edsman, después de haber citado largamente a los autores que trataron esta leyenda —señalemos particularmente al poeta romano Claudiano que escribió hacia el año 400 un poema aún célebre sobre el Fénix—, se pregunta con Rusch si es necesario considerar esta destrucción en sentido propio, es decir, bajo la forma de una combustión, o en sentido figurado, bajo la forma de una hieufacción que se produciría en la atmósfera. Después del proceso de esta muerte, el ave renace, sea directamente en el fuego, sea por etapas sucesivas; en este último caso el Fénix renace de sus cenizas; es el símbolo del residuo fertilizante. En efecto, en la ceniza se encuentra un gusano que, desarrollándose, se convierte en pajarillo, después Fénix; es un rito de transformación. Pero, más a menudo, la operación de muerte y resurrección es simultánea; en las llamas el ave muere y renace.

Frazer recuerda que en los Khonds de la India y en los aztecas, los sacrificios humanos se acompañaban de ritos igneos: las cenizas recogidas eran esparcidas en el suelo, y este desmembramiento de una víctima se integra en este simbolismo, donde la vida nace de la muerte. Así la leyenda del ave solar, el Fénix, se junta a la de Hieracles. El héroe, por su muerte en la hoguera, ha conquistado una eterna juventud, protege así a sus semejantes contra la enfermedad, la muerte y los maledictos.

El Fénix muere en la hoguera que ha formado el mismo y que alumbra con los rayos solares; purificado renace en una forma más joven; pero esto no puede producirse sino después de una integración del ser en una fuerza moralizante. Esta purificación o este rejuvenecimiento, pertenecen, finalmente, al ciclo de la recreación, y es de nuevo el símbolo de muerte y resurrección.

Es necesario advertir que el Fénix es justamente el ave del sol. Se encuentra en la *Antología latina* (alrededor del 500) un himno al sol, en el cual se cita al Fénix "como ejemplo de la fuerza vivificante y regeneradora del sol", que es llamado "eterno adolescente".

JEAN PIERRE BAYARD

Extracto de su obra: *Le Feu*,
Collection "Symbolisme", Paris,
Flammarion, 1958.

NOVELÍSTICA ESPAÑOLA

Cuando un autor se entrega al arte sin rebuscamiento, al arte natural, derivado del talento y demás dones propios, puede asegurarse que su obra no sólo tendrá trascendencia sino que perdurará e influirá en autores de su propia y sucesivas generaciones. Tan fundamental como la obra es quien la ejecuta. En 1901, Picasso hizo un retrato de Pio Baroja al carbón y quienes lo hayan mirado pueden tener la certeza de haber visto personalmente al ilustre escritor vasco y comprender el porqué de su influencia en el campo novelístico. Se lo ve sencillo, energético, agresivo, humano; es el compendio de un idealista. En acción y pensamiento, en visión y obra. Esos ojos apenas perceptibles trazados con tanta suavidad por la mano del pintor, sus escrutadores; de esas pupilas firmes surge ese humanismo que es base de todos los trabajos barojianos; con esa humanidad, podría definirse la obra de Baroja. El pintor malagueño debió sentir el peso de la mirada de quien vió en él a un gran artista, la mirada de quien lo llamaría: "un excéntrico musical, un divo". Baroja era sumamente respetuoso y valoraba en extremo los actos sencillos que parecen surgir de la nada, actos que originan historia.

—¿Usted es Pio Baroja?— Sí. —Yo, Martínez Ruiz.

Don Pio desmiente que ambos hubieran agregado palabra alguna de admiración recíproca como muchos sostienen tratando de realizar esa presentación. Como no influir entonces en generaciones esos dos artesanos de las letras, que estrechan sus manos y comienzan tan simplemente una amistad sincera. Sé admiraron. Azorín

es su opuesto y quizás radique ahí la esencia de tanto aprecio. Cuando Baroja en sus memorias se refiere a escritores contemporáneos y quiere darnos el valor de alguno en particular nos dice: "es similar a nuestro Azorín". Nada hay que agregar.

No enumeraremos aquí sus obras, analizarlas llevaría tiempo; digamos que en *La casa de Azorín*, una de sus mejores creaciones, nos da profundidad psicológica en sus personajes descriptos con técnica segura en un lenguaje puro, agresivo y dulce, netamente real. Es un trabajo de prosa sana, sin lenguaje académico o rebuscamientos literarios, que hacen de él un verdadero modelo del arte de escribir. Sus diálogos son sencillos, tiernos, y sus personajes nos emocionan pues son seres que conocemos, que viven a nuestro alrededor, son los seres que forman nuestra vida.

Sus descripciones son intensas, puede leerse *El país vasco* sin necesidad de mirar las fotos que ilustran el libro, pues Baroja más que escribir pinta. Muchos pintores —Picasso por ejemplo— poseen una prosa excelente, pero muy pocos han hecho con sus pinceles lo que Baroja con la pluma.

Influye en su generación y en las venideras por su humanismo; como no serlo quien tanto amó a Aristófanes y Eurípides. "Las escenas crudas de Aristófanes nacen de un fondo ético", sostiene, y lo mismo dice de los presos en *La casa de los muertos* de Dostolevski, y en él, celoso representante de esa generación de Unamuno, de Valle Inclán, de Azorín, todo es ética. Los clásicos influyeron en él, como él influirá en seres que dispongan del talento suficiente para asimilarlo.

Antiguo, moderno, popular o no, todo destiló ante sus ojos, todo atrajo su atención y su crítica. Baroja es fuerte, crudo y rudo la mayoría de las veces, pero certero y honestamente preciso en sus conceptos.

La literatura es su pasión, y sostiene, a pesar de no considerarla "un arte puro" que "en ella pueden influir constantemente la filosofía, la historia, la psicología, la sociología, las ciencias naturales, que dan nuevo datos. Estos pueden cambiar el panorama mental del escritor". "Supongo que habrá una técnica para la novela que a mí me gusta pero yo no he dado con ella". Poseyó la propia

y aún la buscaba. Cualidad de genio, Baroja discutido y admirado, influye en la novelística porque "ve las ideas y los hombres con el máximo de claridad posible". Sostiene que "el hombre es una máscara no sólo para los demás sino para él mismo". Enseña al novelista el interés que tiene y merece el hombre; en caso contrario no sería un idealista. Narrador sencillo, amargo, creador de personajes ejemplares, de cuadros realistas; su influencia en el cine es manifiesta aunque indirecta; Cesare Zavattini, el libretista de Vittorio de Sica es un admirador suyo, sus libros y él ya son de la posteridad. De su pluma caen expresiones emocionantes pues lo humano fué su único argumento.

Para entender por qué es ya un clásico, utilicemos sus propias palabras cuando al referirse a Poe, Dickens y otros, decía: "pertenecen a todos los tiempos y no están como engranados con la época y sometidos a ella, sino que pasan de una a otra sin perder nada de su fuerza ni de su importancia".

Noble y serio era ese vasco de Castilla, tal lo definió uno de sus prologuistas. Así era ese maestro de escritores; jamás dejará de usar su típica boina. Barba, boina y carácter lo definen. Aunque es un inmortal de España ya no tiene nacionalidad, su patria es la humanidad, el mundo entero.

ALFIERO PELLECCCHIA

LA SIMPATÍA

La simpatía, como la admiración, está vuelta hacia el prójimo mientras que el orgullo estaba vuelto hacia mí. Pero mientras que la admiración, como el rayo del espejo, no se inclinaba hacia el otro sino para retornar a mí, que exigía una comparación y convergía a un provecho personal, la simpatía me obliga y apunta al otro por sí mismo. En el orgullo yo hacia justicia al valor que había en mí; en la simpatía hago justicia al valor que hay en otro.

En la admiración, yo reconocía lo que podía obtener del otro; en la simpatía, reconozco lo que el otro puede obtener de mí.

La simpatía no es una tendencia a la solidaridad, necesidad de asociación proveniente del instinto gregario, y que tiene como fin la expansión de la vida. Existe en el hombre una tendencia social muy fuerte; pero hay que evitar colocarla entre las tendencias inframorales; la tendencia social es sin duda plurivalente, pero ella favorece primero a los intereses de la vida. El movimiento que lleva a los hombres los unos a los otros no toma un sentido ético sino al nivel del sentimiento. Por otra parte, es evidente que el más eficaz de los sentimientos inframorales es la simpatía. Esta no es tampoco la piedad, que va de lo más alto a lo más bajo, que es el sentimiento del fuerte por el débil, del rico por el pobre, del sano por el enfermo. La simpatía encara las relaciones de conciencia a conciencia sobre un pie de igualdad.

Es necesario además distinguir dos empleos de la palabra. En un sentido más estrecho, la simpatía es un afecto pasajero que se experimenta con respecto a tal persona en circunstancias precisas: se demuestra a alguien su simpatía en oportunidad de un duelo. En el sentido más amplio, la simpatía es la actitud general de afecto y de interés que se adopta con respecto a un cierto número de personas.

Aquí el sentimiento adquiere su mayor valor ético. Pues, en este sentido, no experimento simpatía sino por conciencias que yo siento al unsono de mis propias aspiraciones. Puede decirse que la simpatía es el atractivo que siente una persona como tal hacia otra persona como tal. Es una puesta en presencia de dos personas, la posición de un lazo entre dos espíritus.

Sin embargo, no es cuestión de dar a la simpatía un estatuto moral. Como lo ha probado suficientemente Scheler, las morales anglosajonas llamadas "de la simpatía", y cuyo representante más conocido es Adam Smith, no son sino inframorales. El hecho de participar afectivamente en los sentimientos del prójimo no puede conferirme "ipso facto" un valor moral; porque puedo compartir los sentimientos de otro, los más bajos y los más dignos de reprobación. La simpatía por el malvado puede por otra parte revestir dos formas: o bien yo experimento el mismo odio que el malvado, y me siento solidario con su conciencia; o bien experimento compasión ante el es-

pectáculo de su maldad, esta compasión, cuya etimología es exactamente equivalente a simpatía —no es la piedad de la buena conciencia instalada en la virtud y que mira al pecador— desde lo alto de su seguridad; además de haber en esta actitud una falta de correspondencia interior, ella supone ya una sólida base en la esfera moral. Pero ella es una comprensión de los motivos que animan al alma malvada, y la certeza de que esta culpabilidad es susceptible de perdón y de redención; ella se identifica con el alma pecadora en tanto que ella misma es capaz de todo pecado, y, sin legitimar la falta, se abstiene de juzgarla. Ella es conmiseración (participación en la miseria del prójimo) porque la siente a la vez injusta y desgraciada, y si ella se une a esta angustia, es que teme experimentar a su vez. Ella está pues absolutamente dispuesta a la vez a rechazar la falta y a excusar a su autor.

Con toda seguridad, todo ese contenido no es explícito, pero habita la verdadera simpatía, que es conocimiento irracional de mi similitud con el prójimo.

Así, la simpatía ocupa en el nivel inframoral, la misma situación que la admiración: ella está lista para el descubrimiento de los valores morales, pero permanece vuelta hacia otros valores que podrían hacerla inmoral.

IVAN GOBBY

Les niveaux de la vie morale.

Presses Universitaires de France.

Paris, 1956.

Traducción de Sarah M. Platano.

DESCUBRIMIENTO DEL CAUCHO

Remontémonos hasta el año 1745, bajo el reinado de Luis XV. Gran algarazara en París, ese año. El explorador La Condamine acaba de volver de una misión científica en América del Sud. Una misión que ha durado diez años y que ha tenido como principal objeto medir un grado de meridiano. La confrontación de esta medida con la que una misión análoga, conducida por Maupertuis, ha ejecutado en Laponia, pone fin a la vieja que-

rella entre "cassinianos" y "newtonianos": decididamente la Tierra es una esfera aplastada no en el ecuador, pero sí en los polos.

El público culto sigue con interés las polémicas que mantienen Maupertuis contra Cassini, La Condamine contra Bouguer, sus "sostenedores", unos contra otros y a quienes Voltaire envenena a voluntad, ora con éstos, ora con aquéllos. El público llano se regocija más de buena gana, de ese extraño hallazgo que La Condamine ha traído del Perú y que acaba de presentar en la Academia: una materia elástica que los indios sacan de la savia de cierto árbol. Basta practicar una incisión en la corteza, y esa savia corre, se endurece permaneciendo maleable. Sirve a los indígenas para confeccionar bolsas, calzados, vestidos y recipientes diversos, tan impermeables como irrompibles. Una substancia que se estira como un resorte, con la cual se pueden fabricar pelotas que rebotan y peras que reemplazan a las jeringas. ¡qué cosa curiosa! El buen pueblo se divierte con los relatos sobre el árbol de jeringa y los académicos se pasan gravemente las muestras de goma elástica, de la cual La Condamine celebra las múltiples aplicaciones.

Se trata, se lo ha adivinado, del caucho, savia del jebe —es decir de uno de los más grandes descubrimientos del mundo, sin el cual, no tendríamos ni automóvil, ni avión, ni impermeable, ni etc... Pues es ciertamente inútil precisar hasta qué punto el caucho invade nuestra vida moderna, desde la telina de la mamadera de la criatura hasta la bolsa del tabaco de su padre, pasando por el neumático, la goma del escolar y la goma de mascar. Si de este torrente de aplicaciones, somos deudores de La Condamine, es necesario confesar que sus contemporáneos no lo sospecharon. Se rieron del árbol de jeringa, jugaron con esta materia que se dejaba amasar y morder sin renunciar por ello a su forma primera... y eso fué todo. El único uso que se le encontró fué, en 1770, el de goma de borrar.

En realidad, esta incompreensión era disculpable. Las cualidades de un material tan extraordinario eran ampliamente contrarrestadas por sus inconvenientes. Además de fermentar fastidiosamente durante su transporte de América a Europa, además de ser sucio y maloliente,

se comprobó que no se dejaba amoldar fácilmente y que se alteraba con el aire, con la luz y con el calor.

Los químicos entrevistaron muy bien la solución de esas dificultades: sería necesario disolver esta substancia en un líquido *ad hoc* y dejar luego evaporar el disolvente; en el curso de esta evaporación, el caucho se depositaría según la forma que se le quisiera dar. Quedaba por encontrar el disolvente. Se descubrieron varios: esencia de trementina, éter, petróleo. Este último solamente llegó a una realización práctica, en 1923. El químico escocés Carlos Mac Intosh, que era su autor, después de haber disuelto caucho en petróleo, tuvo en efecto la idea de untar lana con esta composición. Cuando el petróleo se hubo evaporado, el tejido estaba recubierto de una capa encauchutada impermeable y el macintosh estaba inventado.

No se tardó, sin embargo, en sospechar que esa solución no debía ser la buena. Trabajado de esta manera, el caucho era un producto desagradable y maloliente que volvía los impermeables rígidos como madera en invierno y pegajosos en verano. Los químicos retornaron a sus probetas. Se pusieron nuevamente a buscar, con más empeño que nunca, por qué giro de malabarismo científico podrían llegar a civilizar este incorregible exótico.

El primero que alcanzó el resultado fué, en 1839, un americano llamado Carlos Goodyear (1800-1860). No era un hombre de ciencia como Mac Intosh; aficionado arrastrado por una pasión de investigador, obedecía más a la fantasía de su inspiración que a la guía severa de la razón. Así ensayó modificar el caucho incorporándole todas las drogas que le venían a la mano. Si semejante método lo condujo efectivamente a destino, no fué sin laboriosos rodeos, ni sin que dejara el poco de fortuna que tenía, con la de su familia, su salud, y, finalmente, su vida...

Si, sólo por casualidad —una mezcla de caucho y de azufre dejada una noche, por descuido, cerca de una estufa encendida— Goodyear descubrió la vulcanización: con una liviana proporción de azufre (2 a 5 por 100), el caucho se transformaba en el producto soñado, moldeable, resistente e inalterable. Era el origen de toda la industria moderna del caucho, el punto de partida de

progresos vertiginosos y de fortunas gigantescas. Desgraciadamente para el inventor, nadie creyó en su invento, ningún capitalista fué lo bastante perspicaz para consentir en subvencionarlo. Así, cuando Goodyear llegó, en 1844, a patentar su procedimiento, encontró ante sí un competidor más afortunado, el inglés Tomás Hancock, quien, desde hacía un año, lo explotaba en su país.

Goodyear murió en una habitación de hotel dejando por toda herencia, 200.000 dólares de deudas a su viuda y a sus seis hijos. Entre las manos diligentes de su émulo británico, la vulcanización se había vuelto, entre tanto, una técnica corriente, a tal punto que la producción de caucho había pasado de 300 toneladas en 1838 a 1000 en 1850 para llegar casi a 40.000 hacia el fin del siglo. Prolongando la acción del azufre tanto tiempo como fuera posible, Hancock había creado también la ebonita, materia dura en la cual se labraba ya cantidad de pequeños objetos, como peines y lapiceros. En 1849, su compatriota F. Walton había obtenido una especie de sucedáneo del caucho, oxidando aceite de lino y mezclándolo con aserrín de madera o de corcho: era el linoleum, cuyo auge iba a crecer hasta elevarse, en nuestros días, a un consumo anual de 170 kilómetros cuadrados.

En una palabra, hacia mediados del siglo, la gran industria química había partido. La conquista de las materias primas sobre nuestra madre la tierra estaba emprendida por sabios entusiastas que los capitalistas acechaban con el raballo del ojo. Algunos preveían ya el porvenir colosal de la química industrial, y hacia apenas un año que Goodyear había muerto, cuando nacía Staudinger, padre de los plásticos y del nylon.

PIERRE ROUSSEAU
Histoire des techniques

Traducción de María Alicia Cerezo Salinas de Wall.

GEOMETRÍA Y SIMETRÍA DE LA PLATA

Si se recuerda la enorme extensión y la prolongada influencia que tuvo el imperio romano, no puede extrañarse que el parcelamiento en cuadrícula, más o menos regular, se difundiera en las ciudades de Europa y se generalizara en las fundaciones llevadas a cabo en América por los conquistadores, células vivas del Renacimiento.

En las ciudades norteamericanas abunda el trazado en cuadrícula, con frecuencia en agrupamientos parcelarios que cambian de dirección en un mismo centro urbano, y en los que predomina la forma rectangular, de diversas dimensiones, preferida porque facilita el reparto y la orientación de las viviendas.

Examinado en este punto el trazado de La Plata, se observa que, excluida la zona central comprendida entre las calles 45 y 59, en la que casi todas las manzanas tienen forma rectangular, el resto, o sea la mayor parte del parcelamiento no afectado por plazas y diagonales, se halla constituido por cuadrados. Por todo esto no es posible decir que se esté en presencia de una regularidad como la del tablero de ajedrez, el ábaco de Pitágoras o la de un cuadrado mágico. Pero, si se observa la proyección de otro modo, la regularidad recobra su imperio con notable fuerza rítmica.

En efecto: cada seis cuadras, a partir de los cuatro lados que corresponden al bulvar de circunvalación, aparecen avenidas de treinta metros de anchura (la anchura que tenían en la antigua Alejandría las vías principales que se cortaban en ángulo recto), que se extienden y entrecruzan dividiendo el cuadrado de la ciudad en otros cuadrados, los cuales comprenden varias manzanas y retrotraen al trazado las sugerencias del ábaco pitagórico.

Dos alteraciones se ofrecen en esta regularidad. Se produce la primera en el espacio libre de Iraola, en el Bosque, de gran belleza y de superior utilidad higiénica. Producen la otra las calles 51 y 53: avenidas paralelas y contiguas de igual anchura que limitan entre sí una sucesión de manzanas cuadradas. Pero ésta es una alteración que, aunque parezca paradójico, sirve para acentuar la regularidad.

¿Acaso todo ello, en conjunto, no viene a ser algo así como un vigoroso trazo segmentado, según se estilaba en no pocos dibujos de índole técnica, puesto allí para materializar justamente y nada menos que el eje de simetría de la ciudad? El ritmo que acusa el trazado visto por dicho eje es el ritmo del Partenón, el de la arquitectura griega, en la que una mitad del edificio es siempre igual a la otra mitad, como si se reflejara en un espejo.

Véase cómo, si la disposición varía en líneas perpendiculares procede de las profundidades de la historia o de la tradición, ésta de La Plata es, por los pormenores señalados, una concepción señera inspirada en los manantiales perennes del genio, una originalidad argentina, en suma, digase lo que se quiera.

Concierto de diagonales.—Las calles que corren en sentido diagonal a un trazado cualquiera no eran por cierto una novedad cuando se fundó La Plata. En Barcelona, una gran avenida atravesaba el municipio de Suroeste a Nordeste; otras lo hacían en distintas direcciones. En las ciudades norteamericanas se veían diagonales con mayor frecuencia. Nueva York estaba atravesada diagonalmente en una línea de muchos kilómetros por la Broadway Avenue; en Indianapolis dos diagonales partían de una plaza central; y Washington, para no citar más, contaba con varias calles de través, que se desarrollaban en líneas que en su conjunto no ofrecían regularidad alguna.

Las diagonales de La Plata son simétricas, perfectamente simétricas. Esto las caracteriza. Sólo he hallado un trazado anterior semejante, aunque no de ciudad, en el sitio real español de San Ildefonso o La Granja, donde hermosísimos jardines lucen el estilo creado por el insigne paisajista Le Notre, trazado que en cierto modo se ha repetido en La Plata, con el cuadrado central de la plaza San Martín, al dividirlo sencillamente en ocho cancheros triangulares por los cuatro caminos que la cortan, siguiendo el gusto del jardín francés.

Querría decir que la inspiración para el trazado de las diagonales simétricas habría sido alimentada por el sentimiento paisajista de los jardineros de Francia. Si así fuese, la gallardía del origen, la delicadeza de la fuente, espiritualizaría aún más el plano de la ciudad, acom-

pasando los trazos oblicuos que enriquecen la red viaria y que se anudan de tanto en tanto en numerosas plazas armónicamente distribuidas sobre el damero.

En el centro: La plaza mayor, la sede del gobierno y la primera piedra.—La plaza mayor, generalmente en el centro, aparece difundida en las ciudades americanas. Eso mismo acontecía a menudo en las fundaciones de la Edad Media y del Renacimiento, especialmente en las españolas y francesas. El ayuntamiento enfrentaba a la plaza. La ciudad romana tenía en el centro el pretorio, residencia del general o cónsul. La ciudad egipcia primitiva se formaba alrededor del templo.

Ante el número crecido de coincidencias que pueden señalarse mirando el trazado que comento, parecería como que a la voluntad creadora de La Plata le hubiesen llegado mensajes de todos los puntos y de todas las edades. Las facultades intelectivas en acción acordaron luego las cosas en el nuevo trazado, de modo que aquello que en la antigüedad había sido el principio fortuito de la organización urbana, se incorporase a la ciudad planeada como un símbolo logrado en medio de un espontáneo fluir de remotos imperativos.

En el plano de La Plata se observa la plaza mayor (llamada durante los primeros años "plaza principal" y ahora "Moreno") situada en el centro del trazado. Sobre uno de sus costados se edificó el pretorio, la casa consistorial, el ayuntamiento, esto es: la municipalidad; sobre otro, frente a frente, el templo monumental.

Obsérvese bien que no fué la "casa de gobierno"—del gobernador de la Provincia— el edificio que se levantó de cara a la plaza central, la plaza mayor, sino la "municipalidad" cuya torre o campanario simboliza desde la Edad Media las libertades políticas y populares, la representación genuina del poder comunal. Allí, en la municipalidad, estaría el estrado del Intendente, del gobernador auténtico de la ciudad; estaría también la sala de su cuerpo deliberativo, organismos independientes uno y otro de los poderes provinciales, a cuyas respectivas sedes se les destinaba otra plaza fuera del centro geométrico. La ciudad regular, planeada, se apropiaba así—sin rubor, quizá porque no le sentaba mal— de ciertas características cívicas de los viejos municipios y de ese

sabor a naturalidad que suele encantar en los centros desarrollados sin plan, en los centros expandidos paulatinamente alrededor de un castillo, un palacio o una iglesia.

Cuanto tuvo en la historia o en la tradición sentido de geometría y simetría, de modo material o significativo, vibró como una voz rediviva y canora en el aliento entusiasta de 1882. La observación de la armonía conseguida en medio de la cuidadosa atención a los pormenores, denota que se obraba con un gran amor de artista, pero también bajo el ensalmo del ritmo geométrico y bajo el influjo supersticioso de la simetría.

No importa establecer en este caso si el autor del plano fué únicamente el ingeniero Pedro Benoit, o si el doctor Dardo Rocha colaboró alguna vez con la sugestión o el consejo que permiten suponer sus conocimientos históricos, geográficos, filosóficos y literarios. La ciudad de La Plata es ahora una realidad argentina y las influencias de sus acentos místicos se perciben con abstracción de nombres y factores materiales.

JOSE MARIA REY

Tiempo y fama de La Plata.

Domingo F. Sarmiento	Anales de la educación común	229
Francisco J. Muñoz Duarte	Un siglo de la "Revista de Educación"	236
Eduardo H. del Busto	Ramanujan, el Matemático	242
Antonio Camarero Benito	Los estudios clásicos	249
José Salvador Campobassi	Panorama de la prensa argentina	256
Paul Henri Michel	Los números figurados en la aritmética pitagórica (II)	266
Antonio Serrano	Cerámica de la región diaguita	275
Pascual Sgroso	El criterio en las descripciones fisiográficas	282
Mireya Etcheverry	Viajeros franceses en el siglo XVIII	291
André Siegfried	La obra técnica del hombre y la geografía	299
Carlos A. Foglia	La realidad y la fantasía en el arte	302
Raymond Bayer	El artista frente a su obra	310
Alejandro V. Bergalli	De la arena al humus	313
Jeanne Hersch	La ascesis y la forma	318
Germán R. Gómez	La enseñanza de los números irracionales	323
José Gaos	La corrección oral	328
Carl E. Hiller	El arte en el Museo	329
Floreo A. Ferrara	El trabajo por equipos	334
Nicolás M. Tavella	Edad cronológica promedio en los siete grados de las escuelas primarias	338
Laura B. Cotta de Varela	El círculo en el lenguaje gráfico	344
Almafuerte	Mis discípulos	346
Gaspar M. de Jovellanos	Necesidad de unir el estudio de la literatura al de la ciencia	348
Adán Quiroga	Montañas catamarqueñas	349
John Stuart Mill	Autobiografía	351
F. Kahn	La tierra	353
Arturo Marasso	Aspectos del lenguaje literario	355
Alain Robbe-Grillet	La metáfora	357
Héctor Clocchini	Un aspecto de los sonetos gongorinos	359
Rafael Lapesa	El español en América	364
Clemente Orlandi	El voseo	371
Plácido Alberto Horas	A. Villaverde, Psicología Pedagógica	375
Haydée C. Blotto	Viajes por América del Sur	377
Néilda C. Marchi	C. G. Jung, Energética psíquica	382
Juan Octavio Prenz	G. Dörfler, Constantes técnicas	384
Luis A. Dozo	P. Gregoire, psíquico	388
La Redacción	Comentarios y extractos de revistas	396
Jean Zafirópulo	Los medios de expresión	398
Pierre Auger	El microfinalismo	399
Robert Blanché	Valor de la objetividad	401
Vladimir Tarr	El anticosmos	403
Jean Pierre Bayard	Los fuegos de San Juan	406
Aifiero Pellicchia	Novelística española	408
Ivan Gobry	La simpatía	410
Pierre Rousseau	Descubrimiento del caucho	410
José María Rey	Geometría y simetría de La Plata	414

Al examinar la importancia dada a la investigación en común por el diálogo, se está obligado a admitir que los diálogos de la madurez, del Cratilo al Fedro inclusive, hacen de ella un uso corriente, mientras los diálogos de la vejez, del Parménides a las Leyes, la descuidan. El Cratilo se contenta con notar que el dialéctico es el que conoce el arte de interrogar y de responder. El Fedón, al contrario, posee una verdadera enseñanza sobre el método dialogado. Éste procede por preguntas y respuestas, y la condición del progreso del conocimiento reside en el asentimiento sincero del respondiente a la pregunta del interrogador. Este asentimiento está favorecido por la reminiscencia. Los interlocutores pueden turnarse y compensar sus deficiencias mutuas. Supongamos que alguno se ate a la tesis sin querer examinar si, entre las consecuencias que se pueden sacar, hay consonancia o disonancia, es decir, sin interrogarse e interrogar a los otros. Se lo declararía indigno de ser un dialéctico y se le volvería la espalda. En fin, es necesario observar en el diálogo ciertas reglas que conciernen al orden en que se discute y, notablemente, en la que consiste en no mantener al mismo tiempo el principio y las consecuencias. El Banquete y la República no han adoptado otro punto de vista. En el Banquete, Diótima se inquieta por saber si Sócrates es todavía capaz de seguirla. Porque sus interlocutores en la República son incapaces de seguirlo, Sócrates rehusa buscar el Bien mismo. El Teeteto hace una larga exposición sobre la mayéutica de Sócrates, cuyo elemento esencial es el diálogo. Se ve suficientemente que el valor del método dialogado proviene del trabajo común de los interlocutores.

El Teeteto presenta concurrentemente otro método, el de la conversación silenciosa del alma consigo misma. Platón había hecho muchas veces mención de una conversación del pensamiento solitario, pero ésta no era más que un complemento de la investigación en común. Los interlocutores, después de un primer contacto, entraban en sí mismos para alcanzar el fondo de su pensamiento. Pero aquí es cuestión de otra cosa. El diálogo mismo es interiorizado: "un discurso que el alma tiene consigo misma sobre los objetos que examina... el alma, cuando piensa, no hace otra cosa que conversar con ella misma, interrogando y respondiendo, afirmando y negando". El Parménides es la expresión de semejante reflexión del pensamiento sobre sí mismo.

JEAN LUCCIONI.

El pensamiento político de Platón.